

DE LA AUTORA DE
"YO SOY TU CANDIDATO"

Toda una Lolita

MIRANDA
WESS



Toda una Lolita

Miranda Wess

Copyright © 2018 Joslemar Navarro. Todos los derechos reservados.

1ª edición

ISBN:

Dedicatoria

A mi hija Diana, la luz de mi vida. Te amo hija.
Espero que siempre conserves la alegría e inocencia en tu corazón, el mundo lo necesita.

Agradecimientos

A mis lectores fieles, a las almas románticas que desean soñar.
Espero disfruten esta historia tanto como disfruté al escribirla.
Se les quiere.

Miranda Wess

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Escribe una reseña o valórame:](#)

[Yo soy tu candidato.](#)

[Acerca de la autora](#)

Capítulo 1

¡Bola!

Sacudo el bate contra mis deportivos fluorescentes, sacudo el trasero y me cuadro de nuevo. Cuando la bola vuelve a acercarse a mí como una bala, esta vez ¡le doy!

Arrojo el bate y corro como alma que lleva el diablo por el diamante improvisado. Adrenalina pura con un toque de felicidad—mi amiga Issa diría que es serotonina secretada por el cerebro. Ella siempre con sus palabras rimbombantes—. Yo le llamo *subidón*.

¡Vivo para los subidones!

Cuando llego a *Home*, después de una barrida espléndida repleta de dramatismo al más puro estilo de los grandeligas, los niños me brincan encima.

Me besan, me jalonean, me aplastan.

Estoy en mi mundo. Hasta que escucho esa voz de sargento tan conocida.

—¡Catalina, muchacha! ¡¿Tú no tienes que ir a la universidad?!

Veo a Rosario de pie, imponente, con las manos en las caderas y cara de mosqueo —que es su cara habitual, no tiene caso negarlo—. Escupo el polvo que se me ha metido hasta los dientes y le doy mi mejor sonrisa.

Sigue estando cabreada.

Los chicos salen espantados como ratas que huyen del barco que se hunde.

—¿Te sientes mejor, mamita?—pregunto con voz melosa—¿Te duelen menos las piernas? No quise irme sin echarte una mano con los chicos.

Rosario pasea su mirada por el patio de la casa hogar. Sacos desperdigados, zapatos por todos lados y los pocos chicos que quedan—los mas pequeñitos e inocentes— bañados en tierra de pies a cabeza.

—¿Echarme una mano?—pregunta en tono escéptico.

—Sí, estaba aquí echándole un ojo a los chicos como me pediste. Solo que nos veíamos las caras, entonces comenzamos la cháchara y les conté de cuando saqué la bola y pegó en el techo del supermercado de la esquina ¡¿te acuerdas?! Eso fue asombroso. Entonces ellos me dijeron: ¡a poco!, y yo les contesté: a poco sí. Y una cosa llevó a la otra... ¡y terminamos jugando!

—¿Volviste a tomar café con *Coca-Cola*, muchacha loca?

—¿Qué? ¡no! Eso lo hice una vez porque tenía un examen final y necesitaba un extra de concentración.

—Límpiate la cara, pareces *recogelatas*.

—Gracias, *ma*, yo también te quiero.

Me levanto y sacudo mis vaqueros.

Nube de polvo. Tos. La mirada reprobadora de Rosario.

Rosario tarda más o menos cinco segundos en poner a todo el mundo en cintura. Los más pequeños recogieron los zapatos regados, los más grandes se encargaron de los sacos y del aseo de los pequeños. Pronto todos tenían una lista de deberes más larga que ellos mismos.

Se le da bien mandar.

Siempre admiré su tenacidad. Esa claridad para ver como deben funcionar las cosas. Por ello la casa hogar se ha mantenido en pie todos estos años. Ella es el alma de la misma, su mismo corazón. Y yo la adoro más de lo que podría adorarla si por mis venas corriera su sangre.

Me lavo la cara en el fregadero y el agua enlodada escurre por el desagüe.

—Me has dicho que a las cuatro tenías clase. Son las cinco y media, ¿cómo es que sigues aquí, muchacha del demonio?

—No me gusta esa clase—confieso con un mohín obviando su tono desagradable.

Me pasa el paño de cocina y yo me seco el rostro, cuando vuelvo a mirarla, sé que caerá un sermón.

—A menudo me pregunto qué esperas de la vida. Andas por ahí *revoloteando* sin un propósito establecido más que el *pasarla bien*. Pero la vida es más que un rato, mucho más que eso, Catalina.

—Estudios, trabajo, responsabilidades... Todo eso suena hartito aburrido.

—Pero necesario. Mira a Clarissa, por ejemplo, y lo que hizo de su vida.

Clarissa, mi mejor amiga, mi hermana. No podríamos ser más diferentes.

—Issa siempre fue una *tragalibros*. Yo por mi parte no podría comerme una página entera ni enrollada dentro de una hamburguesa de esas que me matan. Por cierto, mami ¿eso que huele es tu famoso pollo guisado especial? ¿Me darás un poco? Dime que sí, no seas malita.

Rosario pone mala cara y para mi sorpresa me quita el paño de la mano, lo enrolla y me latigüea el culo. Yo pego un respingo.

—¡Coño!—suelto.

—Nada de palabrotas bajo mi techo. Y escúchame bien: te doy cinco minutos para que te asees y te vistas decentemente. Sigues pareciendo recogelatas. Y diez minutos para que muevas tu culo y lo saques por esa puerta directo a la universidad.

—¿Has dicho culo?

Vuelve a latigüearme, más fuerte, joder.

—Has perdido un minuto y contando.

Yo me alejo para evitar más lesiones, sobándome el trasero estremecido.

¡Es una jodida mandona!

... Pero yo la quiero.

Capítulo 2

Una de las boberías que me flipan es montar en bici. Con el cabello ondeando y a toda máquina se siente como volar. El viento silba a mi lado y a través de mí, como si yo fuera un *ánima* flotando a la velocidad de la luz.

Un transeúnte, que por un pelo no atropello, me dice una barbaridad y me hace bajar la mecha. Las calles de Caracas no son las mejores para pedalear.

Intento meterme por plazas, parques y aceras no tan concurridas durante mi recorrido. Una locura porque lo que más hay en Caracas es gente y automóviles y motorizados kamikazes que sienten el mismo amor por la velocidad que yo. Cuando estoy a punto de empotrarme contra un carrito de helados que apareció de la nada, meto el freno. Poco faltó para salir disparada por los aires.

¡Buena suerte!

Pero bajo la cabeza y me doy cuenta ¡carajo! Se ha roto la cadena de mi bici ¿mala suerte?

Me bajo y llevo la bici caminando hasta el taller de mi amigo Chuy.

A Chuy le brillan los ojos al verme, siempre le hago reír con mis ocurrencias. Es un chico muy educado y muy propio. Demasiado para ser un mecánico. Pero así es Chuy, todo recatadito, asustadito y eso que es mayor que yo por cinco años.

—¿Has vuelto a correr como cohete? ¿Fue así que se rompió, Catita?—su reprimenda es suave y cariñosa.

Yo levanto los pies y, con actitud chulesca, los coloco sobre el escritorio de su oficina.

—Apenitas—digo risueña.

Manipula la cadena rota con sus manos llenas de grasa sopesando cosas.

—¿Qué harás al rato?

—Voy a la uni. Y como ves tendré que coger el metro. Y al rato voy a casita. Chuy, estoy a un paso de la santidad de lo bien que me estoy portando.

Me queda viendo... segundos... minutos...

Por un momento parece que tiene algo importante que decir pero luego se calla. A veces le pasa. Yo digo que será por distraído, y yo lo entiendo porque a mí me pasa mucho. Empiezo diciendo cosas, luego, a mitad de camino, me doy cuenta que no he dicho lo que he pensado ni he pensado lo que he dicho.

¡Qué dilema!

Dejo la bici con Chuy—que es mi *MacGyver* particular—, estoy segura que sabrá arreglarla. Le doy dos besos mimosos en las mejillas que lo ponen rojito,

rojito. Él, preocupadísimo de que no me ensucie la cara de grasa, me riñe con suavidad. Chuy es todo suavidad.

Entonces me sorprende, como muchas veces, de que no le conozca una novia.

—¿Te he dicho que eres un *pechocho*, Chuy?—aleteo mis pestañas y le tomo del cuello de la camisa—No sabría como pagarte por cada vez que me sacas de aprietos. He acumulado una enorme deuda contigo.

Retuerce el trapo que siempre lleva en las manos.

—Lo hago con gusto.

—¿Qué te parecería si te diera una buena revolcada que te dejara despeinado y turuleco? ¿te gustaría?

—Ay, Dios...

Se seca la frente que de pronto empezó a sudarle... y me entra la risa.

—¡Has picado! Chuy ¿cuándo aprenderás?

Capítulo 3

Es viernes y la farra comienza temprano.

En los sanitarios de la universidad Alexia y yo nos emperifollamos entre risas. Cuando nos vemos, volvemos a reír. Alex es una rubia de ojos azules, actitud roquera y comentarios rudos. Me encanta su sentido del humor tan diferente al mío. Yo me subo el cierre de las botas que me llegan hasta mas allá de las rodillas y me acomodo el corsé que logra sacarme cintura sobre mi apretado pantaloncillo. Alexia me pide que le ajuste el collar de perro y cuando está lista le palmoteo el culo con familiaridad.

Intercambiamos miradas y nos reímos.

Al salir de los sanitarios somos el foco de atención. En la universidad se ve de todo, pero dos chicas disfrazadas de dominatrices paseándose por los pasillos, no es algo usual.

Nos reímos más.

Pegamos un respingo cuando sentimos un varazo firme en nuestros traseros. Al voltearnos vemos a nuestro amigo Marcel.

—¿Cómo están *mis putitas*? ¡Ya llegó su *Cristhian Grey*!

Marcel se ve soberbio con ese traje y corbata blandiendo una vara entre sus manos. Huy, no sabía que me ponía lo sado. Me le lanzo a los brazos y le doy muchos besitos en la mejilla. Me mete un empujón.

—¡Quita, que me arruinas mi traje almidonado!—saca un pañuelo de su traje y se limpia mi labial—Y te pusiste labial rojo perra. Sabes que no me va ese color—me da un repaso y se quiebra como una galletita—¡Aaay, me encantan tus pantaloncillos. ¡Qué envidia yo quiero unos así!

—Tranquila *mariposita*—dice Alexia poniéndole el brazo derecho sobre su hombro—, yo te consigo un conjuntito estilo sado, prestado por supuesto. Como se entere mi tío que le desvalijo la *Sex shop* para irme de fiesta, me pone de patitas en la calle.

Yo estiro mi brazo sobre el de Alex y terminamos abrazando a nuestro *macho man* particular.

—Y yo te consigo el labial rojo perra para que completes el *look*—prometo.

Y nos volvemos divertidos.

Dejamos nuestras gargantas pegadas en el asiento del *Fairland* del 78 a punta de canciones. Pop, reguetón, a nosotros nos da igual.

Cuando llegamos al este de la Caracas, nos recibe Carola, encantada con nuestro atuendo. Vive en una mansión y quedamos flipados. Pero ella ni caso, se ríe como si nada. Y nos adentramos en la sala y los jardines donde la decoración

nos vuelve a sorprender. La fiesta es temática, Carola es fanática de *cincuenta sombras de Grey* y toda la decoración dice a gritos ¡*Eres mía!*

Entramos dando espectáculo, Marcel se ha metido tanto en el papel del señor Grey que me tiene el culo rojo de tanto varazo que llevo. Como locos nos reímos. Tomamos ponche el cuarto rojo. Carola me dice que lleva granadina, ron, whisky Jack Daniel's, mix de piña... ¡Está buenísimo! Se lo hago saber de inmediato y ella asiente por mi cara de alucine. Luego pone una mano en mi antebrazo y me advierte.

—Cuidadito con la bebida, nena, al primero que se emborrache... lo voy a castigar.

—¡Castígame duro, nena!—le digo en broma cuando un varazo de Marcel me hace pegar un respingo.

—¡Las varas están dentro de mis límites infranqueables! — grito cansada de tanta paliza

—Disculpa, mi *chiquistriquis*, se me fue

—¡*Mano suelta!*—mascullo.

—Yo digo que le gustó demasiado la interpretación...—añade Alexia mirándose las uñas escarlatas. En segundos su sonrisa se torna diabólica— Tomemos venganza, Cata, amarrémosle y démosle una probadita de su medicina.

Marcel se pone pálido.

—No Alex, con lo mala que eres no voy a poder sentarme, no en una semana, si no en toda mi *vidita vida*.

—Mariposita.

—Cruella.

Tienen una relación amor-odio que en ocasiones me enloquece.

—Sírreme un poquito más Carola, a ver si se me duerme el culo. El que dijo que el dolor es placentero está de manicomio entero.

Carola me llena la copa hasta el borde. Marcel me implora perdón juntando sus manos en un gesto dramático digno de un *Oscar*. Si no es la reina del drama no está feliz. Lo perdono de inmediato y le doy un abrazo. Tengo un corazoncito de pollo que no me permite guardarle rencor a nadie. Y mucho menos a mis *amigos del alma queridos*.

Alexia mete cizaña. Si no es la villana del cuento no está feliz. Ah, pero la quiero tanto que le doy un abrazo y propicio la camaradería entre todos. Simula que no le gusta pero noto que sonrío.

Nos sacamos fotos. Muchísimas. Fotos graciosas en las diferentes estancias preparadas en el jardín. Fotos con Jamie Dornan y Dakota Johnson de cartón a tamaño real. Marcel se parte con Jamie, Alex se parte con Jamie, y ¡yo me parto con Jamie! Por todos los santos benditos, ¿qué mujer, con sangre en el cuerpo,

no se partiría por Jamie con ese traje y esa mirada de *yo cojo duro*? Aunque no puedo tachar de mi lista haber tenido un novio vestido de traje y corbata. Pueda que sea algo en lo que tendré que trabajar en un futuro.

El DJ es magnífico. Y la música se nos mete en el cuerpo durante horas. Bum, bum, bum... Sudor, calor, alegría...

Me siento libre...

A medianoche noto que un chico rubio y atractivo se embebe en mis movimientos y como tengo unos cuantos tragos encima y me encantan que me vean así chicos lindos, le hago ojitos.

Hoy me siento juguetona.

A los dos minutos le tengo agarrándome de la cintura y pegándome a él al ritmo del bum bum. Bailamos durante horas, tentándonos; sin decirnos si quiera nuestros nombres hasta que en un momento dado me guía de la mano hasta una parte oscura del jardín y me planta un beso. Da gusto que la besen bien a una. Le dejo tontear un rato conmigo hasta que veo que quiere algo más y le empujo para detenerlo.

—*Chico*, ni siquiera sabes mi nombre.

—Eso se puede arreglar.

Tiene una cara de bribón que yo me conozco. Pero no me apetece nada más, así que me deshago de sus manos y lo llevo de regreso a la pista de baile donde nuestros cuerpos se regodean en el bum bum.

Capítulo 4

El sábado a primera hora la mujer más importante de Venezuela envía a su chofer para que me recoja. Me siento importante cuando llego a la mansión de sus suegros. En el portal me recibe Camucha con mucho afecto, su traje del servicio luce immaculado. No he pisado la entrada cuando le cuento todo lo que he hecho en la semana con lujo de detalles. Camucha es una señora genial y ella encantada me lleva al impresionante patio trasero desde donde se tiene vista fenomenal de la ciudad.

Y allí está mi amiga.

Me entra la emoción y corro directa a sus brazos pero me detengo a dos pasos de su cuerpo y la abrazo con cuidado. Ella me sonríe. En sus hermosos ojos color miel adivino un enorme cariño por mí.

—¿Cómo está mi primera dama favorita?

—Como una ballena—dice acariciando su enorme panza de embarazo—... Pero feliz.

Me agacho y le hablo a su panza con mi perfeccionada voz de bebé.

—Y cómo se portan mis *pincesitas pechochas*. Ya quiero que salgan para que juguemos mucho, muchito. Darles besitos en sus *cachetotes* rosaditos como su mami. Acuérdense de mí, su tía favorita, Cata...

—Me temo, querida, que ese título me lo llevo yo.

Me volteo y encuentro a Celeste—la cuñada de Issa—desparramada como una morsa sobre una tumbona. Y a pesar de tener más tiempo de embarazo, su panza no es tan grande como la de mi amiga.

—*Cielo*, no te vi.

—Asumo; ya que no te dignaste a saludarme.

Le doy un abrazo. Y para no hacerla menos le hablo al príncipe que reside en su pancita. Hago lo mismo que hice con las princesitas de mi superamiga. Le prometo mucha diversión, juegos y mimos infinitos.

Camucha nos trae limonada y se va porque tiene mucho que hacer, otro día conversamos. Hago puchero, Camucha me cae bien.

Las embarazaditas se echan varios viajes al sanitario. *Pis* y más *pis*. Las ayudo por turnos, sudo la gota gorda. ¿Quién diría que se podía meter tanto pis en un solo cuerpo? Se apiadan de mí y mudamos la cháchara a la cocina. Sentadas ante el mesón Camucha nos sirve unas mini empanaditas que nos caen de maravilla.

—¿Y Sebas?—pregunto.

Sebas es el bello presidente de la república y esposo de mi superamiga y

hermana Issa.

—Ha ido a acompañar a su hermano a un torneo de golf.

El corazón se me paraliza.

—¿Te refieres al buenote de Bruno?!

Issa entorna los ojos y me advierte con la mirada. ¿Por qué será tan delicada con todo? ¿Acaso ese hombre no está como para chuparle hasta los huesitos?

A veces es una santurróna insufrible.

—Bruno es un jugador consumado. Ha sido campeón en los torneos preparados en su club—interviene Cielo, orgullosa.

¡Cómo no! Ese pedazo de hombre debe ser campeón en todo y más. Y a pesar de que lo habré visto dos o tres veces y compartido no más que un *hola y adiós* su imagen la llevo grabadísima en la retina.

—... A diferencia de Sebas que no sabe como meter la bola en el hoyo.

El comentario de Celeste hace sonrojar a Issa. Mmm, ¿qué pensará con esa sonrisita? ¡Sexo! já, pilluela.

—Pues tu hermano mayor seguro sabe mover ese palo y meter la bola en el hoyo, *Cielo*—digo pícara—. Tiene cara.

Clarissa ponerme mala cara.

—¿Qué?

—Sabes qué, Catalina. Compórtate.

Celeste se ríe, creo que no había pillado el doble sentido de los comentarios hasta ahora. El de ella, el mío.

—Issa, querida, qué tontería; si mis hermanos no fueran mis hermanos yo también les habría echado ojo. Son demasiado bellos para pasar desapercibidos. Y tú, cariño, lo sabes mejor que nadie, ya que te has prendado al más bello, al consentido.

Issa sonrío como boba. Es nombrarle a Sebas y se le caen la bragas. Vaya, quién lo habría imaginado.

—Es cierto.

—Hablo por todos los Petroni cuando te digo que nos has dado una felicidad inmensa al formar una familia tan bonita con mi hermano menor.

—Gracias, *Cielo*. El sentimiento es mutuo.

—Ay, me derrito de amor con ustedes dos. Yo también quiero. Cielo, dime, ¿qué papeles debo firmar para que me adoptes como cuñadita?

—Ojalá fuera tan fácil, cariño, pero me temo que Bruno es un hueso duro de roer.

—¿Tanto así? Seguro se quita las chicas a sombrerazos... según recuerdo tiene pies grandes. Y saben que lo dicen de eso.

—No ¿qué dicen?

—Grandes los pies, grande el...

—¡Catalina!

—¿Qué?

Issa pone su cara de *Sor castidad* y yo le sonrío como pilluela mientras le guiño un ojo. Celeste se ríe de mi juego pero a la pobre le dura poco. Cuando nos toma de la mano a Issa y a mí, sabemos que algo la aflige.

—He de confesar, ya que estamos entre amigas, que me tiene preocupada.

—¿Qué?

Issa pone los ojos en blanco. Mosquearla es tan fácil como respirar. No tengo ni idea de como Sebas la soporta.

—Obvio que Bruno—contesta en tono seco.

—Ah...—dirijo mi mirada a Cielo y apoyo mi barbilla en la mano—
Cuéntanoslo todo, amiga, con pelos y señas. No te ahorres los detalles.

—Verán, Bruno parece un hombre duro, centrado. Pero la verdad es que me preocupa una barbaridad. Digo, todos tenemos a alguien que nos abrace y nos acompañe... Y ahora que estamos iniciando la vida...—se soba su panza pronunciada—Pero él se ha quedado tan... solo. Me parte el alma. Parece duro, pero solo en el exterior. Un caparazón donde se esconde y al que ha venido acostumbrándose desde la muerte de Patty. Si sigue así, me temo, acabará convertido en uno de esos viejos gruñones y solitarios que nadie quiere.

—Pero será un viejito gruñón muy bello, no cabe duda.

—Pero solo, Cata. No tienes idea la cantidad de chicas que le he presentado; solo para que, bueno, tenga una cita. No le pido más. Solo. Una cita. Pero ni se inmuta. Cuando dice no, es no en mayúsculas. Y todas esas chicas en la oficina revolucionadas por él. Si vieras como se le comen con los ojos... Ah, pero ni se entera. Simplemente no le interesa.

—Yo lo veo tranquilo—dice Issa.

—Ese es el problema, Issa, su tranquilidad. Está cómodo así. Él y sus hijos, su rutina, su trabajo, sus gustos. Todo sincronizado como un reloj suizo. No hay nada nuevo, no hay sorpresas. Siempre lo mismo.

—Dudo que con los mellizos sea tan tranquilo.

—Afortunadamente, Issa. Eso lo saca un poco de su... ¿cómo llamarlo? ¿Hermetismo? Obviamente mis sobrinos de cinco años le sacan su lado blando. Pero hasta ahí. No tienes idea de lo que daría por verlo hacer algo espontáneo, alocado... como cuando éramos niños.

—¿Era muy espontáneo cuando niño?

—Ni tanto, Catita. Él siempre ha sido un poco estirado. Muy propio. Yo digo que se concentró mucho en las empresas de la familia desde pequeño. Siempre estaba con papá pegado como un chicle. Son tan diferentes como el agua y el

aceite pero se llevan de maravilla. Yo digo que al ser tan diferentes, Bruno halla en él lo que le falta. De cualquier manera él no es como Sebas y como yo, porque nosotros estábamos más con mamá en la parte social de la empresa y somos más sueltos. Me temo que mi hermano se ha enterrado en la oficina y se ha vuelto... rígido, operacional, pragmático.

—Como su trabajo—Issa remata la frase.

Celeste asiente con gesto triste. Embarazaditas como están, cualquier tontería les hace largar el llanto. Entonces para subirles el de ánimo les suelto un cuento de los míos. Una historia fantástica y exagerada de como un día me caí de culo en una pecera gigantesca.

A los pocos minutos he logrado mi objetivo. No pueden parar de reír.

Capítulo 5

Andar en metro me pone frenética, es increíble la cantidad de gente que se mueve por allí a esa hora de la mañana. Y aunque no quieras, después de estar unos segundos, terminas sumido en un estado de nerviosismo capaz de producirle un infarto al mismísimo *Gandhi*.

Afortunadamente pronto tendré mi bici y me sentiré libre de nuevo.

El miércoles llega un mensaje esperado:

CHUY: Pásate por el taller, preciosa. Lista tu bici.

CATALINA: ¡¡Yupiiiiiiiiiii!!

¿Acaso no es bello mi amigo?

¡Vale oro!

Cuando llego al taller de Chuy soy recibida por sus hermanos y su papá. Un amor de personas, Chuy es el menor de tres hermanos. Y juntos, padre e hijos, manejan el exitoso taller automotriz Ramírez. Sus hermanos, cada vez que me ven con él, sueltan silbidos e insinuaciones románticas. Tórtolos, noviecitos, enamoraditos... yo les sigo el juego solo para ver al pobre de Chuy retorcer el trapo y ponerse de todos colores. Pobre Chuy, tan *timidito*. Pero le quiero como un hermano.

Al tener mi bici ante mí no la reconozco de lo chula que la ha dejado. Pero si le ha dado una capa de pintura amarillo chillón, le ha puesto una nueva cadena, una campanita y una de esas maletitas con llaves tan monas donde se puede meter cositas.

—¿Me tomas el pelo, Chuy? Pero si esta bici está nueva de paquete. ¿Qué hiciste con la mía? ¿la metiste en una demoledora?

Chuy aprecia mi entusiasmo. Estoy encantada de la vida con el amigazo que me gasto.

—Repuestos que tenía, pintura que me sobraba. No ha sido nada.

—¡Nada! Me flipas de verdad. Para lo que el dinero no pueda comprar. Para toda lo demás existe *MasterCard*.

Los Ramírez se ríen. La verdad me ha sonado gracioso. Y yo me subo a la bici y les saco la lengua y hago monerías para divertirlos. Pero la fiesta les dura poco, cuando comienzan a llegar los clientes. Uno a uno los Ramírez se van a atenderlos hasta que me quedo a solas con Chuy.

Pongo un pie en el pedal y la cadenita se desliza sin esfuerzo.

—Guau, qué suavcita está.

—Los cambios también estarán suaves, Cata.

Y lo veo tan propio que se me mete la picardía. Usando mi voz más tentadora

le acaricio la mano con el dedo.

—Qué maravilla, ¿cierto? Todo con lubricante se desliza mejor.

—Sí... Eh..., debes tener cuidado.

—¿Con el lubricante?

Chuy se atraganta y yo le empujo el hombro con cariño.

—¿Cuándo se te quitará lo ñoño!

—¡Quítaselo, Cata, quítale lo ñoño, te aseguro que lo está deseando!—grita Lulo levantando la cabeza del capó mortificando más a su hermano menor.

Chuy se enfurruña cuando todos le caen en plan guaseo. Me parecen tan lindos los hombres, todos duros por fuera pero tan blandos por dentro. Así son ellos. Preferirían que una bamba negra les perforara el culo antes que admitir sus sentimientos.

¡Hombres!

Llega otro coche. Una camionetota a todo dar. Suelto un silbido de admiración.

—Quédate aquí, no te vayas—me pide Chuy—. Tengo un regalo para ti.

—¿Más?!

Chuy va con su papá trotando hasta la camioneta.

Guau, tratamiento VIP.

Jugueteo un poco con el dulce sonido de la campanita y acaricio el manubrio mientras espero a Chuy. Qué lindo detalle ha tenido. Cuando levanto la cabeza quedo pasmada, de la camioneta sale un hombre de cabello negro y espalda ancha, vestido de traje.

Madrecita santa del cielo azul y cristalino... ¡Es Bruno Petroni!

Morí, resucité, volví a morir y nací. Todo en medio segundo.

Siento un retortijón de estómago cuando le veo. Igual que sentí esta mañana apenas abrí los ojos, señal inequívoca de que hoy me pasaría algo excepcional. Si eso significa que acabaré atada a su cuerpo como un pretzel, me apunto.

Bruno camina hacia el entoldado mientras los Ramírez le ponen el auto a punto. Yo me peino el flequillo con los dedos y me despeino un poco la parte de atrás de mi melena. Me hace ver más linda. Pedaleo. Y cuando estoy apunto de llegar mi bici se desliza y me doy de tortas con Bruno. Termino sentada de culo en una gran mancha de aceite con la bicicleta encima.

¡Yo y el pato Donald!

Dispuesta a no dejarme vencer por las circunstancias levanto la cara y le sonrío.

Oh... es tan grandote.

—Hola.

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

—Sí, gracias, no ha sido nada ¿como estás tú? ¿Y tu familia?

Bruno frunce el ceño.

—Bien. Permítame—se inclina, pone a un lado mi bici y me levanta con facilidad.

Suspiro novelero. No ha pasado ni cinco minutos y ya estoy en sus brazos. Cuando ve que quedo en mis propios pies me suelta.

—Tenga cuidado, estamos en un taller mecánico. Andar en bicicleta no es muy prudente por su parte. Debería lavar las ruedas para que esté más segura.

Me pongo en modo princesita coqueta y me acomodo el flequillo.

—Qué consejo más maravilloso, *mi vida*, lo tendré en cuenta.

Asiente y se sienta en el banco con una elegancia que, para qué negarlo, me deja en mi sitio. No puede ocultar su cuna de oro. Intentando lograr una milésima parte de su elegancia voy a sentarme a su lado con la mala leche que vuelvo a resbalarme y *Sopotoplón*, me doy de culo con la mancha de aceite. El dolor palpitante me hace soltar un taco.

Abro los ojos y tengo el pelo en la cara y me peleo con él para que no me pique los ojos. Pronto siento unas manos firmes que me levantan y logran lo que no pude sola. Sentarme en la banqueta.

Uf, tremendo *papelón* el que estoy haciendo.

Tomo una respiración y abro los ojos para mirar al guapísimo hombre que está a mi lado, segurísima de que se estará destornillando de risa. Pero no, solo me mira de tal forma que se le achinan un poco los ojos de manera super sexy.

—También es adecuado, en estos casos, mirar por donde se pisa, señorita. Téngalo en cuenta para el futuro.

Jugueteo con mi flequillo mientras le doy un par de mis mejores pestaños. Cuando estoy por tirarle los tejos de frente y sin anestesia los Ramírez cierran el capó de su camioneta y Bruno se levanta. Hace un movimiento cortés con su cabeza a modo de despedida y va hacia allá.

Hago puchero.

Lulo y Chuy se acercan a mí.

—¿Conoces a ese tipo?—pregunta Chuy curioso.

Le sonrío y contesto:

—Es el futuro padre de mis hijos, solo que no lo sabe aún.

—¡Sales con el hermano del presidente! ¡No inventes!—Grita Lulo en parte alucinado y en parte guaseado.

Ah, pero mira por donde... ¿por qué debe sorprenderle tanto?

—No creo que las clases sociales sean impedimento para amarse. Cuando es sincero, el amor lo puede todo.

—Puede hasta con la grasa ¿verdad?

—En especial con la grasa.

—Cata, de aquí al *miss Venezuela*.

Los hermanos Ramírez se echan a reír y yo no entiendo qué les pasa, no intentaba ser graciosa. Hasta que Chuy me toma de los hombros y me voltea para que vea mi reflejo en la ventana de la oficina.

Oh, mi Dios. Tengo la cara y el pelo embarrados de grasa pegostosa y ennegrecida. Hago lo único razonable que se puede hacer en esos casos. Reírse de uno mismo.

Capítulo 6

El sábado me doy el gustazo de despertarme después de las diez de la mañana. Aunque luego me pongo un poco depre. Siempre es así que despierto sola en el apartamento. Me acostumbré tanto a vivir rodeada de tantas personas y participar en el ajetreo matutino que cuando abro los ojos y me descubro sola, me descuadro. Claro, eso no es culpa de nadie, simplemente no podía vivir indefinidamente en la *casa hogar* ya con veinte años cumplidos. Así que mi amigo Sebastian—mejor conocido como el distinguido presidente de la República de Venezuela— me prestó este apartamento. Estoy bendecida. Y más desde que Issa se enamoró locamente de su sexy político. Y éste no la dejó escapar. Vaya que tiene maña, porque atrapar a Issa era como intentar coger un pez en pleno río revuelto

Remoloneo un poco. La luz del sol entra por el ventanal bañando la habitación. El ruido de la calle también irrumpe. Autos pitando, gente paseando. Es un luminoso día de domingo. Eso me sube el ánimo automáticamente.

Tomo mi móvil y tecleo un mensaje:

CATALINA: ¿arenita playita?

MARCEL: Vale, te paso buscando en una hora, brujita.

Sonrío dispuesta a disfrutar del día.

El resto de la semana lo mismo de siempre.

Hasta que para el jueves por la tarde siento un fuerte retortijón de estómago.

Y me pregunto: qué será eso tan especial que me deparará el destino.

Capítulo 7

—Cata... Quédate quieta.

Issa me abotona la torera verde pálido mientras yo hago pucheros.

Me he traído un fabuloso vestido fucsia con lentejuelas. Pero apenas puse un pie en el umbral de la *casa presidencial* la ahora señora Clarissa de Petroni me esperaba con tres atuendos adecuados para la ocasión. Todos muy de princesa y sobre la rodilla. Si tan solo los colores no fueran tan apagaditos...

Vamos, un poco de brillo no le hace mal a nadie.

Vuelvo hacer pucheros.

—Lista, te ves como señorita. Por qué pones esa cara ¿acaso el verde no es tu color preferido?

—Sí, pero se ve como si se le hubiese escurrido. Y acaso no tenías algo más cortito, Issa. Mírame, ¡parezco monaguillo!

—Debes cuidar tu imagen. Es una ocasión formal, Catalina.

—¿Un *Baby Shower* es una ocasión formal? ¡No inventes!

—Lo es cuando se trata de la pareja presidencial y se está bajo el escrutinio público. Además viene mi padrino y sabes como es contigo. No quiero darle la oportunidad de hacerte uno de sus desaires.

—Me olvidaba de Don amargado Spillman.

Issa da dos pasos atrás sobándose la panza.

—Quedaste preciosa, solo te falta el cabello.

Me pongo la mano en la cabeza, alarmada.

—¿Qué le pasa a mi cabello?

—El atuendo se complementa con un moño. El estilista está esperándote en la otra habitación.

Yo ¿con un moño?

Me echo a reír.

—¡No inventes!

Issa pretende completar el *look* con un par de zapatillas color crema de lo más aburridas. Y yo me planto rotunda y hago uno de mis berrinches. Ni loca me quito mis coquetas zapatillas arcoíris con estrellitas en los tobillos. Al final desiste. No puede conmigo y mi pasión por el color.

La fiesta es una pasada.

Lujo por donde se mire. Graciosas garzas ostentando sobre sus cuellos sendos lazos rosados se pasean por el jardín. Columnas repletas de rosas blancas y rosadas lo engalanan, así como el lujoso toldo. La mesa de regalos, a reventar. Y

los invitados, todos distinguidos. Mi amiga, la primera dama, me dice que aquel es un ministro, este es un diputado, el de allá un militar, unos cuantos políticos, miembros del gabinete... etc, etc, etc...

La cosa se pone bien diplomática.

Issa y Sebas deben atender a cientos de invitados así que yo me paseo, converso con la gente. Y como estoy tan elegante y princesita, me comporto lo mejor que puedo para mis estándares. Intento no reírme como una descocida cuando encuentro algo gracioso y descubro lo interesante que es conversar con los políticos amigos de Sebas. Son galantes y entretenidos y echan unos cuentos buenísimos. Sobre todo un tal Ramírez.

El momento de descubrir los regalos se hace infinito. Uno tras otro, cada uno más grande y espectacular.

Aplausos, fotos.

Issa y Sebas son acompañados por chicas del servicio y más atrás por sus edecanes. Sebas agradece y abraza a su embarazada mujer con infinita ternura cada vez que abre un obsequio para sus princesas.

Verlos juntos es morir de amor.

Espueleada por mi estómago me acerco a la mesa de banquetes, tomo un platito y me sirvo lo que se me antoja, todo en miniatura. Qué cosa más mona. Estoy de lo más encantada escogiendo por aquí y allá cuando escucho una voz masculina detrás de mí:

—Permítame que le diga, señorita, con todo respeto, que posee usted uno de los cuellos más apetecibles que he tenido el gusto de apreciar.

Me doy la vuelta y quedo ojiplática al ver a Bruno Petroni sonreírme de lo más regalado.

—Sin duda es un cuello que invita a ser besado. Espero, no incomodarla con mi comentario, pero admiro la franqueza. La he visto hablar con el diputado Ramírez ¿es usted su acompañante? ¿o estoy equivocado?

Parpadeo.

Madre mía, Bruno Petroni no me reconoce.

—Y si no está equivocado ¿retira lo que dijo sobre mi cuello?

—Sigo pensando lo mismo, señorita. Pero no tendría problema en disculparme.

—¡Cuánta caballerosidad!

—Solo la necesaria.

—Oh, Cata, querida, estás aquí. Llevo rato buscándote—Celeste coloca su mano en mi hombro—. Cuánta gente ¿verdad? Qué impresionante—luego se fija en Bruno—. Oh, cariño, tampoco te había visto a ti.

—Cielo—saluda Bruno, besándole la mejilla de manera tiesa.

No parece muy animado de ver a su hermanita.

—¿Qué hacían? ¿Conversandito?

Celeste nos mira a uno u a otro alternadamente.

—Sí—contesta Bruno tomando de su trago. Y se cierra con ese gesto—Iré a ver a los niños.

Celeste lo mira marcharse con pesar.

—Pobre, ha venido solo.

—Cielo ¿tu hermano tiene problemas de memoria?

Ella se ríe y se le marcan sus encantadores hoyuelos.

—No, posee una memoria maravillosa.

—Es que me ha visto y no me ha reconocido.

—De lejos tampoco te reconocía. Estás maravillosa y elegante, Catalina.

—¡Amiga! No me lo digas que me lo creo y luego quién me aguanta.

Celeste toma un platito y coloca un par de bocadillos en él.

—Te favorece el cabello recogido, tienes un lindo cuello de cisne.

—Justamente eso me ha dicho él.

Toma uno de sus bocadillos y lo mastica.

—¿Quién?

—Tu hermano—le aclaro y ella abre los ojos como platos.

—¡¿Bruno?!

—Sí.

—¡¿*Mi Bruno* te dijo eso?!

—Sí, *tu Bruno* me tiraba los tejos hasta que llegaste. Y entonces se cerró como un cangrejo.

—Vaya...

—Sí, vaya. Pero no sé, creo que no me ha reconocido. Aunque ¿cómo es posible? Si me ha visto varias veces.

—Ah... No lleva sus lentes. Está más ciego que un topo por eso achina los ojos, a veces. Fíjate cuando lo veas.

Eso me sorprende.

—Oye, yo nunca lo he visto con lentes.

—Usa de contactos, querida.

—Ah, vaya con *Míster Magoo*. Y yo creí que no pudo controlarse por mi magnetismo sexual.

Era tan bonito pensar aquello...

Hago puchero.

Celeste se ríe de mi cara.

—Con lentes o sin ellos, no cabe duda de que le gusta tu cuello.

Ay...

¡Qué ilusión me hace!

Capítulo 8

A la mañana siguiente una chica del servicio me informa que el desayuno será servido y se solicita mi presencia.

¡Cuánta formalidad!

La sigo sorprendida que no vayamos al comedor familiar; se lo comento y me contesta que tenemos más invitados y el comedor familiar no tiene suficientes plazas. Rezo porque no sean algunos vejetes acartonados que vi ayer. Y mi sorpresa es grata al encontrarme con los Petroni Agresti. El señor Massimo, Doña Marcia; Cielo y su esposo y mis amigos Issa y Sebas. También nos acompaña el diputado Ramírez, un amigo de Sebas de su tiempo como diputado en la Asamblea.

Los saludo a todos con cariño, me siento entre Celeste y Ramírez y degustamos un desayuno para reyes. El ánimo es alegre y familiar. Don Massimo (el suegro de Issa) es un señor de lo más ingenioso que cuenta un chiste cada vez, uno más gracioso que el otro. Sebas por su parte no se queda atrás. Y yo les sigo el juego con lo mejor de mi arsenal. Por momentos me dan ataques de risa y miedito me da de que se salga la comida por la nariz.

El diputado Ramírez me palmea la espalda y me pregunta si me encuentro bien.

Qué morenazo. Se da un aire a Denzel Washington en sus mejores tiempos. ¿Besará bien?

Sebas se ríe de mi picardía pero en cuanto puede me toma del codo y susurra:

—Cuidado... es más peligroso que mono con hojilla.

—Con lo que me gusta la adrenalina, Sebas.

Con su índice me toca la punta de la nariz.

—Compórtate, mi niña.

Pff... Otro que me pide que me comporte.

Después del desayuno nos reunimos en el jardín. Los hombres comienzan a hablar de economía y la mujeres comentamos sobre la fiesta y los regalos. Cuando una chica del servicio trae de la mano a dos niños pequeños de cinco años. Los reconozco. Son los hijos de Bruno, los mellizos. A penas llegan hasta nosotros saltan sobre sus tíos y abuelos llenándoles de besos y abrazos.

Qué carita de pilluelos tienen esos dos.

No tardan nada en corretearse por el extenso jardín.

—Brunito viene más tarde, está en el torneo de golf—aclara *Cielo*.

—¿Y le gusta mucho el golf?

—Bastante, Cata, aunque también lo hace por trabajo; para afianzar contactos

importantes, negociar contratos.

—Al final se resume a trabajo—comenta Issa con hilo de voz.

La miro y la noto pálida.

—Ami ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

—La verdad, me cuesta respirar.

En medio segundo se acerca su edecán y cuando va a levantarla ya Sebas está a su lado.

—Yo lo hago—le dice serio y éste se retira dándole espacio.

Sebas se inclina y la levanta, yo voy detrás de ellos, atacada de los nervios. Que si se ahoga, que si la tensión, que si no respira, que si se muere. No paro de chillar como loca. Finalmente llegamos a la habitación y Sebas la recuesta en la enorme cama de cuatro postes, le acomoda los cojines para que esté cómoda y se recuesta a su lado acariciándole el cabello. A los segundos le vuelven los colores al rostro y sonrío.

—Estoy bien.

—Solo necesita descansar, Catalina. Las bebas le aprisionan el diafragma y a veces le cuesta respirar. No pasa nada. Yo me quedaré con ella y le haré unos cuantos mimos hasta que se duerma—la mira a los ojos y le susurra mimoso—. Eso es lo que quieres ¿verdad, osita?

Issa asiente haciendo un mohín.

Ah, pero mira ¿desde cuando hace mohines mi amiga?

Está irreconocible desde que cayó en manos de Sebas. Cuando le veo cerrarle los ojos a punta de besos siento que sobro en la habitación. Salgo y curioseo por allí y por allá.

De pronto escucho risitas.

Me vuelvo e intento ubicar de donde provienen, pero los dueños son muy escurridizos. Un mueble grande, una cortina o una gran vasija; son los lugares que escogen para camuflarse. Pronto comprendo su juegucito de escondidas donde soy incluida sin previo aviso.

Por unos minutos me hago la desentendida. Las risas suben de volumen y se convierten en carcajadas. Se la pasan bomba a mis expensas. Entonces me convierto en un monstruo que gruñe y pone manos de garras y se los quiere comer y eso los saca de sus escondites. Chillan y huyen de mí como balas por los pasillos de la casa presidencial. ¡Qué rápidos son! Pero yo tengo piernas largas y más experiencia como corredora. Cuando atrapo a uno, al más morenito de los dos, le hago cosquillas sin piedad. Él chilla de felicidad. Pero entre querer escapar y evitar las cosquillas me pega un manotazo en la nariz que me hace ver estrellas.

—¡La madre que te parió!—chillo soltándolo.

Termino sentada con mis manos en la nariz y los ojos llorosos

—¿Tú madre te parió?—me pregunta el más blanquito, sus ojos son más claros y están muy abiertos.

—¿Qué?

—Dijiste que mi madre te parió—comenta el morenito rascándose su pancita.

—No... yo...

—¿Mi mamá Patty también te parió? ¿cuando te parió mi mamá Patty?

Caigo en cuenta de que se me acaba de salir una palabrota ante esas esponjitas. Me miran esperando respuesta.

¡Ay, mi la madre que mi lengüita!

Me rasco la cabeza y me tiro al piso. No sé que decirles para que se les olvide mi metida de pata. Entonces me desinflo soltando el aire y ocasionando con su salida un sonido muy gracioso. Los niños se ríen y me imitan.

¡Y a reírnos como descocidos!

Pasar el rato con ellos es grato. Disfruto la compañía de los niños, conozco su lenguaje directo, inocente y simple. Y embono con ellos rápidamente. En un momento de curiosidad les pregunto sus nombres. Ellos se miran con complicidad y, como si fuesen telepatas comunicándose, asienten al mismo tiempo.

—Yo soy el señor lagarto—dice el morenito aguantando la risa y sacando pecho.

El más blanquito se endereza a su vez y sin ser menos que su hermano afirma:

—Yo soy el señor calamar.

¡Qué monos son!

Les doy la mano con formalidad y ellos me la estrechan con fuerza.

Nos miramos.

¡Y a reír de nuevo!

A las tres de la tarde Issa se siente mejor. ¡Qué manera de dormir corrido con esa panza! Pero se le ve su carita repuesta, sonrosada y redonda como una monedita de oro. La verdad es que el embarazo le sienta de maravilla. Aunque su panza es grande. Pero grande, grande, grande. La pobre pasa la tarde recostada y yo le hago compañía y le cuento una y mil historias de las mías. Cuando me pregunta de estudios, la cosa se pone seria y no para de sermonearme.

Se pone muy irritante.

Pero la perdono.

Lo hace porque me quiere como una hermana por la cual lo daría todo y más. Y me consta. Recordar el momento en que casi da su vida por mí, me emociona hasta las lágrimas. No cabe duda que entrar en el corazón de mi amiga es super

difícil, pero una vez dentro te conviertes en un tesoro que defiende con uñas y dientes.

Todo bien. Hasta que a las cuatro de la tarde, le cuesta respirar de nuevo y yo vuelvo atacarme de los nervios. Corriendo como loca busco a Sebas con la mala leche que por el apuro me doy de bruces con alguien y terminamos enrollados en el piso.

Cierro los ojos mortificada, segura de haber arrollado a algún militar de esos que custodian la casa presidencial.

—Oh, Dios mío, lo siento.

Cuando levanto la vista me encuentro con la última persona que esperaba encontrar.

Bruno.

¿Cuándo llegó?

—Lo... lo siento tanto—balbuceo, descolocada por la situación.

Me queda viendo sin demostrar nada. Y yo encima de él jadeando y con mis pechitos apretados contra su torso.

—¿Sufres de inflamación en el oído?

¿Qué clase de pregunta es esa?

Me hago consciente de que sus dedos rozan la piel desnuda de mi cintura provocando un cosquilleo desconcertante que no me permite pensar bien.

—¿Qué?

—Es la única explicación que encuentro a que invariablemente termines en el piso.

Mi cara es de flipe total.

—Uno de los reguladores del equilibrio se encuentra alojado aquí...

Me pone su mano izquierda en el cuello a la altura de la oreja, la punta de sus dedos me roza la piel con suavidad. Y eso hace que toda la sangre se me vaya de la cabeza. Más cuando levanta un poco la pierna que tiene entre las mías y termina rozándome. Se me escapa un gemidito.

¡Bendito Dios!

—En el oído interno. Se llama sistema vestibular. Está dentro—vuelve a mover su pierna y mordiéndose el labio acota—y es muy potente.

¿Me está seduciendo?

Él sigue con aire académico, como si nada.

—Por eso cuando viajamos en auto y vemos por la ventana nos mareamos. Los ojos nos dicen que estamos quietos, mientras que el sistema registra el movimiento en el cerebro. Una contradicción ¿cierto? Lo que se siente y lo que se razona. Eso... ¿Te ha pasado alguna vez, Catalina?

Inmersa en mis sensaciones e incapaz de razonar, muevo la cabeza en sentido

afirmativo.

—Bueno, bueno, bueno... como me gustaría tener una cámara en este momento, para demostrarle al mundo que no eres infalible a los encantos de las jovencitas. Ni tan santo como pareces.

Bruno ni se inmuta al escuchar la voz de su hermano menor bañada en el más puro guaseo.

—Hey, viejo. Le aconsejaba a la señorita que debería ir al otorrino para su problema de equilibrio. Ya van dos veces que me arrolla y no es tan débil como parece.

—Lo siento, es que estaba corriendo porque Issa...—me llevo la manos a la boca alarmada—Oh, Dios mío, ¡no puede respirar!

Al escuchar eso Sebas sale escopetado hacia la habitación. Intento levantarme para ir con él, pero, sorprendentemente, Bruno no me lo permite.

—No te preocupes por Issa—añade sonriente—. En esa etapa del embarazo es normal que de vez en cuando le falle el aliento. Sobre todo si son mellizas.

Escuchar eso de boca de Bruno me apacigua de inmediato. Siempre ha sido un hombre serio y le creo. Le sonrío y me relajo en sus brazos. Se está calentita allí.

—Tómate tu tiempo, cariño, debes levantarte con cuidado—dice reanudando el leve movimiento de sus dedos sobre mi cintura y el suave mecer de su pierna que parece inocente a simple vista—. Recuerda: el sistema vestibular. No queremos que te caigas.

¿Está siendo pícaro conmigo?

—Sí...

Ese tonto que tiene conmigo hace que la sangre abandone mi cerebro y me hierva en la entrepierna. Me sonrío abiertamente, y ahora, estoy segura, que lo hace a propósito. Nunca me lo imaginé con esa cara de pillo.

Mira mi boca y yo la suya.

Qué boca...

Mira mis ojos y yo los suyos.

Sé lo que quiere y yo también.

Durante unos segundos saboreamos la más que palpable tensión sexual que hay entre nosotros. Pero los ojos de Bruno son perturbadoramente oscuros y determinados y entonces el nervio me rompe.

—¿Patty sufría del oído? Digo, es que nunca había escuchado lo del equilibrio y esas cosas. Segurito le fallaba el aliento durante el embarazo de los mellizos.

Sus dedos se detienen.

Su pierna también.

Y es muy obvio, por su gesto, que le ha incomodado mi parloteo. Ni se molesta en contestarme. Tomándome de la cintura me pone a un lado, se levanta y cuando está de pie me tiende la mano.

—A su amiga le caería bien un tilo; por qué no va y se lo busca.

Ay, mi madre ¡me está echando!

Soy una imbécil; solo a mí se me ocurre recordarle a su difunta esposa en un momento así.

Voy sin rechistar.

Issa respira mejor y me agradece el tilo. Tarda medio segundo en notarme rara y cuando pregunta qué me pasa, me desboco en detalles de lo ocurrido con Bruno.

No soy mucho de secretos.

Issa pone los ojos en blanco un par de veces— y con cara de no creerme nada—alega que seguro ha sido una confusión mía y me exige que me comporte con su cuñado, que ante todo es un caballero.

La miro ojiplática. Le describe como un santo con pedestal de oro

¡Pero si aquel hombre me ha rozado el sexo! Fue con su pierna, sí, pero fue adrede.

Sebas está verdaderamente divertido. Y dice que su hermano solo reaccionó porque me le eché encima con mis artes femeninas y él solo es un pobre mortal.

—Aunque...—me guiña un ojo con gesto pícaro—se le veía muy feliz.

Resoplo. Refunfuño. Y lo que más me fastidia es haberme quedado con las ganas de estamparle un beso en la boca a Bruno.

¡Eso me pasa por bocazas!

Capítulo 9

Ataviadas con el uniforme de softbol mi compañeras y yo nos acercamos al cafetín de la universidad por unas gaseosas. Compartimos impresiones sobre la práctica que tuvimos, debemos esforzarnos ya que pronto competiremos con otros institutos y por supuesto ¡mi equipo es el mejor! Qué gusto me da pertenecer al equipo. Me llevo bien con la mayoría de las chicas. Excepto con Mónica. Una flaca espigada de nariz respingona. Pobrecilla, se le brotan las ronchas cada que recuerda que su novio y yo tuvimos un rollito hace tiempo. No sé por qué se pone tan ácida conmigo si en aquella época ni la conocía. Además no pasamos de unos cuantos besos y toqueteos.

¿Por qué seremos tan celosas las mujeres? Ah, no sé. Puede que sea porque somos puro corazón y hormonas revolucionadas.

Por ejemplo Alexia, con su actitud de chica ruda, se deshace al ver a su novio Carlos. Este la va a buscar en su moto, lleno de tatuajes, cabeza rapada y chaqueta de cuero. Se ve imponente. Y malote. Quizá por eso Alex teme que la consideren blanda. Pero sinceramente desde que la conozco no la he visto hacerle el mal a nadie.

Así es el amor.

Suspiro viendo como Alex corre hasta la moto de su novio y se aferra a su cuerpo como si se le fuera la vida en ello. Abanico mi mano despidiéndome con entusiasmo. Y ella se va con su amor.

Amor...

Hace un rato que no tengo un amorcito. Últimamente me he llevado algunos chascos. Y después del desastre de Leo he reservado un poco mi corazón. Pensar en la desgracia que pude ocasionar al encapricharme de ese chico, me hace temblar como gelatina.

Saludo a Nacho, el vigilante de la universidad que me guarda la bici en la garita. Y como siempre le doy mi abrazo patentado. Ya fuera, voy a abrir la maletita para sacar las tonterías de seguridad que Chuy me ha regalado cuando alguien me toca el brazo.

—Señorita Expósito, qué gusto volver a verla.

Bruno Petroni vestido de traje y corbata, tan grande y perfecto como siempre.

Abro los ojos y la boca como un pez fuera del agua.

—Hola, tú... ¿Qué haces aquí?

—Comprando unas refacciones para el vehículo—levanta la caja que lleva en la mano.

Le miro incrédula.

—¿En el instituto?

Bruno ríe por mi cara de pasmo. Encontrármelo en mi *pateadero* es una absoluta locura.

—En la tienda de al lado—señala con su cabeza el establecimiento—. Necesitaba un par de bujías.

Me doy una palmadita en la frente riéndome de mí misma.

—Ah, claro ¡qué bobita!

No ha venido a por mí. ¡*Aterriza, guapa!*

Me pongo el casco, luego paso mi pierna y me encajo en la bici.

—La vi con sus compañeras y quise venir a saludarla.

Con cierto descaro le hago un buen escaneo de arriba a abajo.

Ay Diosito por Dios, Ese hombre está más bueno que comer con las manos.

—Pues qué gusto verte, *bello*—le guiño un ojo—. Esta vez sí llevas los de contactos ¿verdad, *mi cielo*?

—Conviene usarlos al manejar ¿no lo cree, señorita? Para evitar accidentes.

—¡Y me lo dices a mí!—suelto mi risita con resoplido patentada—Por lo menos esta vez no te arrollé—me abrocho el casco y le miro divertida—. ¿Y cómo están el señor lagarto y el señor calamar?

—¿Disculpa?

—Tus bebés, se me presentaron con esos nombres.

—Mis bebés—repite y su gesto se suaviza de inmediato—Brayan y Benji. Muy... enérgicos.

—Ya lo creo que sí. Nos marcamos un par de jueguitos el otro día. Me gustan los traviesos, inventan cada cosa.

Me inclino distraídamente para acomodar mi pie sobre el pedal de la bici cuando escucho:

—¿Eres traviesa? Eso sería cautivador...

Levanto la vista sorprendida y él cambia de tema rápidamente.

—Veo que eres deportista ¿qué deporte practicas, Catalina?

—Ah... Softbol, y a veces le entro al atletismo.

—¿Softbol? ¿Cuál es tu posición favorita?

—Me destaco como bateadora y corredora. Cuando mi equipo defiende, como no soy muy buena receptora, a veces me toca el jardín derecho que es el más flojito. Pero espero, poniéndole ganitas al entrenamiento, mejorar mi juego. Hay que apoyar al equipo. Y tú ¿has pertenecido a algún equipo deportivo, Bruno?

—Algo así... ¿quieres te lleve, Catalina? Podemos poner la bici en la parrilla del coche. Y así descansas las piernas y repones fuerza. No es molestia, lo haría con gusto... por una amiga.

Ay, mi madre, qué buena disposición tiene.

Veo el tráfico.

¿Va a andar rodando por allí para llevarme a donde sea con la posibilidad de quedarse atascado en el tráfico solo para que descansen mis piernas?

¡La idea me encanta! ¡Y lo amo, lo amo y lo amo!

Mi lado de princesita candorosa clama por salir a jugar.

—Eso sería maravilloso. Claro, si no es molestia. La verdad es que estoy algo *magulladita*—delineo con mi índice un rasponcito que llevo en el muslo incitándole a mirarlo—. Pero, Brunito, no quisiera aprovecharme de ti; tú tendrás mil cosas que hacer.

Bruno se fija en mi cuerpo; especialmente en mis piernas. Estira el brazo, desabrocha mi casco y esboza una sonrisita inquietante.

—Aprovéchate.

Con mi casco en su mano Bruno me lleva hasta su camioneta. Amarra mi bici a la parrilla y cuando nos subimos un aroma fresco y masculino me impacta.

Cierro los ojos y aspiro.

—Dios, qué bien huele, es un aromatizante maravilloso.

—Es mi perfume.

—¿En serio?

—Sí.

Se inclina y me sobresalta ver su corbata a la altura de mis ojos. Qué rápido se mueve. Me mira desde arriba muy cerca y eso me intimida una barbaridad.

—¿Te fijas?—susurra.

No puedo ni respirar.

En estado zombi muevo mi cabeza en señal afirmativa. Las comisuras de sus labios se elevan lentamente y sin cortarse un pelo se acerca a mi cara y pasea su nariz suavemente por mi mejilla.

—Tú no hueles nada mal ¿qué usas, cariño?

—Calor... sudor... eh... eh... ¡jabón!

—Qué bien huele el jabón en ti.

Se inclina más y cuando estoy segurísima de que va a besarme estira el cinturón sobre mi cuerpo y lo cierra con un clic.

—Seguridad ante todo.

Sonríe y con un gesto petulante se retira, mete la llave en el contacto y arranca.

Joder, ¿está jugando conmigo?

Le digo que voy a *la Pastora*, el sector de Caracas donde está ubicada la *casa hogar* donde me crié.

—Debió ser difícil la experiencia—dice Bruno y por un momento no sé a que se refiere—Ser huérfana—aclara.

—¿Por qué?

Guarda silencio. Cabecea un poco.

—Por lo de los padres y todo lo demás—añade incómodo.

Me da risa su cara de apuro ¿por qué todos hacen un drama de aquello?

—Es diferente. Hay veces que la familia funciona. Y otras no. La vida me dio la oportunidad de rebobinar. Y lo agradezco. Estuve en un lugar en el que me cuidaron y me dieron todo lo que necesité para estar bien. Así que... —me encojo de hombros sin darle mayor importancia al asunto—Se puede decir que tengo una familia con muchos hermanos.

Asiente solemne.

—Es sano que lo veas así, Catalina.

—Lo veo así porque así es, tesoro, no lo dudes. ¿Tienes idea de cuantos niños terminan en la calle sin nadie que vele por ellos? Con la incertidumbre de si sobrevivirán otro día. Y luego, cuando crecen, llenos de resentimiento, lo único que les queda es entregarse al crimen para subsistir. Eso sí es triste.

Bruno asiente en silencio.

Seguro que en su vida nunca tuvo que hacerse ese tipo de planteamientos. Está claro que ni la miseria ni el miedo tocarían a un Petroni Agresti. Pero yo que he visto de cerca a esos puñeteros ya me los conozco de memoria.

Aunque siempre termino mandándolos a paseo.

Bruno pasa a recoger a sus hijos a una clase privada con un psicopedagogo. Cuando le pregunto la razón de aquello se le ve incómodo. Y noto lo que me dijo su hermana: es un hombre reservado. Bromeo diciendo que si hay alguien con problemas de concentración ¡esa soy yo! Él sonrío y creo que se aliviana un poco, aunque no estoy muy segura.

Viéndolo bien, creo que sí es un poco estirado.

Pronto estoy contándole anécdotas sobre mis pequeñines de la casa hogar. Mi memoria se expande y los recuerdos aletean y me resultan vívidos. Migue y la vez que le pareció genial echar un puñado de lombrices en la sopa. Susi y la vez que trasquiló a todas las niñas jugando a peluquería. Jo, trepándose por las paredes como una araña... Rubén cuando picó las sábanas para hacer una tienda de campaña...

Me río...

Bruno solo escucha y en ocasiones se le escapa una sonrisa.

Una pequeña sonrisa contenida y tranquila que le achina los ojos. Sonríe muy lindo.

Cuando llegamos me pide que le espere en el auto. Ando en pantaloncillos y

— lanzándome una mirada larga a mis piernas—comenta que no es un tipo de vestimenta adecuada para el lugar. Mientras espero enciendo la radio. Me aburre el silencio y la inacción. La música de Shakira me hace menear mis hombros y sigo el ritmo en el reducido espacio del vehículo.

A los pocos minutos viene Bruno con sus niños. Se les ve compenetrados y felices juntos. Los niños no paran de reír y abrazarlo mientras él los trae cargados, uno en cada brazo.

Qué fuerte y bello y grande y distinguido.

Me doy airecito con la mano y me muerdo el labio intentando refrenar el cúmulo de fantasías que me provoca con solo mirarlo.

Entran al vehículo entre risitas y chillidos.

—¡Hola guapetones!—les saludo con la mejor de mis sonrisas.

—Papá, papá, ¡hay una niña!—chilla el morenito al verme.

Bruno le ajusta el cinturón de seguridad.

—Es mi amiga: la señorita Catalina.

—Señor Lagarto, señor Calamar, qué gusto volver a verlos.

Mi saludo formal les causa gracia y se ríen divertidos.

—¿Señor Lagarto y Calamar?—Bruno finge confusión—Por Dios ¡me equivoqué de niños!

—¡No papá somos tus hijos!

—Ah... ¿seguro?

—Sí papá, yo soy Benji—dice el blanquito afirmando con su cabecita.

—¡Y yo Brayan!

—Vaya ¡qué alivio saberlo!

Estar con esos niños es no parar de reír con sus ocurrencias, más y más disparatadas cada vez.

¡Qué parlanchines y qué preguntones son!

Bruno se mantiene en silencio. Concentrado en el acto de manejar nos ve de reajo. En ocasiones les llama la atención a los pequeños que les cuesta permanecer en el asiento, sospecho que si no estuvieran amarrados, ya se me habrían sentado en las piernas. En un momento dado Bruno me pregunta si me gustaría acompañarlos a por un helado.

¡La idea me encanta!

Estoy super inspirada saboreando mi helado cuando Bruno llama mi atención.

—Catalina—me dice.

Con los labios fríos levanto la vista ante el hombre que tengo en frente. El placer de mirarlo es tan dulce como el que disfruta mi paladar. Nariz perfilada, boca de infarto y mentón cuadrado en conjunto con unos ojos café oscurísimos que me bebería sin dudar.

—¿Qué te parecería trabajar para mí?

Me lo quedo viendo como si me hablara en chino.

—Yo no sé nada del mundo empresarial y esas cosas. Soy pésima para los números. Con decirte que estadística la llevo en rojo.

—No necesitarías saber de números.

De pronto me siento como Demi Moore en Una propuesta indecente.

¡Qué ilusión me hace!

Pero no, seguro que no es eso. Bruno no se atrevería a hacerme una propuesta así.

¿O sí?

Me ponga roja como un tomate y se me escape una risita tonta.

Bruno levanta las cejas y creo que ha pillado lo que mi mente sucia se acaba de imaginar. Se endereza en la silla y con un gesto elegante se alisa su bonita corbata.

—No necesitarías saber de números porque te contrataría como niñera—y con un ademán de su mano me indica a los mellizos que trepan como monos en el parque del local—. Pareces llevarte bien con los niños.

—Aaaaaaaaahh... Oh, sí. Oh Dios. Por un momento creí que tú... que tú querías...

Me entra un ataque de risa que puede conmigo. De pronto siento la mano de Bruno apretarme el brazo y me callo.

—Que yo quería el qué.

No sé qué decirle sin quedar como idiota.

—Mira Catalina, hablemos claro: sé que no estás buscando trabajo y no me interesa cambiar un sistema que a mí me funciona. Además se nota que eres una jovencita con infinidad de cosas que hacer. Pero *la necesidad tiene cara de perro*. Y yo actualmente ando urgido de una persona que acompañe a los mellizos y me ayude a cumplir su horario. Sucede que la señora que los cuida pronto saldrá de permiso por unos días ya que su hija está a punto de dar a luz.

»Llevo semanas empeñado en encontrar alguien confiable que pueda ayudarme con los niños, pero, como ves, no he dado con esa persona. Simplemente la idea de dejar a mis hijos en manos de un extraño me produce una jaqueca automática. Siempre he sido selectivo con el personal que entra y sale de mi casa y más cuando involucra a mis hijos. Pero en este caso el tiempo no está a mi favor. Sin embargo, como amiga de Clarissa, puedo fiarme de ti. Y ya solo sería cuestión de cuadrar horarios.

Toma mis manos entre las tuyas y estoy ante sus pozos anegados de misterio y, a pesar de estar muy cerca me es imposible leer su mirada.

—Prométeme, Catalina, que lo pensarás.

Capítulo 10

Con la llegada de Octubre comienza la temporada de beisbol. Contenta de haber conseguido entradas para los juegos, pedaleo con fuerza hasta llegar a la casa hogar. Cuando me detengo, como era de esperarse, me falla el aliento. Tomo unos minutos para reponerme cuando me fijo en la placita cercana. Me quito el casco y saludo a los chicos que se encuentran allí haciendo giros con sus patinetas y pasando el rato. Chocando puños les saludo con un *Hola qué hay*. Ellos me cuentan sus cosas, boberías de nada. Echamos unas bromas y les invito unas gaseosas.

Migue y Rubencito, tienen quince y dieciséis respectivamente. Y a pesar de ser menores que yo por unos cuantos años, son más altos. Recuerdo cuando llegaron a la casa hogar, todos barrigas infladas y cuerpos esqueléticos ¡cómo han cambiado! Y qué guapos están ahora. Cuchicheamos y me entero que estos días Rosario ha estado muy intensa. La dictadura en pleno.

¿Qué voy a hacer con mamita?

—Dale un masaje de pies a ver si se calma—me pide Migue en tono de súplica—. Eres la única que puedes con ella, ya no la aguanto.

Para animarlos les muestro las entradas con mi bailecito especial.

—¡Beisbol!

Me levantan en volandas.

—¡Qué camionetota!—silba Rubencito, y sé a qué se refiere.

Bruno ha venido a recogerme. Después de nuestra conversación he decidido aceptar su oferta de trabajo. Dejo la bici con los chicos y subo a la camioneta con una sonrisa más grande que un estadio.

—¡Hola, bello!

En vaqueros y camisa casual está de muerte.

—Señorita Expósito, buenos días ¿cómo amanece?

Me echo a reír y Bruno me mira como si se me hubiese zafado un tornillo.

—¿Qué sucede?

—Venga, por Dios, creo que hay suficiente confianza entre nosotros para tutearnos ¿no te parece?

Sus comisuras insinúan una sonrisa.

—Puede que sea cierto... ¿Cómo estás, Catalina?—pregunta en tono amable.

—Muy bien—me lamo los labios provocativa—. Y ahora que te veo... mejor.

Me mira fijamente y no tengo ni idea de lo que piensa.

—¿Qué?

Menea la cabeza negando y enciende el auto.

—Vamos, nos esperan.

Bruno vive en el este de Caracas. No me sorprende, se ve que tiene lana. Lo que sí me sorprende es que viva en un apartamento tipo dúplex y a pesar de ser enorme me parece pequeño para sus terremotitos.

Gertrudis es una señora mayor de unos cincuenta y pico. Otra sorpresa. ¿Cómo le sigue el ritmo a esas criaturas? Es un misterio para mí.

Ambos se sientan y me explican los horarios y las normas. Y al principio yo les escucho con una sonrisa. Pero a medida que se va alargando la explicación, me entra una piquiña en el cuerpo. Y cuando veo la pizarra que detalla por color, el quehacer cotidiano de los mellizos prácticamente estoy al borde del patatús.

¿Esto es una joda?

Mi mente se dispersa y cada vez me cuesta retener todas esas jodidas normas. La actitud de Bruno me tiene pasmada. Recalca cada cosa como si fuera una ley inapelable.

¿Tan jodido es?

Me da miedito.

Es el Hitler de los horarios infantiles.

Incapaz de permanecer quieta, me muerdo el índice, me rasco la oreja y descruzo mis piernas. El verbo deber y yo no pegamos ni con cola. Y me doy cuenta que para Bruno es como cemento instantáneo.

¡Qué horror!

En un momento dado aquel hombre—ya no tan perfecto—recibe una llamada.
—Disculpa un momento.

Me levanto del sofá de un respingo y voy hacia las puertas de cristal que separan la sala de la terraza.

Necesito aire.

—Las mantengo cerradas por seguridad—explica Bruno al darse cuenta, saca una llavecita de su bolsillo y abre la puerta de cristal.

Respiro profundo y me paseo por la terraza con Bruno detrás de mí que sigue en su llamada .

La terraza es grandecita pero desierta. Es una pena. Quedaría muy bonito un juego de sillas de jardín y unas cuantas flores de colores en aquellas preciosas jardineras de arcilla moldeada donde solo residen yerbajos. Me acerco y distraídamente arranco algunos.

Sospecho que este espacio no se usa. Y pienso, con tristeza, que es el único espacio al aire libre.

—Estás muy callada—comenta Bruno cerrando la tapa de su celular— ¿qué sucede? ¿Te arrepientes de tu decisión?

Exhalo intentando ordenar mis ideas pero lo cierto es que sigo desconcertada. Por un lado me flipa la idea de que me necesite y por otro...

—¿Eres uno de esos chiflados del control?—pregunto de pronto.

Bruno mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre sus pies.

—Catalina, mis hijos son algo... inquietos. Requieren estructura.

—¡Por favor! Estamos hablando de un par de niños de cinco años ¡no de una central termonuclear! Lo que necesitan se resume en comida, cariño y diversión. Además se ve que eres muy jodido con tus normas y no quiero que un día te pongas bruto conmigo solo porque me salté alguna de ellas. Ha de ser difícil para esas criaturas seguir el ritmo de tu agenda. Yo misma ando con la cabeza enmarañada de tanta bendita regla ¡y solo llevo aquí cinco minutos! No, no... No sirvo para esto. Creo que deberías buscarte otra persona. Algún ñoño o algo así... No sé... tal vez un robot. Sí, un robot haría perfecto el trabajo.

Bruno resopla, está claro que le ofendió mi parrafada; aunque se contiene. Sospecho que, de no estar tan urgido, este sería el momento exacto de mandarme a la mierda de un tiro y sin pasar por *Go*. Pero me vale. Yo no soy de las personas que funcionan bajo presión. Al contrario. Tengo una valvulita en mi boquita que funciona de maravilla. Por eso haga lo que haga, cuando se me pega la gana, me aseguro de disfrutarlo.

La vida es demasiado corta para encadenarse a obligaciones y horarios sin sentido.

Se hace un silencio incómodo. Sé que me pasé con lo que dije. Pero se me salió. Es mejor que me vaya conociendo.

Veo que cierra los ojos como si contara hasta diez. Pobre, se ha puesto tenso y me da penita verlo; se ve que es un padre abnegado. Demasiado. Con lo me gustaría complacerlo—en todo lo que se le ocurra—pero ya me lo advirtió su hermana que ese hombre era muy hermético. Y que todo es a su manera. Bueno, supongo que hasta aquí nos trajo el río; porque, estoy segura, de que sus infumables reglas son absolutas para él; y entonces ese jodido inflexi...

—De acuerdo, Cata. Lo haremos a tu manera.

¿Qué?

¿Ha aceptado?

No. Inventes.

Me acerco a la *casa hogar* y le doy la vueltecita a Rosario. Todo normal. Aunque en un momento que se levanta de la silla la veo renquear un poco. Pero cuando le pregunto me dice que no es nada. Miente, sé que son sus varices que la matan de dolor pero si hay algo que odia Rosario es la compasión. Tiene una actitud dura como el acero. Me retiro antes de que me coja la noche. Pero antes

de irme veo a Migue en la placita con otros chicos. Decido acercarme, él no me ve porque está de espaldas pero los otros sí y cuando me faltan pocos pasos, sueltan algo y salen corriendo. Migue se voltea y me intercepta antes de llegar.

—Hoolaaa ¿qué te pasas por aquí a estas horas?

—Hola, Migue, quería saber cómo estaba todo. ¿Rosario sabe que estás fuera a esta hora?

Me ve con ojos vidriosos. ¿Qué le sucede?

—Brinqué la reja. Estaba... estaba... con mis amigos patinando.

Me sorprende ver que no lleva la patineta y no recuerdo que los otros chicos la llevaran tampoco.

—¿Y la patineta?

—¡Se fue rodando!—me da una palmada en la espalda que casi me hace trastabillar, suelta una risa convulsa y besa mi mejilla muy fuerte.

Cuando me repongo de su tosco trato noto que ha salido escopetado hacia la casa hogar y con agilidad salta la reja.

Vaya, qué raro.

Curiosa por su comportamiento reviso con la mirada el lugar donde estaba con sus amigos y encuentro lo que me temía: tres porros a medio fumar. Los recojo y los meto en mi bolsillo. La que se va armar cuando le cuente esta a Rosario. Y yo, que soy medio chivata, de que se la cuento se la cuento.

Veo que la oscuridad comienza a caer.

—Pero hoy no será.

¡Bruno es el mega jefazo de los jefazos!

Mi primera impresión de jefe ogro se fue al drenaje. Durante toda la semana Bruno, mi bellísimo jefe, ha sacado tiempo de donde no lo tiene para asegurarse que estoy cómoda con mi trabajo. No creí que fuera tan paciente y considerado, pero lo es. Me orienta y escucha mis ideas. Considerar es la palabra clave. No me presiona, no habla de reglas. Solo consideraciones. Es fácil sobre todo porque están Gertrudis y él. Se lo ha pedido para facilitar la transición. Se lo agradezco. El hecho que estén ellos hace que los mellizos entren en carril. Aunque sí noto lo que él me dijo. Son muy inquietos. Al final de la semana me doy cuenta de que he asimilado la rutina. No ha sido tan difícil. Y ahora cuando miro la pizarra ya no me resulta repulsiva. Veo todo con claridad y lógica.

El viernes por la tarde me despido de Bruno, Gertrudis y los mellizos alegremente. Esta vez quiero pasear un rato por los alrededores de su vivienda. Es una gozada el paisaje. Voy repasando mentalmente la rutina de los niños, los

alimentos aceptados, los prohibidos, sus actividades suplementarias, lo que deben...

Me detengo.

Y me echo a reír.

¡Dios!

Pero ¡si es un jodido controlador!

Me fue llevando hasta que logró lo que quería que asimilara: sus normas, su rutina.

¡Qué pillo, Qué sagaz, cuánta inteligencia!

Sabía que sí se ponía de intransigente me rebelaría, así que optó por el enfoque suave, casi subliminal.

Me pongo la mano en el corazón con un gesto hiper romántico.

—Lo amo.

Capítulo 11

Los días pasan. Y ser la niñera de los mellizos me gusta mucho. Aunque he de tener ojito, son muy inventores y en un pestañeo se meten en problemas. Y aunque practican beisbol dos veces por semana sospecho que necesitan más tiempo al aire libre, más tiempo de juego. Tenemos eso en común; tampoco soy de estar sentada, ni pensando. Necesito moverme. Por eso cada que cumplen los deberes pongo música a todo volumen y hacemos unos bailecitos graciosos. Brayan, *mi morenito mandón*, exige con ceñito fruncido que sea música de grandes y no de bebés.

¡Huy, me lo como a besos!

Benji, es puras sonrisitas. A veces me escribe lindas cartitas de amor con sus letras pueriles.

¡Qué encanto de bebé!

Es el único de los Petroni que me ve con *ojitos de cordero* porque su señor papá es la corrección en pasta. Y aunque le he pillado mirándome las piernas cuando ando con mi uniforme de softbol. No se atreve a insinuármeme. Mientras está en casa se concentra en su trabajo y se convierte en el *señor aburrido*.

Nada de tonteos con la niñera.

Uf...

Esta noche estoy empeñada en que me tome en cuenta. Quiero que me vea con otros ojos. Por ello, cuando logro dormir a los mellizos me echo un baño, me pongo mis pantaloncitos más calientes y ceñidos, una camiseta y me recojo el cabello en dos colitas.

Tentadora.

Cojo mi mochila, tomo una respiración profunda y entro en su despacho. Estoy nerviosa. Cuando levanta la vista de sus papeles se me cae la baba, está usando unos lentes de pasta que no le había visto nunca y que le quedan de maravilla.

—Catalina, olvidé que estabas aquí.

Qué bajón de ánimo ¿por qué se tiene que olvidar de mí?

—Ya es medianoche—mira su reloj—, me temo que me metí tanto en los papeles que...—de pronto se fija en mí—¿Te has duchado?

Disfrutando de su desconcierto le sonrío con dulzura. Su mirada sube por mis piernas y se pierde en el escote de mi franelilla.

Le gusto, no puede disimularlo.

Me acerco a su escritorio y apoyo mi cadera en él.

—Sentí calor y me apeteció mojarme. Así que decidí ponerme algo más

cómodo—dejo vagar mis dedos por mi escote de forma insinuante—¿No sientes calor, Brunito?

Me mira directamente a los ojos, completamente serio.

—¿Qué haces?

—¿Yo?

—Sí, tú.

Me hago la desentendida. Soy inocente hasta que se demuestre lo contrario. Me alejo del escritorio dándole espacio. Y tentándolo con mi cuerpo.

—Parece que te gustan los barquitos en botella...—comento en tono casual paseando mis dedos sobre los mismos. Estos se encuentran cuidadosamente alineados por orden de tamaño sobre un estante de madera tallada—Siempre me he preguntado: cómo hacen para meter esos barquitos diminutos en las botellas. Parece imposible, pero allí están. Debe ser superfastidioso hacerlo ¿no es así?

—No sé.

De pronto parece malhumorado.

—Oh, pensé que te habías armado algunos... Mmm... De todas formas no tienes cara de memo. Sería un poco raro verte con gafas de aumento y pinzas diminutas.

—Mi papá los arma.

—Pff, bueno, cielo, cómo saberlo. De adivina no tengo un pelo. Y hasta el sol de hoy todo contigo ha sido hola y adiós.

—Créeme, Catalina, es mejor así.

—¿De verdad?—suelto una risita incrédula—Qué raro, creí que seríamos amigos.

Me fijo en una pared de cristal ahumado y la abro sorprendida.

—¡Es una bodega! No me había fijado que te gustaran los vinos, Bruno—digo maravillada al ver aquello—Toda una pared—suelto un silbido—Debe gustarte mucho.

Estiro mi mano con la intención de tomar una botella.

—Por favor, no las toques. Están cuidadosamente clasificadas.

Le miro divertida. Es un estirado insufrible. Me muerdo la lengua y con la picardía en la sangre me apresuro a tomarla. En tres segundos tengo a Bruno a mi lado cerrando la puerta de la bodega.

Me apoyo en el cristal haciendo un mohín.

—Eres un memo—le digo con dulzura delineando con el índice la montura de sus lentes.

Bruno no puede evitar sonreír. Ha caído en mi trampa.

—Qué graciosa eres.

Me toca la barbilla y su contacto dulce y su cercanía me hacen sonreír.

—Tienes una preciosa sonrisa, sabes, Bruno. Es cara de ver, cómo me gustaría que la gastaras más.

Apoya su mano en el cristal sobre mi cabeza muy cerca mío .

—¿Ah sí? ¿Te gusta así?

Sonríe abiertamente y de pronto pone los ojos bizcos. Es algo tan inesperado que me hace reír a carcajadas. Mi risa graciosa de resoplidos pronto hace su aparición.

—Creo que me gusta más la tuya—añade satisfecho achinando los ojos de manera sexy—. Entonces... señorita Expósito ¿piensa seguir toqueteando mis cosas o ha quedado satisfecha su curiosidad?

Levanto la barbilla con dignidad.

—Toquetear sus cosas me resulta altamente divertido, señorito Petroni.

—Seño...

Bruno estalla en carcajadas. Y es tan inusual como encantador que me quedo maravillada viéndole.

De golpe deja de reír y arrincona mi cuerpo contra el cristal. Abate su boca contra la mía con tal lujuria inesperada que me deja fuera de combate.

Impacto.

Oscuridad.

Mi cabeza da vueltas. He intento seguir su ritmo con mi lengua, pero es diabólico e imperativo. Jamás me habían besado de manera tan absorbente.

Y de pronto estoy temblando. Y tengo frío y calor... Y estoy flotando y estrellándome.

Todo al mismo tiempo.

Bruno me coge por los glúteos y me tumba sobre el sillón. Sus manos se van directas a mis piernas. Las abre, se recuesta sobre mí, entre ellas; y me las manosea con propiedad. Sentir su peso me deleita. De pronto deja de asaltar mi boca y desciende por mi cuello, no con suavidad, si no con fuerza y pasión.

Chupa y mordisquea mi escote hasta llegar a mis pequeños pechos. Sus dientes me aprietan los pezones sobre la tela de la franelilla provocando mis gemidos.

Candela pura arrasa mi cuerpo y se arquea cuando Bruno me muerde un pecho.

—Sigue... sí... Oh, sí...

Quiero que siga, que me desnude, que me haga suya, quiero que...

Se detiene.

Pega su frente contra la mía y solo se escuchan nuestras respiraciones alteradas.

¿Por qué te detienes? Quiero preguntarle. Pero no me sale. Estoy tan excitada

que apenas puedo respirar.

—Suficiente.

Y acto seguido se levanta dejándome en el sillón abierta de piernas y desolada.

—¿Por qué?!

—He dicho ¡suficiente!

¿En verdad me va a dejar así?

—Pero ¿por qué?

—Porque sí, ¡coño!—gruñe, ofuscado—¡mierda!

Se acomoda los lentes torcidos y pone las manos en caderas. Al notar su imponente erección latente bajo sus pantalones cierra los ojos y se frota la frente.

¡Espero que le duela!

¡Idiota!

—Te llevaré a casa.

Atónita le veo salir del estudio, empalmado todavía. Yo me acomodo como puedo. Tomo mi bolso e indignada y temblorosa por su rechazo bajo hasta el vestíbulo donde me espera con una chaqueta en la mano. Cuando llego la abre para que me la ponga pero yo no lo hago. En cambio le meto un fuerte empujón.

—¡Eres una bestia!

Y corro hasta al ascensor.

En tres zancadas está a mi lado y aprieta el botón. Intento controlarme y no echarme a llorar pero me enfurece tanto su rechazo que siento que le odio. Durante nuestro corto trayecto hasta el sótano me envuelve el silencio y la vergüenza.

Al salir hace un frío terrible y me arrepiento de no haber tomado su chaqueta. Me estoy congelando. Para calentarme me abrazo a mí misma.

—Cata...—dice tras soltar un largo suspiro al meter la llave en el contacto de la camioneta. El auto está oscuro y frío y yo estoy llorando—No quiero hacerte daño.

Miro por la ventana con gesto obstinado. No quiero verlo, ni escucharlo.

Solo quiero cerrar los ojos y desaparecer.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, horror de horrores, despierto con la regla. ¿Por qué será que las mujeres debemos pasar por este calvario? Es el único momento del mes en que me caen las siete plagas de Egipto. Dolor, hinchazón, cansancio y el río que se convierte en sangre. Y me entra una *depre* horrible, lloro hasta con los comerciales.

Lo que me faltaba para completar el cuadro era el bajón de ánimo por lo de Bruno.

Paso la mañana tirada en la cama sangrando y sangrando.

Al mediodía me meto un platón de pasta. Sí, la regla también me abre el estómago una barbaridad. Me paso el día viendo el canal de telenovelas. Y lloro, lloro y lloro. Cuando comienzo a llorar no tengo medida.

Recibo una llamada de Marcel y hablamos por horas. Cuando le cuento lo de Bruno me escucha estoicamente. Le cuento todo. Lo bello que se veía con esos lentes. Suspiro, suspiro. Lo mucho que me gustó verlo reír. Y la forma apasionada en que me besó y... Luego rompo en cólera y le hago caer de un burro. Luego vuelvo a recordar sus besos y vuelvo a suspirar.

¿Quién me entiende?

Lo bueno de Marcel es que le encanta el drama tipo culebrón mexicano y doy tela para eso y más.

Después de hablar con él me siento más sosegada. Me echo un baño me pongo vaqueros y camiseta y voy a la casa hogar.

Rosario ha montado en cólera cuando le cuento lo de Migue. Le lanza los porros a la cara y le pregunta si quiere terminar como uno de los tantos delincuentes, acabar en un hospital o algo peor. Ver a Rosario molesta no es cualquier cosa. Es una mujer imponente, grande, con un porte y una mirada intimidante. Migue baja la cara y dice que lo siente. No lo volverá hacer.

—Más te vale—gruñe Rosario dando un fuerte manotazo en la mesa que le hace pegar un respingo. Luego sale de la habitación hecha una furia.

Migue me lanza una mirada hostil.

—Tenías que decírselo. ¿No sabes cerrar la jeta?

—¡Cómo que jeta! —replico furiosa, a ese chico prácticamente le crié yo y viene y me trata así—Mira tú a mí no me hables así. Te lo digo por tu bien— levanto mi dedo en señal de advertencia—. He visto a muchos caer en las drogas y no dejaré que lo hagas por más que te cabrees. Te quiero y...

—¡Pues no me quieras tanto! Me acabas de joder. ¿Es que no lo entiendes?

Como si no fuera lo suficientemente difícil lidiar con ella, ahora Rosario me hará la vida de cuadritos. ¡Maldita sea!

—Qué sepas que te estás pasando. Y no se vale que me trates así. Y la decisión de cuanto quiero y a quien quiero, es solo mía, estúpido imberbe.

Me vuelvo con lágrimas escociéndome los ojos pero no doy tres pasos y ya tengo a Migue abrazándome.

—Lo siento, Catita, no debí gritarte ¿me perdonas?

Para el domingo el dolor de vientre se convierte en *monstrual*. Solo logro arrastrarme hasta el sofá, envolverme en una manta y ponerme verde de películas.

Suena el teléfono y lo tomo pensando que es Marcel.

—¿Cómo estás *macho man*? No puedes pasar un día sin saber de tu amorcito. Estiro mis brazos con pereza mientras se hace un raro silencio en la línea.

—Mal, cielito, no me digas que se te comió la lengua el gato.

—¿Quién es Mal? Catalina. Contéstame.

Y este a cuenta de qué me viene con exigencias.

—¿Qué haces llamándome, Bruno?

—Quiero saber cómo estás.

—Tengo la regla y ando con malestar—suelto de mala gana. La regla es el único momento en que mi temperamento se vuelve rancio—. ¿Algo más desea saber el señor?—pregunto con chocancia.

—Sí ¿has cenado?

Dejo caer mi cabeza con fastidio, tengo una migraña que me está matando.

—Son las cuatro, Bruno.

—¿Qué se te antoja?

—Pff... no sé.

—¿Comida china o pollo frito? Decide.

—¿Pollo?

—¿Brownie o pie de limón?

—¿Brownie?... No entiendo, tú...

—Estaré allí en media hora.

Cuelga la llamada y yo quedo atónita mirando el teléfono. Una ráfaga de desconcierto y malhumor me recorre el cuerpo. ¿Qué querrá Bruno ahora? Seguro sermonearme por lo que hice ayer.

Pero... él fue quien me besó y me manoseó. Y luego me rechazó como si tuviera peste.

¡Estúpido!

Reacia me ducho y me enfundo la pijama de Bugs Bunny. Con la puntualidad

de un reloj suizo suena el timbre. Al abrir la puerta soy avasallada por dos terremotitos.

—¡¡Cata!!

—Hola mis amores.

Les sobo la cabeza con cariño.

—Con cuidado, chicos, Cata está enfermita.

Ante la petición de su padre me sueltan y pasan como balines al apartamento. Entonces me fijo en Bruno y él en mí. Me dedica una pequeña sonrisa mientras levanta las bolsas que lleva en las manos.

—¿Me invitas a pasar?

Me desconcierta que esté en mi puerta ¿qué quiere de mí?

—Claro, claro.

Nos ponemos pringosos sentados en el piso alrededor de la mesilla de centro. Los niños dicen que el pollo frito es su platillo preferido.

—También el mío—digo—. En realidad tengo varios platillos favoritos pero este es el que más me gusta de todos—le hincó un diente a una alita crocante que se deshace en mi boca.

Los niños comienza a jugar a espadas con un par de muslitos. La forma en que gruñen y arrugan sus caritas me roba una sonrisa.

—No se juega con la comida—les reprende su papá.

Y se recomponen de inmediato.

Su faceta de papá me resulta super sexy. Sin poder evitarlo le hago ojitos. Y entonces me devuelve la sonrisa

—También me gusta el pollo—confiesa en tono amistoso—. Aunque prefiero la carne. Un buen filete o unas costillas.

—Oh...

Aquel comentario me sorprende. Bruno no suele hablar de sus gustos. En general no suele hablar de él.

—No he probado las costillas.

—No creo que una chica como tú no haya ido a *Friday's* alguna vez.

—Es algo caro para mí. Y para mis amigos, ¡ya te diré!

—Ahora tienes un amigo que te puede invitar... cuando gustes.

¿Me está invitando a salir?

Es difícil saberlo.

Sus ojazos son oscuros e impresionantes, casi negros. Y su cara de póquer perenne esconde sus intenciones. Me meto un panecillo en la boca, es mejor tenerla llena porque si la abro sabrá Dios lo que saldrá.

Al terminar de comer los niños caen rendidos sobre el sofá.

—Tuvieron un día agitado—explica Bruno ayudándome a recoger los trastes.

Yo asiento y me encamino hacia la cocina. Me doy cuenta que me sigue de cerca, saca el postre de la nevera y hace un gesto de silencio con el dedo.

—Chis, El azúcar es solo para nosotros, muñeca.

Tomo la cajita y pruebo un poco del chocolate con el dedo.

—Mmm, si llegaran a probarla a estas horas, uf, ¡la hecatombe!

Bruno se muerde el labio al verme con mi cara de pilluela. Y sin previo aviso me toma de la cintura y me sienta sobre la encimera de la cocina. Estoy tan sorprendida por su reacción que abro la boca cuando me mete la lengua como un rayo.

Siento que caigo de cabeza por un agujero. Las estrellas y constelaciones giran a mi alrededor.

Las manos de Bruno son insistentes. Me acarician la espalda, me aprietan contra él, se deslizan bajo mi camiseta y me sobresalto de pronto al sentir que sus dedos pellizcan mis pezones. Los tengo sensibles por la menstruación. Él se da cuenta y los deja caer lentamente hasta mi cintura. Pero no los retira de mi piel.

—Tu y yo podemos divertirnos. Deseo pasar un fin de semana contigo a solas. ¿Qué me dices, Catalina?

Su mirada es directa y va al grano.

Grita sexo.

Y nada más.

Ok.

No me considero novata en temas de sábanas pero me pongo nerviosa. Bruno es un hombre que sabe de sexo y de mantener a raya sus emociones. Una roca imperturbable y firme que se mantiene a pesar del embate de las olas. Mientras yo soy como la marea. Subo y bajo regodeándome en el vaivén de mis sentimientos cada vez más profundos, ambiguos y resbaladizos.

En este momento se me hace claro.

Voy a salir herida.

El remolino de la indecisión me traga cuando Bruno vuelve a tomar mi boca. Es un demonio besando. Un desalmado. Y esta vez ¡me aprieta el trasero! No se está cortando nada, me doy cuenta de ello. Y no sé si jadear. O asustarme y salir corriendo.

He despertado un monstruo que usa su ventaja con alevosía.

Se aparta y esbozando una sonrisita arrogante empieza a darme a comer el Brownie. Tomo bocado por bocado en un silencio absoluto. Creo que es lo más callada que he estado en mi vida.

—¿No tienes nada que decir, Catalina?
Oleaje, agitación, indecisión, bruma, desconcierto.
No lo sé...

Capítulo 13

A pesar de que la regla sigue haciendo de las suyas continúo con mi vida.

La invitación de Bruno sigue en pie, aunque no ha vuelto a mencionarla. Se lo noto en la manera en que se saborea el labio en ocasiones al mirarme. Me pone nerviosa. Pese a ello, la mayoría del tiempo se comporta muy propio. Desempeñando su papel de jefe ejemplar. Incluso me llama señorita Expósito, lo que me causa risa...

Hasta que vuelve a mirarme.

Me excita, claro. El problema es que es lo único que logro descifrar en él. Deseo desencarnado. Me inquieta no poder leer nada más.

Es realmente hermético.

El martes por la mañana le acompaño a llevar a los mellizos a la escuela; más tarde saldrá de viaje de negocios y me encargaré de los niños por un par de días.

Es hora de entrada y los mellizos corren hasta su fila. Bruno y yo coincidimos con unas mamás. Estas se acercan a Bruno mimosas.

¡Admiradoras!

Bruno tiene admiradoras.

Las saluda con su remilgo de siempre. No puede ser más estirado ni proponiéndoselo.

Dos señoras lo monopolizan. Una rubia, bajita, de falda plisada, llamada Heidi; que lo toma del brazo con propiedad. Mientras una señora rechoncha y con vestido florido hasta las rodillas lo toma del otro.

Eso me hace gracia.

Nunca me lo habría imaginado tomado del brazo de dos mujeres así.

—Bruno, ¿cómo amaneces hoy? Te traje estas galletitas para tus bebés. Yo misma las hice; no contienen ni gluten ni azúcar.

—Gracias Herminia, qué amable por tu parte—responde Bruno aceptando la bandejita envuelta en film transparente—, les gustó mucho las que les hiciste el otro día de chispas de chocolate.

—¿Y cómo les fue a tus chicos en la práctica de beisbol?—pregunta la rubia abombándose el pelo—, me quedé preocupada con lo que pasó el otro día.

¿Qué pasó el otro día?

—Todo bien, afortunadamente no expulsaron a Brayan por su arrebató. Pero nos llamaron la atención.

—A su edad son tan impetuosos... tan vigorosos...

Noto que la bajita le aprieta el brazo a Bruno. Rápidamente sé lo que piensa.

Sexo.

¡Miren a la *retaquita*!

Suelto una risilla. Bruno me mira impasible.

—¿Cómo está tu esposo, Heidi?—le pregunta.

Ella lo suelta, ruborizada.

—Bien, bien—balbucea apurada.

Con delicadeza Bruno logra deshacerse del agarre de Herminia también. Y haciendo un gesto me presenta.

—Señoras, esta es la señorita Catalina Expósito, la niñera de mis hijos. Les agradecería que la orientaran en todo lo que pudieran y sean tan amables con ella como lo han sido conmigo.

Decidida a ganármelas les muestro mi mejor sonrisa.

—Llámenme Cata, por favor.

—Qué gusto—contesta Heidi sin disimular su descontento.

Ver a Bruno con una veinteañera bonita no es algo que la mate de diversión.

—¿Eso significa, Bruno, que ya no te veremos por aquí?—pregunta alarmada.

—Qué pena—murmura la otra con cara de tragedia.

¡Les he aguado la fiesta a estas señoras!

—Nos veremos eventualmente—promete.

Le hacen morritos y le alisan el saco.

—No te hagas tan caro de ver, Bruno, como padres debemos estar unidos. Sabes que no es lo mismo que otra persona se encargue de tus hijos.

—Por eso les agradezco su apoyo y orientación para con la señorita Expósito.
¡Toma Ya!

En la noche recibo su llamada para comprobar como pasaron el día sus hijos. Yo le hago un recuento de sus ocurrencias, del seguimiento de sus horarios. Todo muy profesional. Pero después de un rato quiero saber de él. Bruno responde a mengua. Me he dado cuenta que no le gustan las preguntas personales. Pero yo insisto. Cuando me encapricho me encapricho.

Y estoy encaprichada de él.

—Esta noche me he pasado por tu despacho a toquetear tus cosas ¿tú que haces?

—Hablando por teléfono contigo.

—Qué gracioso, me refiero a después.

—Tomaré una copa con una amiga.

Se me borra la sonrisa y más cuando el silencio se extiende dando a entender muchas cosas. Sospecho que no se refiere a una amiga platónica. Y eso me escuece. Algo dentro de mí grita que lo hace para advertirme.

—¿Tienes muchas amigas, Bruno?

—Sí.

—Son amigas con derecho a roce ¿cierto?

—Así es.

Bruno es la única persona capaz de decir dos palabras y dejarme completamente muda.

¿Cómo le hace para ser tan caradura?

Cuelgo el teléfono llevándome la mano directa al corazón. Y entonces comprendo que al aceptar la invitación de Bruno me convertiré en una de sus tantas amiguitas sexuales.

Me lo está advirtiendo. Esa es su naturaleza, no deja nada al azar.

Repica el teléfono y no lo cojo. No sé que decirle.

BRUNO: Catalina, ¿estás bien?

Miro el mensaje con aprensión.

Siempre me he dejado llevar por la corriente. Siempre me he dejado llevar por los sentimientos.

Pero esta vez...

—¡Jodido Bruno!

Capítulo 14

La actividad física me sienta bien.

Después de las prácticas me dejo caer en la banca. Estoy secándome el sudor cuando Alexia me lanza una botellita de agua.

—Entonces ¿ya terminaste tu rol de niñera?

—Sí, mis tres semanas de niñera terminaron.

—¿Te irás de escapadita romántica con tu jefecito?

Miro la botella entre mis dedos entrando en el dilema.

—No lo sé.

—¿Cómo que no sabes? No me digas, la tiene pequeña. Es mala cama el señor perfecto.

—No, Alex. No te burles de él, por favor—le advierto mosqueada. ¿Por qué siempre ha de tener esa actitud de villana?—. Es un hombre sexy y seguro de sí mismo—dejo caer mi cabeza sobre mis manos—. ¡Cielos! Ha de ser un demonio en la cama.

—Bien por ti, *perrita*.

—Pero no puedo estar con él. Me pone histérica.

—Qué tontería. Hace milenios que no eres virgen.

—Gracias, Alex, qué amable al recordármelo.

—De nada.

—De cualquier forma, no se trata de sexo. No del todo. Solo que no soy tan moderna como parezco. Siempre termino involucrándome. Dando y esperando más—balanceo la botella intentando explicarme—no sé, temo lo que pueda sentir.

—Te gusta en serio ¿eh?

—Me encanta. Es un hombre super interesante y a la vez insufrible. Pero creo que forma parte de su encanto. El problema, creo, es que yo no le gusto tanto como él a mí.

—Y temes que pase de ti una vez que consiga lo que quiere... Mmm, no sería la primera vez que te usaran, Catalina. Tiendes a atraer patanes.

—Gracias por recordármelo.

—Para qué son las amigas.

Me termino el agua y lanzo la botella en el cesto de basura. Alex y yo caminamos por el campus .

—Irás a buscarme mañana—digo preocupada.

—¿Y vas a ir?

—No le dije ni que sí ni que no.

—Genial, entonces aparecerá en tu puerta y te penetrará... ¿Eso es lo que quieres? Qué cabeza loca eres, Catalina. Si no quieres nada con ese tipo díselo y acaba con eso de una vez.

Me llevo las manos a la cabeza.

—No sé si quiero acabarlo. No sé si quiero seguir. Estoy muy confundida, Alex.

—Dale *plantón*—dice resuelta—. Si es tan estirado como dices, pasará de ti y no seguirá desquiciándote.

¿Darle plantón a Bruno Petroni?

La idea me resulta dolorosa.

—Mira, te veo hecha un lío—me toma por los hombros para llamar mi atención y dejando a un lado su interpretación de villana me muestra su lado amable, el que guarda solo para mí—. Hagamos esto. Vente conmigo a la playa. No me contestes, piénsatelo. Mañana te paso buscando. Si decides darte un revolcón con tu jefecito. Pues te lo das. Si no, ya tienes plan B. Irá Héctor, ¿lo recuerdas? El de ojos lindos que babea por ti. De pronto te vendría bien darte unos besos con un tipo que no te pone histérica.

Esa noche me lo pienso. Y la indecisión me gana.

Sin embargo por la mañana me despierto con los nervios de punta. En un impulso cojo mi bañador y le envío un mensaje a Alexia.

¡Me voy a la playa!

A las nueve de la mañana suenan el timbre y mi móvil al mismo tiempo. Es Alex.

¡Qué desesperada es!

Contesto mientras tomo mi bolso y corro hacia la puerta.

—*Mueve culo*, andamos con prisa. Todavía falta recoger a la *mariposita* y sabes cómo se pone cuando tiene que esperar.

—Amiga ¿no puedes darme cinco minutitos?—abro la puerta la puerta de par en par—¡Me voy a la playa!—grito con los brazos abiertos.

Pero quedo tiesa al ver frente a mí a Bruno.

—¿Playa?—pregunta con suspicacia evaluando mi vestimenta. Pantaloncillos cortos, franelilla y sandalias de goma.

—Mierda ¡Está aquí! ¡Carajo!—me pego el móvil de nuevo a la oreja y al otro lado de la línea resuena la risa malévolamente de Alexia.

Es una bruja malvada que goza con la desgracia ajena.

—¡El trajeado te pilló dándole plantón! Oh, jo jo, amiga. ¡Estás en

problemas!

—Dime algo que no sepa Alex.

—Hazte la indiferente—aconseja.

—Sabes bien que no puedo hacerlo—digo entre dientes mirando a un Bruno enojado de reojo—, le tengo en frente.

—Dile que se te presentó una emergencia y no puedes ir con él.

Me enfrento a Bruno sin pizca de convencimiento.

—Se me presentó algo y...

—¿Acaso me estás plantando para irte con el tal Alex?

—Noooo... es una emergencia, te lo juro.

Me traspasa con su mirada oscura y aprieta su mandíbula.

—Estás de coña ¿cierto?

Vaya, ha soltado un taco. En el tiempo que nos conocemos es la segunda vez que lo hace. Le miro desconcertada y con cara de estúpida sin saber que decir para salir de esta.

Entonces Bruno estira su brazo y me quita el teléfono de malos modos.

—La señorita tiene un compromiso previo. Y se irá conmigo—gruñe.

Corta la llamada ante mi cara de pasmo. Y tomándome del brazo me mete de nuevo al apartamento. Da un portazo tan fuerte que me sobresalta.

—Voy a ser sincera contigo, Bruno. Resulta que yo...

Cualquier explicación se queda atorada en mi garganta cuando la boca de Bruno se apodera de la mía con una propiedad que me deja noqueada. Me abraza, levantándose del piso y su lengua se abre paso por mis labios esclavizándose con su manera erótica de moverla. Incapaz de pensar en nada que no sea Bruno y su diabólica lengua, me aferro a sus hombros y me dejo llevar por el momento. No sé por cuánto tiempo.

Baja un poco mi escote y se entretiene en mis pechos. Su tacto maravilloso es mejor de lo que imaginé.

—Sí... sí... me gusta.

Me aparta la mano de su cabello ondulado.

—Ya te diré lo que te va a gustar.

Vuelve a comerme la boca con avidez. Desabotona mi pantaloncillo, mete la mano por mis bragas y comienza a estimularme mientras vuelve a mis pechos y los chupa uno a uno hasta endurecerlos.

Ya no sé de mí.

Su boca, su lengua, su calor...

Su masculinidad me golpea con fuerza y me debato en el oleaje de las sensaciones eróticas que me produce.

Humedad, calor, deseo...

Un ardor inflama mi cuerpo y estalla de pronto dejándome abatida.

Bruno está poniéndose un condón.

Abro los ojos sorprendida.

Dios mío ¡cuándo se quitó los pantalones!

Esto está pasando muy muy rápido.

Me asusto. Pero también le deseo. Y no tenga ganas de resistirme. Él tampoco me da tregua. Me desnuda de cintura para abajo y me abre las piernas. Mirándome con ojos maquiavélicos saca su lengua perversa y con verdadero deleite, lame mi humedad.

Ay, virgencita del cielo.

Tiemblo como hoja.

Su cara de perversión casi me da un infarto. Y siento que, como siga así, de que me da me da.

Aparentemente satisfecho por mi sabor me levanta en el aire tomándome por los muslos y me baja sobre su erección. Finalmente suelto un quejido y me aferro a su cuello disfrutando lo bien que se siente dentro de mí.

Es grande y fuerte. Y yo delgada y menudita. De manera que, con facilidad pasmosa, me sube y me baja encajándome más en él.

Me dejo manejar a su antojo y la locura se apodera de nosotros. Gemidos descontrolados y sudorosos resuenan en el silencio de mi apartamento mientras me olvido de *playas, amigas sexuales y sentimientos contradictorios*.

Dejo caer mi cabeza sobre su hombro completamente agotada. ¡Menudo polvazo!

Es un amante exigente. Un tirano que se ha apoderado de mi cuerpo. Me lleva hasta el sillón, me sienta en el brazo y se aferra al respaldo dándole más profundidad a sus embestidas.

Oh divino martirio.

Entre gruñidos roncros y resoplidos llegamos al clímax.

El peso de su cuerpo, su calidez y su aroma me reconfortan como lo haría una taza de chocolate en una tormenta. Y deseosa de que al momento tórrido le siga uno tierno, estrecho mi abrazo y le doy un beso la coronilla.

Bruno levanta la cabeza y me mira a la cara por unos segundos. Respira con dificultad. Y su mirada oscura es un misterio para mí.

Se aparta y se quita el preservativo.

—¿Dónde está el baño?

Se lo indico. Bruno se sube los pantalones de un tirón y va al sanitario. Yo corro al otro donde me lavo rápidamente y me cambio la ropa. Vaqueros y camiseta. Antes de salir veo mi rostro en el espejo. Mis mejillas ruborizadas conservan el recuerdo del encuentro sexual, igual que mis labios el sabor de su

boca.

Cuando salgo a la sala Bruno se encuentra de pie con gesto pensativo mirando las llaves de su camioneta.

—Estoy lista—digo animada.

Se rasca el puente de la nariz con el mando de su llave.

—Entonces... ¿vienes conmigo?

—Claro que sí, *grandote*, nada me encantaría más que dar un paseíto contigo.

Entorna los ojos y por un momento creo que me echará en cara lo de la playa. Pero no lo hace. Y yo, sabedora de que es mi atributo más encantador, me mezo dulcemente en un pie y le miro con cara de no romper un plato.

Las comisuras de sus labios suben lentamente y por un segundo el brillo de sus ojos sugiere promesas.

Capítulo 15

Desde que nos adentramos en *el Junquito* con sus curvas enrevesadas y pronunciados barrancos, prescindimos del aire acondicionado. Disfrutando así de los olores y colores propios de la naturaleza. Algo que no se puede hacer en la ciudad de Caracas donde el smog envilece el aire y cubre los árboles de una capa de polvo amarillenta. Allí la flores silvestres de encanto simple y fresco conviven armoniosos con la maleza irreverente.

Imagino a Rosario enfrascada en arrancar la maleza de raíz. Su regla principal de la jardinería. Ninguna de aquellas encantadoras florecillas por muy bonitas que fuesen sobrevivirían a su minuciosa inspección. Es una persona terriblemente exigente en muchos aspectos de la vida y bastante dura de tragar para algunos. Pero no para mí. En ella veo mucho más y en sus ojos leo todo un universo de entrega que supera incluso su propio bienestar. Por eso sé que no hay que dejarse llevar por las apariencias y, que a veces, las personas más duras, más tiránicas, pueden tener dentro de sí un jardín hermoso, perfecto y florido. Sin abrojos.

Al ver un anuncio me emociono.

—Aquí preparan los mejores golfeados del mundo.

Bruno gira el volante e ingresa al estacionamiento.

—Probémoslo entonces.

Me adelanto al local donde a pesar de no conocer a nadie, saludo a todo el mundo. El aroma me enamora. Pan, dulzura, especias. Los golfeados recién hechos lucen grandiosos, estupendos. Muero por probarlos.

Me pido uno y le hincó el diente encontrándome con una explosión de sabor. El papelón me empalaga, la suavidad del pan me derrite y el toquecito contrastante del queso me hace gemir de gusto.

Cuando abro los ojos Bruno está de brazos cruzados viéndome con atención. Al igual que todos los demás.

—Menudo espectáculo te estás montando, *Caritas*.

Me chupo el dedo.

—Deberías probarlo, está buenísimo.

—Gracias pero no, resulta que no soy fanático del dulce.

—¿Ah no? Y ¿de qué eres fanático?

—De ti y tus caritas.

Saca su billetera, toma algo de efectivo y le dice a la dependienta:

—Póngame dos para llevar, por favor.

Le doy un toque con el codo.

—Ya sabía que terminarías sucumbiendo.

Bruno me ve de forma extraña mientras toma la bolsa que le da la chica.

—No Catalina, no sucumbiré.

El tono frío de su voz me descoloca ¿a qué se refiere?

Y la sensación de estar dándome de cabeza contra un muro se hace patente.

¿Qué espero de todo esto?

El trayecto inicia y el silencio se vuelve absurdo y yo, que no sé estar callada ni bajo el agua comienzo a hablar:

—Oye Bruno, creo que nosotros...

Me interrumpe un mensaje de Marcel.

MARCEL: Háblame brujita ¿cómo te trata el trajeado?

Suelto un suspiro y tecleo la respuesta.

CATALINA: Mal, creo que metí la pata al darle alas.

A continuación pongo una serie de emoticones que reflejen mi ánimo.

MARCEL: ¿Te portaste mal?

CATALINA: Me porté peor. Pero te cuento luego porque Bruno está conmigo.

Marcel me envía una serie de emoticones para subirme el ánimo.

Tan lindo Mal, siempre sabe lo que necesito.

Tomo una respiración profunda y justo cuando voy a decirle a Bruno que me regrese a casa, él pone su mano en mi rodilla.

—Me gusta la música—dice—Se puede decir que soy fanático de la música. No toda, por supuesto, tengo mis reservas. Prefiero las buenas letras, el sonido inspirado. También soy fanático de los vinos (como te has percatado) —pone un dedo en mi mejilla—. Prefiero el blanco al tinto. El seco, al espumoso. Y sí Catalina, como te imaginabas, me he armado unos cuantos barquitos en botella usando mis gafas de memo.

¿En serio me acaba de decir todo eso?

Incrédula porque en esa parrafada me ha contado más de él de lo que me ha contado desde que le conozco y divertida porque él mismo se llame memo, le pregunto:

—¿Qué haces?

Él me da una sonrisa sincera que me llega al alma.

—Decirte en lo que soy fanático, cariño, creí que eso querías. Y a ti ¿qué te gusta?

Para empezar... tú.

Al adentrarnos en *la Colonia Tovar* me emociono como niña. Ha sido un viaje corto a un lugar de ensueño. Bruno me cuenta curiosidades acerca de este pueblito de tradición alemana ubicado a escasos kilómetros de Caracas. Yo le escucho fascinada y descubro que tiene una faceta de cerebritito sabelotodo que me pierde todita.

Vaya, es la primera vez que me gusta un *nerd*.

Disfruto de las encantadoras vistas de aquel pueblecito pintoresco hasta que Bruno dice que hemos llegado. Apenas salimos del vehículo, se acerca a mí y me toma en sus brazos. Me siento pequeñita ante él y eso me gusta

Le sonrío con dulzura.

—Esta es una posada.

—Es preciosa, Bruno.

—Pensé que te gustaría.

La posada me encanta, parece sacada de un cuento de hadas.

Bruno besa mis labios con suavidad. Un jadeo escapa de mí invitándolo a más. Lo hace sin ninguna duda y con exquisita pericia provocando que mis piernas flaqueen con el recuerdo fresco de nuestro primer encuentro.

—He reservado una habitación para nosotros—me toma la cara en sus manos y me mira franco, sin titubeos—. Quiero subir contigo y hacerte el amor durante horas ¿estás dispuesta?

Vaya, eso es ir al grano.

Qué bonita es la cabaña.

Dejándome llevar por una emoción infantil la recorro entera. Curioseo en la cesta de suvenires que está sobre la mesa engalanada con un mantel de encaje. Los sillones cubiertos con mantas de colores y cojines esponjosos resultan acogedores ante la chimenea. ¡La chimenea! Nunca había visto una en vivo y directo. Caracas es, como mucho, una ciudad fresca, así que estar ante una chimenea verdadera me deja flipada.

—En la noche les pediré que nos la enciendan—Bruno deja su bandolera de cuero en la mesa—. Es agradable.

—Súper.

Me fijo en la cama. Una cama con dosel. Mi lado de princesita despierta y

encantada de la vida me dejo caer en ella. Mis dedos acarician la manta tejida que la cubre. Es increíblemente suave.

Bruno me ha traído a un lugar primoroso, lleno de magia y encanto. Un sitio para soñar.

—¿Qué tienes?—pregunta al verme abstraída en mi fantasía.

Tomo la copa que me ofrece y bebo un sorbo descubriendo un licor dulce y caliente que sienta bien en este clima frío.

—Este es un sitio muy bonito, Bruno. Me gusta mucho. Gracias por traerme.

Él me mira unos segundos con su mirada oscura, casi negra. Cabecea un poco, menea su copa y esboza una sonrisita divertida.

—La idea me la dieron los mellizos.

—¿En serio?

El menea la cabeza afirmativamente y toma un sorbo de su bebida.

—Sí—continúa—. Ellos no paran de decirme que tú eres un hada. Y después de pensarlo llegué a la conclusión que debía traerte aquí. Sé que es una tontería pero siempre creí que este lugar tiene su toque mágico—toma otro sorbo y se encoge de hombros—Ha de ser por estar tan cerca de la ciudad y ser tan diferente... tonterías que uno piensa.

Me levanto y con una sonrisa en la boca le pico con un dedo sobre su camisa.

—Eres un tipo duro pero con corazón de malvavisco... Clásico.

Levanta la ceja y se echa hacia atrás con cierta arrogancia.

—Cariño, qué gran imaginación tienes—se termina la copa de un jalón y la pone en la mesita—Por qué no nos dejamos de tonterías y te desnudas para mí.

—¿Siempre eres tan repelente?

Toma mi barbilla y me planta un sonoro beso.

—Solo con haditas descarriadas.

Se sienta en la cama y hace un ademán.

—Vamos..., lo estoy deseando.

Dejo caer los brazos. Bruno es la arrogancia personificada y se regodea en ello.

Le dirijo una mirada hostil. Él se muerde el labio.

Uf...

Accedo a sus caprichos. ¿No he venido a ello? Dejo mi trago sobre un mueble. Me quito las zapatillas deportivas, desabrocho mi vaqueros y bajo la cremallera lentamente. Me tomo mi tiempo. Deslizo mis manos por mis vaqueros y jugueteo con las tiritas de mi pequeño tanga, mostrándoselas con descaro.

Deseo, es lo que dice su mirada. Deseo, es lo que despierta dentro de mí.

Envalentonada asciendo por mi cuerpo arrastrando con eso mi camiseta,

dejando a la vista mi piel sedosa. Al llegar a mis pechos, los tomo y aprieto, imaginando que son sus manos, poderosas y varoniles, las que lo hacen.

Calor...

Cierro los ojos y me dejo llevar por mi fantasía. Deseosa, retiro un poco el sujetador y traveseo con mi piel. Y encuentro lascivia en el contacto, espoleada por mi fantasía y la mirada ardiente de mi atractivo observador.

—Me gusta lo que haces—susurra, incitador.

Y lo siento cerca. Muy cerca. Su calor se mezcla con el mío. Y su voz ronca con la mía. Sus manos acunan las mías.

Suaves ronroneos. Mi cuerpo es suyo a placer. Mi tacto. Su tacto. Es igual. La ropa sobra y cae alrededor de la cama, mientras las sábanas y el tejido de la manta marcan nuestra piel.

Mis muslos le reciben sin pudor. Y su cuerpo firme, volcánico se amolda al mío, suave y voluble. Me abrazo a él. Y el placer me electrifica, en la profundidad de mis emociones me lleva a sitios oscuros, donde la razón se ahoga y el instinto salvaje aflora devorando, dando, devorando, dando...

Con los miembros desmadejados miro la fina tela del dosel. Miles de fantasías teñidas de romanticismos se tejen en mi mente mientras pienso en los fantásticos polvos que nos marcamos.

¿Es posible tanta perfección?

—¿Qué signo eres Bruno?—pregunto distraída.

Él me mira extrañado.

—Mi signo solar es acuario, pero mi ascendente es piscis—explico apoyándome en los codos y mirándole sobre la cama todo lo largo que es, se ve magnífico—. Tengo mucho más de piscis... ¿qué signo eres?

Me mira como si le hablara en chino. ¿Considerará la astrología después del sexo una locura? Estiro el brazo y delinea el contorno de su boca con mis dedos. Una boca exquisita y viril como todo él.

—Esta ha sido el mejor sexo de mi vida—admito.

Es la verdad simple y llana.

—Eres demasiado joven para haber acumulado alguna experiencia.

Se sorprendería, pienso con una sonrisa.

—No, si se empieza temprano. Tengo la tendencia a dejarme llevar—me encojo de hombros—. Culpa de piscis.

Me toma de la barbilla con el pulgar y el índice.

—¿Es culpa de piscis que seas una jovencita sumamente sensual?

Aayyyyyyyyy...

—Tengo luna en libra, así que se podría decir, señor, que estoy signada por el destino.

Su sonrisa se expande, maravillosa. Me toma de la cintura y me pega a su cuerpo, solo separados por un poco de sábana.

—Soy tauro, señorita Expósito, ¿qué tiene que decir a ello?

—Fuerte, sólido, amante del confort.

Noto en sus ojos una chispa de calidez. Le sonrío coqueta. Me mira. Y entonces hace algo completamente inesperado. Me aprieta la nariz.

—Y ahora ¿qué quieres?—pregunto recelosa.

Él se ríe durante minutos, cuando termina deja caer su frente sobre la mía.

—No tienes idea de lo graciosa que eres.

Le meto un besazo con gusto atándole con brazos y piernas.

—Te equivocas, Bubu...—digo con voz de bebé—Sé que soy una payasita sin remedio.

No puede disimular lo mucho que le divierte la situación, los ojos le brillan risueños. Tomándome por sorpresa me hace rodar por la cama, infla las mejillas y me sopla el cuello. Me parto de risa por las cosquillas. E intento tumbarle para que pare, pero le fascina el espectáculo, y es que, cuando me rio se me escapan unos resoplidos graciosos por la nariz.

Yo y las Kardashian.

Nos pasamos el rato jugando desnudos sobre la cama, riendo y haciéndonos cosquillas. Y es una sorpresa para mí que pueda ser tan juguetón.

¿Quién lo creería al verlo?

Un ruido nos interrumpe. Son mis tripas notificándonos que no comí lo suficiente. Nos miramos. Yo avergonzada y él con guasa y... ¡volvemos a reír!

Qué buen humor tiene hoy. No sabía que podía reír tanto.

Almorzamos en el restaurante de la posada, degustamos un *gulasch* acompañado de una cerveza artesanal. Exclamo un ¡fabuloso! emocionada. Bruno me sonrío, en realidad lleva la mañana bastante distendido. Parece que el sexo le pone de un humor excelente. Me explica cosas acerca de la gastronomía de esta villa. Me cuenta que el *gulasch* en realidad es un platillo bávaro, pero como les gustó tanto a los colonieros lo asumieron como suyo, aunque más suavizado. Me cuenta que la gastronomía de la Colonia Tovar se basa en recetas alemanas que han pasado de generación en generación mezclados con ingredientes propios de Venezuela.

Sin dejar de comer le escucho, parece una enciclopedia humana ¿Cómo le hace para saber tantas cosas?

Ni idea, pero me encanta ese aire de profesor universitario.

Cuando nos traen el plato fuerte se me hace agua la boca, *rodilla de cochino en selva negra*. Huele fantástico, se ve asombrosa. La rodilla de cochino

horneada con un cuchillo clavado en el centro se encuentra en una cama de *sauerkrauft*. Le pido al mesero que me explique en cristiano de qué trata eso y él, afable, me contesta que es repollo en tiras macerado con sal gruesa y fermentado por más de dos meses. Uno de los platos con más sabor germano.

Vaya...

Cuando pruebo la carne de piel crujiente y consistencia jugosa, casi me da un orgasmo. Bruno se ríe de mis gemiditos de placer al masticar.

Sabía que tenía un lado tierno.

Recorremos la villa. Las casas con sus techos altos preparados para una nevada que nunca llegará, resultan caprichosas. Las fachadas, con listones de maderas incrustados y chimeneas acogedoras es tan distinta a la venezolana, que se me antoja irreal. Eso me enamora. Las flores de los jardines con sus colores vibrantes parecen querer brincar hasta nosotros como duendecillos traviesos.

Al notar mi embeleso Bruno vuelve a ponerse académico.

—La arquitectura singular se debe a que los colonios—me explica—(como se les dice a los miles de inmigrantes que vinieron de Alemania a establecerse aquí a mediados de 1840) construyeron sus casas como las de su tierra. Y viven principalmente de la agricultura y el turismo. Incluso se dice que esta es la pequeña *Alemania del Caribe*.

—Debe ser una maravilla vivir aquí, casi siento que Hansel y Gretel vendrán a saludarme en cualquier momento.

Bruno sonrío y deja reposar su brazo sobre mis hombros dándome un beso en la sien.

El inocente gesto, viniendo él, me pilla de sorpresa.

—¿Siempre traes a tus amigas aquí?—pregunto curiosa—Se han de poner muy contentas. Y es que dudo que pueda existir un sitio más romántico que este. Es un bonito detalle por tu parte Bruno, permíteme decírtelo, considerando que solo buscas un revolcón, no se puede decir que no tengas estilo.

Se aparta de mi lado y no sé si está molesto o anonadado.

—Ay, papi, tampoco somos monjes en un retiro espiritual. No me trajiste para rezar precisamente.

—Tú... ¿no piensas lo que dices?

—Digo lo que siento.

—Venía con mis padres, a veces con los mellizos. Me parece de mal gusto que saques un tema que no viene a cuento cuando la estamos pasando bien. Esta es la situación que es... Catalina, no me interesa ser de los que da explicaciones.

—Uf vaya—la situación pasó de cariñosa a gélida—No te estaba pidiendo nada, Bruno, solo decía, sacaba conversación ¿sabes? como hablar del clima. Ya

me he dado cuenta que no te gusta dar explicaciones cuando se trata de ti.

—Cierto—gruñe—. Ahórramelas y nos entenderemos.

Tampoco es para que me hable en ese tono. Me enfurruño, él también. Por un rato caminamos en silencio. Hasta que no puedo soportarlo y comienzo a hablar. Y es que si no lo hago exploto.

—No puedo tragarte cuando te vuelves este *Grinch* intratable y malvado. No sé por qué eres así, pero a ver ¿cuánto años tienes? ¿Setenta? ¿Ya cobras pensión y usas puente? Porque si es así ¡qué bien te conservas!

Entorna los ojos y durante segundos tenemos una batalla de miradas. Parece enojado, pero pronto las comisuras de sus labios forman una sonrisa.

—Tengo treinta y cinco—aclara—. Y mis dientes están perfectamente, gracias. Qué hay de ti ¿tienes cinco años y tus dientes son de leche?

Le sonrío abiertamente. Me encanta su chiste, me encanta su sentido del humor sobrio y alcanforado. Me fascina su sonrisa. Estira el brazo y me atrae hacia él.

—No quise ser un Grinch contigo y menos en la época equivocada del año. Hago un morrito.

—No sería justo compararte con el Grinch ¡Eres peor!

—Auch.

—Aunque supongo, Brunito, que podría disculparte si hicieras algo por mí... para resarcirte y ganarte mi cariño. Me has hablado feo y eso rompe mi corazón.

—Oh, qué dulce, lo tuyo es la fantasía pura.

No paro de mirarle y sonreírle de la forma que sé que funciona con los hombres. Y casi puedo ver como se resquebraja su voluntad.

Cuando se pasa la mano por el pelo sé que he ganado.

—¿Qué quieres?

Durante la próxima media hora Bruno me lleva a caballito. Ese ha sido mi capricho y para mi sorpresa accedió a buen grado. Incluso parece divertido.

—Suficiente, *James*, ya puedes bajarme.

—Esta me la pagas.

—¿Qué pasa, en tu empresa no se usan los paseos a caballitos? Qué pena, cariño.

—La gente mayor de cinco años no usa los paseos a caballito, por lo general.

—La edad es una pobre excusa para dejar de divertirse—aferrada de sus hombros me arqueo hacia atrás—, se siente bien hacer algo loco de vez en cuando.

Al entrar en la habitación me lleva hasta la cama donde nos dejamos caer. No tarda nada en apoderarse de mi boca y su beso tiene una cualidad de poder y posesión. Tan pronto deja de besarme se apoya en el codo y me hecha una de

sus miraditas misteriosas.

—No puedo creer que me hicieras llevarte de caballito.

—La verdad es que no creí que lo hicieras, con lo tieso que eres a veces.

—Tieso... —repite como si nunca lo hubiera pensado—Puede que sí... comienzo a pensar que eres mala influencia para mí.

—Malísima si te refieres a que soy irresistible y fascinante—suelto un par de pestaños—. En algunos círculos soy considerada una *femme fatale*.

—Seguro que sí.

Se dispone a besarme de nuevo cuando nos interrumpe su móvil. Alcanzo a ver un nombre en la pantalla.

Gema

¿Será una de sus amiguitas especiales?

La idea me carcome como ácido.

Bruno hace una mueca y sale a la terraza para contestar.

Por qué tiene que contestarle ahora, justamente ahora.

Refunfuño.

Unas ganas terribles de arrancarle el teléfono de las manos y mandarla al cuerno me invaden.

Me empino la botella y el licor me quema la garganta.

Alex tiene razón: Un día me darán el premio a las estúpidas.

Tocan la puerta y es el chico que enciende la chimenea. Me entretengo viéndolo trabajar consciente que Bruno está en la terraza enfrascado en una conversación con otra mujer.

—Qué bien, tendremos fuego—dice Bruno al entrar en la salita—Nos trae unas fuente con chocolate y fresas con crema, por favor.

—Sí, señor.

—Cata, ¿se te antoja algo más?

—No.

Me levanta la barbilla.

—Te gustan las fresas y el chocolate ¿verdad, cariño?

—Claro.

Su pulgar roza mi barbilla mientras su mirada me analiza.

—Lamento que nos interrumpieran.

—Sí, bueno, ya me advertiste que *esto es lo que es...* solo que da corte que contestes llamadas de tus *amiguitas* cuando estás conmigo—mascullo sin poder evitar mi malhumor—. Soy celosa, no puedo evitarlo. No sé ser fría, Bruno, deberías saberlo. No se me da.

—Gema es...—hace una pausa y suspira—no volverá a pasar ¿de acuerdo?. Me daré una ducha, disfruta el fuego.

La luz tibia de la mañana cae sobre mi rostro y me despierto disfrutando el olor a humo, chocolate y sexo. Estiro mi cuerpo sobre las sábanas y la manta hiper suave resbala por mi cuerpo desnudo.

—Buenas noches señorita, creí que nunca despertaría.

Me vuelvo y veo a Bruno sentado en la mesa escribiendo en su laptop, desnudo.

—¿Qué haces?

—Trabajando—toma un sorbo de café.

—¿Es que tú no descansas nunca?

—No si puedo evitarlo. El éxito huye de los flojos. Y soy un memo.

Uno mis manos y apoyo mi mejilla en ella con una sonrisa candorosa. Pasamos un día fabuloso y una noche estupenda. No hay nada comparable con hacer el amor ante el fuego de una chimenea.

—¿Qué te parecería si nos damos un paseo por el mercadito y desayunamos allí? —dice al sentarse en la cama. Comienza a acariciar mi espalda y cierro los ojos disfrutando de sus manos sobre mi piel.—Incluso podemos comprar algunos obsequios.

—¿Obsequios?.. —levanto la cabeza—mi palabra favorita en el mundo.

—Compraremos lo que quieras para ti y los tuyos.

—¿En serio? ¿Todo, todito, todo?

—Todo, todito, todo.

—Bubu, no sabes lo que dices. Si me tientas lo vas a lamentar. Cualquiera que me conoce sabe que soy muy antojosa y si no me compran lo que quiero apelo al llanto y a los pestañeos... Uf, es difícil resistirse a este rostro encantador.

—Ya te digo. Suerte que tengo mano firme y una billetera holgada.

—¿Qué tan holgada?

Arquea una ceja.

—¿Te dije que tengo mano firme?

En el mercadito cerca de la iglesia *San Martín de Tours* me encapricho de cuanto veo, y como no sufro de pena, pido y pido. Pronto estamos cargados de artesanías. Hacemos varias paradas y nos metemos un atracón de salchichas, embutidos y frutas frescas y acarameladas.

Una vez que coloca las bolsas sobre la mesa de la habitación me dejo caer en el regazo de Bruno y le rodeo el cuello con los brazos.

—Eres generoso y bueno. Gracias por comprarles obsequios a mis niños de la casa hogar.

Bruno sonríe divertido.

—No creo que me hayas dado mucha elecci3n. Parec as un perrito perdido a punto de largar el llanto.

Le pongo la mano en la mejilla y suspiro.

—Es que soy muy sentimental, Bubu, por mi ascendente.

—Ya te digo.

—Y no era justo que le llevara obsequios a unos y a otros no  no te parece? Morir a antes de romperles el coraz3n.

Bruno niega con la cabeza con una sonrisa. Cautivada meto mis manos en sus cabellos y le doy un beso largo y lento de agradecimiento.

—Ha sido especial pasar tiempo contigo. Eres un hombre maravilloso—le digo con calidez—. Y este ha sido el mejor fin de semana de mi vida... gracias.

Se queda callado mirándome, pensando sabría Dios en qué cosa. Entonces me abraza con fuerza y por unos segundos nos quedamos fundidos en silencio.

—Hay que estar en Caracas por la tarde—dice de pronto rompiendo el abrazo—. Será mejor que nos vayamos.

—Es domingo, seguro no hay tráfico.

—Mejor estar prevenidos—me baja de su regazo y se levanta—. Ir  a ducharme. Acomoda tus cosas, Catalina. No querrás dejarte nada.

Se retira y me parece raro que no quiera que me ba e con él.

Miro mis obsequios risueña.

 Van a flipar!

Capítulo 16

—Los estudiantes que nombre a continuación deberán quedarse para hablar acerca de su rendimiento...

Suelto un profundo suspiro al escuchar mi nombre de boca del Profesor Morales. Marcel me aprieta el hombro en señal de apoyo pero se apena al salir del salón.

El profesor Morales es un tipo correcto, pero duro para decir las cosas y exigente con los alumnos que no rinden. He repetido su materia y por los vientos que soplan, la historia se repite.

Me acerco al césped donde se encuentran sentados mis amigos. Al verme, Marcel me abre los brazos invitándome a abrazarle. Cómo me conoce.

—¿Qué te dijo el pesado de Morales, brujita?

—Bah, lo de siempre, para qué extenderme—meto mis manos en los bolsillos de la sudadera—. Ni que me importara.

—Entonces ¿repites de nuevo?

Con la barbilla temblorosa digo que sí.

—¿Quieres llorar?

Me le echo encima y me dejo mimar por Marcel.

Me dejo animar por mis amigos. No se ha acabado el mundo por repetir. Pronto estoy riendo... hasta que sale el tema de Bruno.

—Y después de una semana no te ha llamado el trajeado ¿cierto?

Él ánimo se me va al piso.

Bruno no me ha vuelto a contactar. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada.

—Supongo que ha de estar muy ocupado—digo con pesar—. Es un empresario, sabes.

—Demasiado para no poder marcar tu puto número.

—Cállate *Cruella*, no ves que la lastimas.

—Ya es hora de que aterrice ¿no?

—No le hagas caso, brujita. Eres una chiquilla super linda y cualquier hombre inteligente lo valorará.

—Sé que solo quería sexo pero sentí que compartimos una conexión especial. Y me lastima darme cuenta que no fue así.

Me viene bien distraerme. Hoy: *noche de cine y amigos*. Esta vez como van en parejas me traje a Chuy para no hacer mal tercio. A estas alturas ya he perdido toda esperanza con Bruno y siento como si lo pasado entre nosotros

fuese producto de mi imaginación.

Estamos en la cola discutiendo qué película veremos. Marcel viene con su adorado tormento, Rafa, Un rubio flaco y simpático. Mi amiga Alexia con su novio Carlos. Y yo con mi buen amigo Chuy, quien se entusiasmó tanto con la salida que se puso sus mejores ropas. Nunca lo había visto tan mono y es que Chuy no es feo. Es un moreno un poco más alto que yo, con ojos negros y pelo rizado. Como me lleva cinco años siempre le he visto como un chico maduro y confiable.

—Vieron lo guapo que está Chuy, chicos—le tomo del brazo—He de sujetarle bien, no sea que me lo quite una lagarta.

Marcel y Alex se miran con suspicacia y se echan a reír.

—Tú también estas muy linda, Catita... —contesta Chuy—preciosa.

Me miro la ropa, divertida por la galantería de mi amigo. ¡Por favor! Si llevo los mismos vaqueros y camiseta de siempre. Sin duda a Chuy se le rodó la canica.

—¿Decidieron que película veremos?

—Algo de acción—contesta Carlos. No soporta el romance.

La película resultó ser monstruosamente buena. En eso se entretiene mi lengua y en la posibilidad de conseguirla para disfrutarla en casa cuando Jesús me envuelve en un abrazo, y yo, que soy muy abrazona, me dejo mimar. Tan lindo Chuy, todo cariñosito y suave. Él me ha traído a casa de última pero, en vez de dejarme en la acera me ha llevado de la mano hasta la entrada del edificio. Qué caballeroso. Algo innecesario dado el nivel de confianza entre nosotros, aunque, hoy se ha portado especialmente galante conmigo. Ahora que me está abrazando le sonrío con un cariño fraguado con los años.

Le quiero como un hermano.

Baja la cabeza y me planta un beso ¡en la boca!

Quedo paralizada.

—Sé que me ves como un amigo—dice—, pero siempre me has gustado. Si me das un chance, puedo demostrarte...

Ay, madrecita.

Intenta besarme de nuevo pero esta vez se lo impido. Como lo haga creo que me desmayo.

—Por favor, Chuy... Yo no puedo gustarte, imagínate... Qué locura.

—Sé que te gusta el ricachón de la camioneta—agrega descorazonado—. Pero él no te tomará en serio, Catita. Yo sí. Y solo te pido la oportunidad de demostrártelo. Dame una cita.

Se le han puesto ojitos de chihuahueño. Y yo que soy tan blanda, capaz

termino casándome con él y dándole cinco hijos solo para no romperle el corazón.

—Hablamos luego ¿sí? Yo te llamo—digo para que me suelte.

Me voy corriendo al ascensor con el corazón en un puño.

Odio la idea de perder a Chuy. Odio que me haya besado. Pero lo que más odio es no poder corresponderle. Porque si de algo estoy segura, es de que Chuy es un buen hombre y la chica que tenga su amor terminará siendo muy afortunada. Apoyo la frente contra la pared del ascensor con una punzada de culpa en el corazón.

¿Porqué me tiene que pasar esto a mí?

Por coqueta.

Issa siempre me lo ha advertido.

Compórtate, mantén las distancias con los hombres, me dijo infinidad de veces.

Pero nada. No oigo consejos.

Siempre regalando guiños. Siempre regalando sonrisas. Y aquí está la consecuencia, embauqué a un buen amigo.

Al que le quiero tanto pero no del modo que quiere él.

Dios mío.

Ese ha sido el peor beso que me han dado en la vida. Y es que lo ha hecho con tanto sentimiento el pobre que... Me echo a llorar a moco tendido.

¡Cupido es un jodido puñetero!

Pero a ver...

Chuy, encaprichado de mí.

Yo, encaprichada de Bruno.

Y Bruno...

Capítulo 17

El novio de Alex toca el bajo en una banda de rock y nos ha invitado a una de sus presentaciones. Si hay algo que me sube la vibra es seguir un buen ritmo aunque este, más bien es ofensivo. Marcel me hace una seña para salir del local. Y yo le hago caso, me duelen los oídos. Alex sigue brincando en su trance de adoración por su novio.

—Brujita, se me van a explotar los tímpanos. Pero Alex los tiene de metal.

—Está vacunada, recuerda que va a los ensayos. Y está enamoradísima de su rudo roquero. Sabes como somos las mujeres cuando nos colgamos de un tipo.

—No solo las mujeres, chiquilla, a nosotros los chicos también nos sale.

Hace una seña con dos dedos parecido a un orificio que da ha entender que no solo se refiere a su corazón. Suelto una risotada.

—¡So, lobo!, ¿cuando te estrenaste?

—Hace poco... Me trataron con la suavidad y el mimo de una seda. Y desde que estuvo con este cuerpecito, no ha parado de llamarme.

Suena su móvil.

—Hablando del diablo...

Se engancha a mi brazo para que camine a su lado mientras habla con su adorado tormento.

Yo le miro con un deje de envidia. Tiene suerte, se ha enganchado de alguien que le corresponde. Mientras a mí *San Antonio* me la ha jugado. El hombre que me gusta, pasa de mí. Pero el que no me gusta, no para de enviarme mensajes.

Son pasada las once y la noche caraqueña está en su apogeo. Es la ciudad que nunca duerme. La gente pasa de un local a otro con tan solo cruzar la avenida. *Las Mercedes* es el lugar de farra por excelencia donde gente de todas las clases sociales pueden disfrutar de un fin de semana de alcohol y diversión.

Pero cuando veo una camioneta plateada, me detengo. Y entro en carrera al local para ver con mis propios ojos lo que no me creería si me lo dijeran

¡Bruno Petroni en una discoteca!

Lo busco entre la gente hasta que lo encuentro con un grupo de amigos.

¡Amigos!

Nunca me habló de amigos, siempre le vi como un solitario en parte por como lo pintó Cielo y en parte por lo serio que es. Aunque ahora entre sus amigos no se le ve tan serio.

Se le ve muy guapo.

—¡Oh por Dios, *divine*, creí que te habían raptado!

—Mal, Ese es Bruno.

Marcel se lleva las manos a la boca con gesto de sorpresa.

—¡Santo cielo, con razón te tiene loquita.

—Es grande.

Marcel me mete un empujón.

—Anda, salúdalo.

—¿Tú crees?—me muerdo la uña—Alex se enojaría.

—Si no lo saludas tú lo saludo yo. Anda, no seas idiota.

Alguien me ha tropezado.

—Oye, no magulles si no vas a comprar.

—Disculpa, tesoro, me empujó un borracho—dice una mujer sensual de melena roja ayudándome a levantarme .

—Descuida, chica, esto está a reventar—me sacudo los vaqueros.

—Gracias, que tengas una linda noche.

Marcel y yo vemos su andar bamboleante. Está muy buena. Luego olvidándome de la vampiresa pelirroja me vuelvo hacia Marcel.

—¿Cómo estoy?

Marcel me acomoda el flequillo.

—Preciosa. Saluda a tu hombre—dice y me hace sentir confiada.

Mi hombre.

Suena bien.

Camino un par de pasos... hasta que veo a la pelirroja acercarse a Bruno y colocar su mano sobre su hombro. Me quedo en el sitio sintiendo una ráfaga de celos incontrolables azotarme con la fuerza de un huracán.

Maldita sea.

Deseo ir allá y arrancar a la pelirroja de sus brazos...

Aprieto los puños con fuerza sintiendo mis uñas enterrándoseme en la piel.

Marcel me toma del brazo para frenarme.

—Ay brujita, cálmate, no montes un espectáculo.

—Bruno no es nada mío—mascullo asqueada del sabor de la verdad. Cierro los ojos desesperada—¡Vámonos!

Capítulo 18

Pasan los días y la vida continúa. No quiero saber de hombres. Estoy que me meto a monja. Pero saliendo de clases acompañada de Marcel y Alexia veo algo que me descompone el cuerpo.

Chuy con una caja de bombones.

Alex se ríe de mi desgracia, la muy perra.

¡Qué clase de amiga es!

Marcel, tan bello como siempre, corre para interceptar a Chuy antes de que se fije en mí. Pensar en su propuesta me revuelve el estómago.

—¡Vete con ellos!—dice Alex empujándome hacia un grupo de estudiantes que viene caminando.

Parapetada tras de esos extraños me subo a mi bici y pedaleo alejándome de mi indeseable admirador. Culpable y nerviosa a partes iguales volteo cada dos por tres. Mal se ha quedado entreteniéndolo mientras escapo.

Mal es el mejor.

Sigo pedaleando—distráida como estoy y con los sentimientos revueltos—no me percato de que un auto tiene la puerta abierta... ¡Joder!

El lado positivo de terminar con un esguince y tres dedos de la mano rotos, es que puedo faltar a clases. Insisto en ver el lado positivo ya que inmersa en la situación. El otro lado es que Rosario me manda la comida con Migue. Se le ve más encarrilado después de la llamada de atención. Me acompaña un par de horas por las tardes. Y eso le agrada porque tengo televisión por cable. Le acaricio el cabello con cariño.

Quiero que se olvide de las drogas y haga algo bueno de su vida.

Chuy me llama.

Al enterarse de mi accidente vino a por la bici. No me ha vuelto a pedir cita. Qué alivio. Como diría Rosario, *la masa no está para bollos*.

Penosamente despido a Migue en la puerta. Es mejor asegurarla de una vez. El coctel de antiinflamatorio y analgésico me da un sueño tremendo y a veces caigo dormida sin querer.

Migue se va escopetado. Sonrío al verlo, siempre ha sido un chiquillo lleno de energía.

Una silueta masculina se acerca por el pasillo.

—Hola.

Parpadeo y me espabilo.

¡Bruno!

—Oh Dios, muñeca, ¿qué te pasó?

Verlo en mi puerta con cara de preocupación hace vibrar mi corazoncito. Olvido todo lo malo y me lanzo a sus brazos. Por fortuna no me deja caer.

—Choqué con mi bici hace unos días—le explico—. Pero, tranqui, se ve peor de lo que es. Y eso ¿tú por aquí?—le digo con una sonrisa—Pensé que te habías olvidado de mí, ya que no me llamaste ni nada.

—He estado algo ocupado. Pensé en ti y en lo bien que la pasamos la última vez... y deseaba repetir.

—¿Repetir?

—Sí, repetir. Pero ahora que te veo...—me roza el moretón que se me hizo en la mejilla—¿estás bien, cariño?

—Sí, aunque, te lo juro, ¡me matan las muletas!

Me levanta en sus brazos, sorprendiéndome.

—Así no tendrás que usarlas—añade pragmático mientras me lleva a la cocina. Su rostro se contrae al ver semejante desastre—¿No tienes a nadie que te eche una mano?

—La cocina es un caos. Por como me siento lo último que quiero es limpiar. Y sí, tengo un montón de amigos que me traen comida y me acompañan. Pero deben vivir sus vidas.

Y a ninguno le gusta fregar.

Me deposita sobre la mesa, se arremanga y acto seguido se dispone a fregar la montaña de platos. Eso me hace sonreír.

—No te estaba pidiendo que lo hicieras.

—Eres fatal mintiendo, Catalina. Supe que querías mi ayuda desde que abriste la puerta y te me lanzaste encima.

¡Me encanta su humor cínico! Me encanta todo él. Su espalda ancha, su altura... su trasero prieto en esos vaqueros negros que le calzan de maravilla.

Virgencita, cómo me gusta.

Fascinada por la situación mezo mi pie sano y me fijo en sus manos manipulando los platos envueltos en espuma. No creo haberle visto nunca fregar un plato y eso convierte el hecho en algo sumamente dulce.

—Te extrañé—digo en un suspiro.

Bruno se vuelve lentamente y me mira en silencio.

—También he estado ocupada—intento ser más casual y no ponerme cursi ya que no estamos saliendo—. No me ha ido bien en lo exámenes y creo que reprobaré. Otra vez, pff. Y ahora con el accidente ni idea de cuando vuelva a jugar al softbol. Es una pena, era lo único que hacía bien en el instituto.

Mezo mi pie esperando a que diga algo.

—¿Por qué? —pregunta al fin.

—¿Por qué que?

—¿Por qué sales mal en los exámenes?

—No sé.

Se cruza de brazos.

—Eres una pésima mentirosa.

—Oh, bien. Odio que me califiquen, me cuesta concentrarme, me enferma la rutina. Lo que único que me motiva en la universidad son mis amigos. He intentado dejar los estudios varias veces. ¡Pero todos me presionan! Y solo me dejo llevar por la corriente—de pronto me siento tan cansada y deprimida—. Me han apoyado tanto que no querría defraudar a nadie.

—Pero no es lo tuyo.

Abro los brazos con dramatismo. He discutido tanto ese tema que siento que me traga.

—Ese es el problema. No sé que es lo mío. Si tuviera alguna idea... —dejo caer mis brazos, derrotada— Seguro piensas que soy una boba.

—No—dice con seriedad—. Pienso... y lo estoy pensando en serio... — recalca levantando el índice—que se te pone nariz de tomate cuando lloras.

Me ha echo reír. Es gracioso a su manera.

—¡Malvado!

Bruno parece satisfecho con mi reacción.

—La mayoría de las personas creen que estudiando cualquier tontería tienen el triunfo asegurado—explica en tono calmo—. Eso los lleva por el camino de la mediocridad. Hace falta pasión por lo que se hace para destacar. Más te vale hacer algo que en verdad disfrutes.

Es un enfoque romántico. Y me llama la atención que un hombre como él piense de esa forma.

—¿A ti te gusta lo que haces?—pregunto curiosa.

—Sí. La suerte que tuve fue que la vida me lo puso en la cara temprano. Me gustan los negocios y soy bueno en ello.

Tan simple como eso.

—Veo que te tienes alta estima—bromeo.

—Eso no voy a discutirte... el secreto es saber lo que te apasiona e irte por esa línea, Cata.

Le sonrío. Ha logrado calmar mis aguas con su explicación. El problema no está en mí, sino que no he conseguido mi pasión.

Bien. Mezo mi pie alegremente. Bruno tiene algo que inspira confianza y seguridad.

—Necesitas alguien objetivo que logre ver el panorama por ti—dice poniéndose a mi lado—. Yo podría ilustrarte. Quédate conmigo el fin de semana

y seguiremos esta conversación.

No me voy de culo porque estoy sentada.

¿Desea pasar el fin de semana conmigo cuando lo puede pasar con la sexy pelirroja?

—Bruno... —estoy desconcertada—¿Por qué harías algo así?

Acaricia el moratón de mi mejilla con sumo cuidado. Desprende un aura apacible y protectora.

—Porque somos amigos.

Capítulo 19

Bruno es un caballero cuando se lo propone.

Me deposita sobre su sofá repleto de almohadones y coloca mi pie lastimado sobre uno de ellos. Cuando vuelve cargado de chucherías se sienta a mi lado para ver una película. Nos enfrascamos en una absurda discusión acerca de quién es el mejor actor de acción.

Stallone, Statham, Willis...¿es imposible escoger!

Hay personas que se fastidian con mi parloteo pero a Bruno no le molesta. Nos burlamos de las inverosímiles acrobacias.

—Ah, por favor.

El actor salta de un edificio da tres volteretas en el aire y termina robándose la moto.

—Qué persona puede hacer eso sin romperse el coco.

—Un doble de riesgo—responde Bruno tomando un puñado de papitas—, con medidas de seguridad extrema.

Suelto un bufido cuando veo al tipo de la moto volando por los aires al huir de un tren en llamas.

—¿Busco una moto y te lo demuestro?—bromea.

—En tu vida has tocado un manillar.

Estiro el brazo para tomar unas papas pero Bruno no me lo permite.

—Porque uso traje y corbata no puedo llevar moto ¿es en serio?

Me sorprende su mosqueo.

—¿Llevas moto?

—Lo hice algún tiempo. Cuando murió Patty lo dejé. Mis hijos perdieron a su madre y no tenía caso tomar riesgos innecesarios.

—Cielo...—estupefacta y divertida no se qué decir—te juro que no logro imaginarte.

—Porque soy tieso...—masculla—Ya lo habías mencionado.

Sigue mosqueado. Y eso me hace reír.

—No es que sea *Evel Knievel*—continúa—. Pero llevé moto durante una temporada. Patty y yo salíamos de paseo de vez en cuando. Era nuestro secreto—su sonrisa se expande evocando recuerdos aparentemente felices—. Teníamos la loca idea de viajar por *Sudamérica*, vestidos de cuero como rebeldes sin causa. Nunca lo hicimos. Ella trabajaba para la empresa de su familia y yo para la mía y de pronto llegaron los mellizos... Siempre tuve la sensación de que todo pasó muy rápido.

—Suenas especial—musito fascinada.

Bruno bajando la guardia no es cosa de todos los días. Y es la primera vez que veo sus emociones con Claridad.

Amor, alegría, devastación.

—Lo fue...—frunce el ceño y se mira las manos—Llevaba un rato sin pensar en ello. No sé porqué te lo cuento.

—Es lo que hacen los amigos, se cuentan las cosas. Y yo soy una estupenda conversadora. O eso dicen por ahí.

—Creo que tienen razón. Eres buena compañía.

Su comentario me puede y le obsequio un par de pestañeos.

—¿Que tan buena, *Bubu*?

Bruno comprende mi señal. Se acerca y me acaricia el hombro desnudo.

—Yo diría... Buenísima.

—Incluso... ¿magulladita?

Sube su dedo hasta el moretón de mi barbilla y lo delinea con sumo cuidado hasta llegar hasta mis labios y humedecer la punta.

—Puedo ser delicado si me lo propongo.

—Propóntelo—susurro saboreando su dedo con la punta de la lengua.

Inclina su cabeza y me da un beso suave en los labios. Baja y sube sus manos por mis brazos en una caricia sutil. Noto que no pone su peso sobre mí.

—Necesito verte para no lastimarte—me explica subiéndome la camiseta—sube los brazos, cariño.

Lo hago y quedo en sujetador.

—Te diste duro.

Llevo un feo moretón en las costillas.

—Eso fue con el filo de la acera—explico fijándome en lo horrendo que se ha puesto con los días—. Lo bueno es que no hubo fisura. Solo es un golpe. Llevar un yeso grande ha de ser una pesadilla... ¿Qué pasa?

—Manejabas la bici en plena calle...—dice entre dientes. Se le ve desencajado.

—Tenía apuro y en la acera había gente.

—¡¿Entre los autos?!—grita sobresaltándose.

—A veces lo hago. No me di cuenta que uno tenía la puerta abierta y venía demasiado rápido. No quería que me alcanzaran...

—¿Quién te perseguía? ¿Un malhechor?

—Nooo... un chico al que le gusto.

Me mira como el que ve a un loco.

—¡Acaso no usas la cabeza! ¿Expones tu vida al peligro solo por una tontería como esa? ¿O es algún acosador?

¿Chuy acosador?

Lo absurdo de la idea me hace reír.

—En realidad es un amigo al que...

—Olvídalo. No es necesario que me detalles tu vida privada, Catalina. No me interesa.

Ese hombre me ha sacado en brazos de mi casa ¡y me escupe eso!

—¡Genial!—exclamo resentida— Justo lo que una chica desea escuchar. Por favor, no te conviertas en *Grinch*.

Las comisuras de sus labios se levantan formando un amago de sonrisa.

—Así que de nuevo soy el *Grinch*.

—El más grande, verde y feo *Grinch roba navidades*.

—Vale, te acepto lo de feo y verde—se guasea y la tensión entre nosotros desaparece como por arte de magia—Eres graciosa...—dice achinando los ojos— Prométeme que no te expondrás a peligros innecesarios, Cata. Pudiste haberte matado.

—Creo que mi bici descansará por un tiempo, cielo.

Levanto mis dedos enyesados como evidencia.

—Me alegra escucharlo—su pulgar se entretiene en la línea carnosa de mi mohín mientras sus ojos oscuros se pierden en el abismo de sus pensamientos—. El mundo sería un lugar oscuro sin ti.

Su tono de voz me conmueve hasta lo más profundo, entonces sé que no lo dice solo por mí.

—¿Qué edad tenía tu mujer cuando murió?

Él suspira y retira sus dedos de mi boca. Le ha fastidiado mi pregunta.

—No debería interesarte esa etapa de mi vida, Catalina. Francamente, no es algo que disfrute recordar.

A pesar de que se le ve tranquilo su voz le delata. Bruno tiene un lado melancólico debajo la superficie.

—De acuerdo, me olvidaré del tema si me haces el amor con dulzura. Dijiste que podías y ahora se me antoja.

A él le divierte mi desparpajo.

—Vaya.., es refrescante saberlo.

Le lanzo un beso con mis dedos enyesados y Bruno ríe.

—Sabes...—se rasca el mentón con gesto pensativo—Tengo un jacuzzi que te vendrá bien.

Abro los ojos desmesuradamente.

—¡No inventes!

El agua burbujea y me masajea el cuerpo haciendo que me derrita de placer.

—Se te ve muy a gusto. ¿Una copa?

Abro los ojos desconcertada de que el *señor sensatez* sea quien me sugiera aquello.

—Estoy tomando medicamentos. No debo beber alcohol.

Acerca la copa provocándome.

—Un sorbo no te caerá mal.

—¡No! No se juega con las drogas.

Sonríe con malicia.

—Así que no eres tan descocada después de todo.

—En lo que a drogas se refiere, no. He visto demasiado como para tomarlo a la ligera.

Se sienta en el borde del jacuzzi y me dice en tono cómplice:

—Este vino se lo servimos a los mellizos durante las fiestas para que se sientan importantes. No tiene alcohol.

—Aaaaaahhhh... ¡Qué boba soy!

Le recibo la copa y un beso y se dispone a desnudarse. Yo disfruto de las vistas ya que son tan agradables.

—Me gusta tu cuerpo—digo admirando su torso sin camisa.

Él se desnuda de la cintura para abajo y aparece su erección. Con una sonrisa maliciosa se soba el pene ante mis ojos. Me mira con sus ojos oscuros, casi negros y el decoro sale disparado de la habitación a medida que su miembro crece.

—Ya quiero metértela... dulcemente, claro.

Es un perverso.

Es como ver al *doctor Jeckill* convertirse en *Mister Hyde*.

Retira la copa de mi mano y se mete conmigo en el jacuzzi acomodándose a mi lado con cuidado de no maltratarme. Mi brazo y pie lastimados cuelgan de un lateral, no debo mojar las escayolas. Me llena la cara a besos. Recorriéndome el rostro con tal delicadeza y suavidad que me desahogo en sus labios.

Mientras, sus manos toman mi cintura y lo siento sobre mí sin ejercer presión solo el calor que desprende su magnífico cuerpo. Sus labios descienden por mi cuello mientras lánguidamente va entrando en mí.

Oh, cuánta suavidad, cuanta ternura...

No recuerdo haber sido tomada así por un chico. Por lo general el contacto es rápido, volátil, hasta un poco torpe. Pero no con Bruno. No así.

La sensación es verdaderamente desconcertante.

—Dime ¿Cómo te sientes? —susurra contra mi piel mientras me aparta mechones de cabellos húmedos y su boca continúa su camino por mi cuello—
¿Te duele algo?

—No... sí... bien—musito aturdida.

La humedad, la tibieza, su tacto, su boca y el vapor nublan mis sentidos. Me siento como un suspiro salido de la boca del amante y me siento el amante.

—¿Te duele o no te duele, cariño?

—No—susurro.

Su preocupación por mí, su forma ronca de llamarme cariño y que me haga el amor con dulzura enciende una luz en mí. Un destello de estrella caído del cielo directo a mi corazón, que brilla y me impulsa a cerrar los ojos y entregarme, con todo lo que tengo, con todo lo que soy.

Esto no es sexo, comprendo a un nivel más íntimo.

Es hacer el amor.

Capítulo 20

Me despierta el dolor.

Los dedos, la cabeza. Todo el puto cuerpo. Me siento en la cama, quejumbrosa.

—¿Qué hora es?

—Las nueve—contesta Bruno adormilado.

—¡Las nueve! ¡Debía tomarme las pastillas a las seis!—me quito las sábanas y brinco. Una ráfaga de dolor me cruza entera. He apoyado el pie lastimado.

Bruno me toma de la cintura y vuelve a recostarme mientras suelto una montaña de improperios.

—Te traigo el bolso. Tú quédate ahí y deja de meter la pata.

Adiós dulzura y suavidad. Hola realidad.

Me llevo la mano a la cabeza.

Qué horrendo dolor.

—Siéntate.

Me incorporo a duras penas. Tomo las pastillas con la leche que me ha traído y me dejo caer de nuevo en la cama con pesadez.

—Creo que nos excedimos ayer—agrega tirándome la manta encima—. Tienes mala cara.

Si hacerlo durante horas en un jacuzzi para luego caer desmayada sobre cuerpo era excederse... Pues sí.

Este malestar me está matando y me deprime en un dos por tres. Bruno sonrío conmovido, mientras resigue el mohín de mis labios.

—Eres de lágrima fácil.

—Mi corazoncito es de pollo—añado con voz de niña—suave y esponjoso.

—Ay ternurita.

Se sienta a mi lado y se entretiene en arroparme hasta la barbilla. Cuando se da por satisfecho me queda mirando con preocupación. Lo miro con gesto apagado.

—¿Quieres que te traiga el desayuno?

Uno de mis suspiros dramáticos hace su aparición.

—Muero de hambre.

Bruno es un neófito en la cocina. No hay otra explicación para el intento de submarino que me ha preparado. Es tosco, chorreante y horripilante. Yo sonrío como si fuera el mejor del mundo—lo ha preparado él—pero se me hace difícil tomarlo con una mano y él me ayuda a cogerlo pero cuando aprieto la mordida la

mitad del sándwich sale disparado y le impacta en su sorprendida cara.

Nos da un ataque de risa.

A las once estoy recostada como una diva sobre el sofá viendo mi novela favorita, cuando Bruno aparece. Vestido con vaqueros y camiseta se le ve informal pero igual de guapo.

—Debo buscar a los niños...—juguetea con las llaves de su vehículo y comprendo que esta es la despedida—. Mis hijos vendrán y no están acostumbrados a verme con ninguna mujer. Preferiría que eso siguiera así.

—Ah, claro, comprendo—me incorporo y le tomo el brazo con cariño—. Gracias por todo, Bruno. De verdad. Has sido un buen amigo.

Él se sienta a mi lado y me toma la mano sana.

—Cariño, no me supe explicar. Quiero que te quedes con nosotros mientras te recuperas.

—Pero... acabas de decir...

—No me sentiría tranquilo sabiendo que estás sola sin nadie que te meta una mano cuando fácilmente puedo hacerlo yo.

Le miro divertida por el comentario que Bruno ha dicho sin malicia. Al ver mi cara de pilluela nos sonreímos con picardía.

—La palabra clave es discreción. ¿podrás guardar nuestro pequeño secreto y comportarte frente a los niños?

Bueno, bueno... bueno... soy la nueva inquilina de los guapos Petroni.

Cuando los mellizos me ven en casa me apretujan y besan como solo ellos saben hacerlo. A lo salvaje. Y Bruno—alertado por un quejido de dolor—los insta a ser cuidadosos.

Son cariñosos pero al estilo cavernícola.

Me emociona la buena vibra que tengo con ellos.

Con su efervescencia de siempre me muestran los obsequios que sus abuelos les han dado. Una colección de diminutos dinosaurios fluorescentes que alinean frente a mí..

El *tiranosaurio* rojo es el mejor, según Bryan. Es el que su abuelita le regaló.

Pero Benji contraataca y grita que es el *triceratops* azul.

Y en menos de diez segundos están enfrascados en una discusión sobre quien es el consentido de sus abuelos.

Santo Dios, poseen una vena competitiva que puede con ellos. Muecas, sacadas de lengua y caras feas hacen su aparición.

—La abuela Marcia y el abuelo Massimo los quiere ambos por igual. Y no se hable más del asunto—interviene Bruno poniendo orden—. Vayan a lavarse las

manos, vamos a comer.

Corretea por el pasillo y me fijo que Bruno trae una silla de ruedas.

¡Qué detallazo!

No puedo evitar emocionarme como colegiala cuando me carga en sus brazos y me deposita en ella. Pero me comporto. Vaya a saber qué sucedería si llego a besarlo frente a sus hijos.

A las seis de la tarde caigo en un sueño profundo. Bruno me ha instalado en la habitación de huéspedes. Abro los ojos a medianoche y veo a Bruno sentado a mi lado escribiendo en su portátil usando esos lentes que le quedan espléndidos.

—He pensado que necesitarías algo en la noche y me mudé para acá. Espero no te importe.

Ay, qué mono. Le sonrío adormilada, un leve dolor me molesta.

—Te tocan tus pastillas, ¿verdad?

Afirmo con la cabeza lentamente.

—Ya te las traigo.

Baja a la cocina a buscarme algo para tomarme las pastillas. A los segundos el protector de pantalla de su portátil comienza a cambiar. Hasta que aparece la imagen de Bruno abrazando a una joven mujer embarazada.

Ojos verdes, cabello rojizo y un rostro encantadoramente salpicado de pecas.

La cara de los dos es de felicidad plena y la forma tranquila en que reposa su cabeza sobre el hombro de Bruno me parece entrañable. Quedo hipnotizada y espero a que se repita. Patty era hermosa. Pero hermosa de verdad. Y se la notaba buena persona.

Me da un deje de envidia.

Miro mi reflejo en el espejo y la moral se me va al piso. Con el cabello revuelto, un moretón en la barbilla y el rostro hinchado de tanto dormir, estoy hecha un guiñapo. La verdad es que soy linda rayando en normalita pero así... Vuelvo a ver la foto.

Con razón Bruno no se acordaba de mí.

¿Cómo puedo competir con eso?

Capítulo 21

El día comienza temprano en casa de los guapos Petroni. Escucho el alboroto de la mañana y las voces de mis pequeños remolones me roba una sonrisa. Me dejo caer en la silla sin ninguna elegancia y ruedo hasta su habitación.

Bruno está sentado de espaldas a mí intentando convencer a sus hijos.

—El que se levanta temprano coge agua clara.

—No tengo sed, papá—contesta Brayán enrollándose aún más en las sábanas. Parece un tamalito de cinco años.

—¡Yo tampoco tengo sed, papá!

—Significa que el que se levanta temprano todo le sale bien.

—¿Y no toma agua?—pregunta Benji candoroso, rascándose su rechoncha mejilla.

Bruno ríe. Imposible no hacerlo.

—Lo cierto es que esa agua les sirve para prepararse un nutritivo desayuno que les hará crecer tan alto como uno de los gigantes de la NBA.

—¿De verdad papá, de la NFLTA?

—NBA—corrige Bruno.

Benji se para en la cama como un resorte.

—¡Cuando sea grande seré un gigante!

—¡Y yo seré más gigante!

Bruno extiende sus brazos y coge a sus hijos.

—¡Apártese mundo aquí llegaron los gigantes Petroni! Grrrrrrrrrrr.

Los niños arrugan sus naricitas y responden a gruñidos. Bruno hace voces graciosas de monstruo que los desternilla de risa.

Qué tierno.

Pero cuando se gira y se percata de mi presencia se recompone.

—Señorita Expósito—carraspea—, buenos días. Espero que haya dormido bien.

Ni *Leonardo Di Caprio* habría actuado mejor esa escena. Contengo la risa y me voy por mi lado más protocolar.

—Dormí muy bien, señor Petroni y dígame ¿los gigantes han comido muchos *trols* esta mañana?

—Hijos ¿qué decimos cuando nos encontramos con una señorita?

Los mellizos se miran comunicándose telepáticamente y de pronto sueltan un fuerte gruñido. Finjo cara de susto y ellos se desternillan de risa.

Qué pilluelos, no tienen compón.

Con el pasar de los días voy sintiéndome más repuesta y animada. Y más cuando a medianoche recibo la seductora visita de Bruno. Se cuelga en mi cama y me hace el amor con delicadeza y pasión. Y aunque en el día sea el insoportable doctor Jeckill en la noche se convierte en Mister Hyde.

Oscar al mejor actor.

Guarda las apariencias ante Gertrudis. Supongo que no quiere chismorreos. Aunque me inquieta su fácil frialdad. Es un rasgo de su personalidad el enmascarar sus emociones. Debe ser fantástico jugando al póquer.

Me llaman mis amigos y les cuento las buenas nuevas. Marcel se emociona y me apoya mientras Alexia me llama *cabeza hueca*. No me sorprende de *Cruella*. Me asegura que unos cuantos días terminaré con el corazón hecho añicos.

Yo no me preocupo en lo más mínimo ya que me la paso tan bien. Aunque cuando veo *Gema* titilando en la pantalla de su móvil y la importancia que le da Bruno, me entra la duda.

¿Quién demonios es Gema? ¿Y por qué se irrita tanto al hablar con ella?

No le pregunto nada. No quiero saberlo.

Gertrudis—a quien he comenzado a llamar *Ger*—es una señora formal. Pero como yo hago hablar hasta las piedras nos hacemos amigas. Pronto me habla de sus hijos, sus nueras, sus nietos, y su juventud. Yo la ametrallo a preguntas. Algo que me encanta es escuchar historias de vida. Aprendo a ver el mundo desde la mirada de la otra persona y finalmente desde su corazón.

La convengo de ayudarme en una empresa: armar un coqueto espacio en la terraza en agradecimiento a Bruno por cuidarme.

Ella acepta contagiada por mi entusiasmo.

Le hago una lista de lo que necesito para darle vida al pequeño jardín. Y a los pocos días lo tengo todo. Arranco abrojos, abono la tierra, siembro pequeñas plantas perennes, algunas flores. Cada mañana lo hago con la lentitud y la torpeza que implica hacerlo con una sola mano. Pero no hay apuro. Disfruto de la tierra entre mis dedos, su olor húmedo y reconfortante. Como también disfruto el saber que hago esto por un hombre que me ha abierto las puertas de su casa y de su vida y que poco a poco ha venido convirtiéndose en alguien especial para mí.

Cuando me quitan la escayola comienzo a apoyar el pie aunque con precaución. Me sigue incomodando y debo ayudarme de las muletas. En cuanto a los dedos de la mano todavía no me retiran las escayolas. Recibo la noticia de

que el bebé de Celeste ya está con nosotros. Con ganas de verlo y achucharlo le pido a Bruno que me lleve a su casa, pero él se niega en redondo.

Le pongo ojitos de perrito triste.

—No insistas Catalina—dice arrojando a un Benji dormido—. Lo último que quiero es darle material de cotilleo a mi hermana.

Si estuviera mejor no necesitaría su ayuda. Y él lo sabe pero no le importa. Cuando quiere ser jodido lo es a rajatabla. Eso me enfurece. Tomo mi muleta de malos modos y con torpeza salgo de la habitación.

Esa noche Bruno no me visita.

Y en la oscuridad de la noche me abrazo a la almohada y me limpio el moquillo sin poder quitarme la amarga sensación de lo mucho que le mosquea a Bruno que nos vean juntos.

Una maratón de telenovelas y frituras parece una buena opción para pasar la tarde. Aunque me sorprende ver el número de la casa hogar titilando en móvil.

La voz nerviosa de Rubencito me pone alerta.

—Migue lleva días desaparecido, Cata. Creímos que estaría contigo. Hoy tampoco supimos nada de él.

—Yo me estoy quedando con un amigo... Ay Diosito, Rubencito, tengo un mal presentimiento con todo esto.

—Rosario se ha vuelto loca. Ha ido a la policía y ha armado un alboroto. Pero sabes como es, si no hay dinero de por medio no le paran.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—El sábado. Estaba en la placita con sus amigos y unos motorizados que no conozco. Le vi raro; decía incoherencias, pero creí que eran boberías de él.

—¿Estaba drogado?—pregunto horrorizada y se hace un silencio más que significativo al otro lado de la línea.

—Sí.

Me levanto de un brinco y tomo las llaves de la camioneta. Migue se va enterar.

Al rato voy manejando y soltando palabrotas por segundo. Me lastima el pie pero más me duele el corazón. La burrada que está cometiendo Migue con su vida no se la pienso perdonar.

Rubencito y yo interrogamos a sus amigos. Migue y los motorizados hablaban de irse al barrio *la Vega* a pasarla bien.

En el barrio paso el seguro de la camioneta con cierta aprensión. Trago saliva al tener ante mí la interminable escalera que lleva al corazón del mismo. Me apoyo en el hombro de Rubén y comenzamos nuestra travesía. La foto de Migue nos sirve para ubicarlo y las pistas nos llevan a un rancho de láminas de zinc

destartalado y de mala muerte que desafía la ley de gravedad a mitad de la imponente escalinata. Aporreamos la puerta y nos recibe un tipo flaco, de ojos enrojecidos al que, sin miramientos, le meto un manotazo en la cara con mis escayolas y le hago caer al piso.

Encuentro a Miguel semiconsciente tirado sobre un sofá desgastado y envuelto en una nube de mariguana. Veo la mesa repleta de agujas, polvos y varias pipas de crack.

¡Estoy en maldito nido de drogas!

Con el diablo adentro le tomo por el cuello de la camisa y lo lanzo hacia la puerta tumbando a su paso la mesa y todo lo demás. Rubén lo levanta y lo lleva fuera. Mientras yo suelto sapos y culebras por mi boca. Nadie entiende mi furia, todos están sumidos en el placer del abandono que les proporciona su adicción.

Tres horas más tarde he dejado a un lánguido Miguel y una furiosa Rosario en la casa hogar.

Cruzo la puerta del apartamento y soy recibida por Bruno.

—Veo que puedes apoyar el pie.

Me recuesto de la pared. Abusé al apoyarlo y me duele terriblemente.

—Estoy exhausta—exhalo sintiendo que llevo el peso del mundo encima. Saber que Migue ha caído en las drogas me deja devastada—. Ni te imaginas lo que acabo de pasar...

—Recoge tus cosas y vete.

Su actitud hostil me deja en blanco.

—¿Me estás echando?

—Ya que te sientes mejor y puedes andar por ahí paseando. No tiene caso que te quedes.

—Sé que estás enojado porque tomé tu coche sin avisar pero había otras cosas en juego, Bruno. Cosas de vida o muerte. Rubencito...

—Mis hijos estuvieron esperando en la escuela durante horas porque tú andabas de juerga con tu amigo Rubencito echándote unos porros encima y pasando el rato.

—¿Me crees capaz de eso?—pregunto perpleja por sus retorcidas conclusiones y culpable en parte por olvidarme de los niños.

—Yo no creo nada. Tienes los ojos enrojecidos y apestas a *maría*. Recoge tus cosas y vete. No te quiero cerca de mis hijos.

Me llevo la manos al corazón dolida por sus palabras.

—Si me conocieras mejor sabrías que no soy capaz de eso.

—Sé lo que debo saber de ti—dice con un desprecio más que palpable—. Eres una coqueta que goza el momento y no tiene ni idea de qué hacer con su

vida. Pero a la que no le faltan los amigos con los que entretenerse.

Le suelto un bofetón que me lastima la mano. Él se toca la mejilla enrojecida mientras nos cruzamos miradas de odio. Por la forma en que se tensan sus músculos sé que hace un esfuerzo por contenerse y no sacarme a rastras de su casa.

—Deja la llave al salir.

Se da la espalda y quedo sola en el vestíbulo.

Capítulo 22

Marcel y Alex me llevan como llaverito para que no ande por las esquinas llorando mi desilusión. Pero como Alex es Alex y tiene veneno por sangre no se cansa de decir te lo dije. Hasta que me ve llorando a moco tendido y se le ablanda la roca que tiene por corazón. Entonces me acuna y manda a Bruno a la mierda.

Hacen lo máximo por hacerme sonreír. Pero las comisuras de mis labios pesan como yunques.

Mis amigos saben que adoro la playa y por eso organizan un paseo.

Arenita, calorcito, el mar perdiéndose en el horizonte...

Me lanzo de cabeza en el agua.

—A que no adivinas a quien me encontré...

Levanto la cara de la toalla con la que me estoy secando y veo a Alex con Héctor, un chico guapo de ojos verdes que bebe los mares por mí.

—Hola preciosa.

Pasea su mirada por mi cuerpo enfundado en la excusa de biquini y a partir de ese momento Héctor no se me despega. Y es Preciosa por aquí y preciosa por acá.

Nos dirigimos en grupo a un barcito donde Héctor se desvive por mantenerme una bebida a mano.

—Un clavo saca a otro clavo—susurra Alex en mi oído.

Estoy muy recatada para mis estándares. No tengo ganas de ser *coqueta* como me dijo Bruno en tono despectivo. Queda claro que me cree una promiscua.

—No quiero sacarme el clavo.

—No seas idiota. Ese ricachón solo te quiso por un calentón pasajero ¿cuándo lo comprenderás?

La miro con saña ¿por qué debe ser tan imbécil?

—Asúmelo de una vez y bájate de esa nube de fantasía en la que vives. Un ricachón cuarentón no es lo que más le conviene a una chica como tú.

—Tiene treinta y cinco, Alex—le corrijo malhumorada.

—Y tú veinte.

—¿Y qué? La edad no importa en el amor.

—Por más que intentes adornarlo con absurdos romanticismos lo que tuviste con él solo fue un revolcón. Cuando estés con Héctor se te pasará.

—¿Por qué no te acuestas tú con Héctor y dejas de joderme!

Ella le lanza un vistazo a su novio Carlos y me guiña un ojo.

Es una completa bruja.

—Boba, solo es guasa. Solo quiero que vuelvas a ser la *Lolita* que eras y no la *Merlina* de ahora.

Yo también lo desearía pero estoy tan dolida que no sé como dejar todo atrás.

—No sé quién es Merlina—digo con un puchero.

—La de *Los locos Adams*, es una película ¿no la has visto?

Niego con la cabeza.

—La veremos—promete—. Pero no vuelvas a hablarme feo porque entonces seré yo quien ande llorando por las esquinas.

Imaginarme a Alex así me da risa.

—Esa es mi chica. Sabes que debes endurecer ese corazón de plastilina que tienes antes de que termine aplastado por un imbécil. Si tan solo tuvieras un gramo de mi maldad descubrirías lo divertido que es hacer sufrir a un hombre.

Capítulo 23

Celeste me recibe. Su preciosa quinta es una ejemplo de armonía y buen gusto.

—Cielo, felicidades. Quise venir antes pero no pude.

—No te preocupes, querida. Supe lo del accidente. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, me duele un poco al cerrar la mano.

La chica del servicio trae al bebé dormido en un hermoso moisés azul. Es morenito como su papá y se le marca un lindo hoyuelo en la mejilla como su mamá.

—Qué cosita más bella.

Le acaricio con cuidado su puñito diminuto.

—Le pondremos Luciano como su tío. Es el segundo nombre de Bruno.

—Ah.

—¿Deseas tomar algo?

—Una Coca-Cola.

—Para mí un tecito, Rocío—pide amablemente Celeste.

La chica del servicio nos trae las bebidas y nosotras nos sentamos.

—El martes celebraremos el sexto cumpleaños de los mellizos—comenta—. Ya todo está listo. Siempre termino coordinando todo, sabes como son los hombres para esas cosas, todo básicos e impersonales—Suspira y ladea la cabeza encantadoramente—. No tienes idea de lo delicado que es Brunito con el tema de sus hijos.

Bebo un sorbo largo para no decirle a Cielo lo que pienso de su Brunito.

—La fiesta será de superhéroes—asumo.

—Sí, mueren por los superhéroes. Por cierto, estás invitadísima, querida.

—¿No crees que a tu hermano le puede molestar? Con lo delicado que es, capaz no le agrade que yo vaya.

—Qué tontería, mujer ¿Por qué le va a molestar?—pregunta Cielo, intrigada por mi tono de mosqueo. Pff... No sirvo para actriz. Me aprieta la mano con cariño—Tú eres de la familia, Cata.

Celeste es tan dulce. Me intriga que tenga un hermano *corazón de piedra*.

—Además—añade en tono cómplice—he invitado unas cuantas amigas a ver si se entusiasma con alguna y se suelta un poco el pelo.

Sonrío sin ganas.

No tiene ni idea de los tejemanajes de su hermanito.

Héctor pasa a recogerme.

Me decidí a venir al cumpleaños de los mellizos y me importa un bledo el amargado de su papá. Pero no estoy dispuesta a enfrentarme al ogro sin apoyo moral.

Héctor sonrío, curioso y divertido. Le llama la atención el maquillaje escarchado que me he puesto para sorprender a los mellizos.

—Hola, preciosa.

Le doy un beso amistoso en la mejilla.

Cuando llegamos a la mansión Petroni aprieto los labios con fuerza mientras mi mente piensa en todos los insultos habidos y por haber.

¡Puñetero Bruno!

—¿Qué te sucede?—pregunta Héctor al notarme tan tensa.

Sacudo mi cabeza, qué culpa tiene el pobre.

—No te preocupes, papi. ¿Me ayudas con las alitas?

Me quito el sobretodo y descubro mi disfraz de *Tinker Bell*. Es un trajecito coqueto que se me ajusta a la perfección. Al ver su cara de alucine le guiño un ojo con picardía.

—A que estoy bonita.

—Pues sí.

Meto los brazos por la elástica de las alitas que me ayuda a poner. Cuando termina quedamos muy cerca.

Y entonces va y me planta un pico.

—Estás bellísima.

¡Joder!

—Eh, ah... Vamos lento ¿sí?

Asiente con una linda sonrisa y da un paso atrás.

—Claro, como quieras.

¡Demonios!

Sin salir de mi papel zarandeo mi varita sobre las cabezas de los mellizos y les soplo una lluvia de papelillos. Se vuelven locos al verme y cuando les entrego sus regalos los regalos quedan alucinados.

—¡¿Cachorros?!—

Me volteo. Y veo a un Bruno con gesto hosco y las manos en los bolsillos de su vaquero. Inevitablemente le doy una escaneada de cuerpo entero con zoom y en HD. Se ve fantástico con vaqueros y la camisa a cuadros. Lo único que descuadra es su cara de *maldita sea*.

¿No le gustó mi regalo? ¿o será mi presencia?

¡Que le den!

—Era lo que ellos querían—respondo con chulería.

—No siempre lo que se quiere es lo que conviene, Catalina—Pone sus manos

en las caderas y masculla—. Explícame: ¿quién va a cuidarlos?

—Sabes, cariño, eso no es mi problema. Conociéndote como te conozco seguro idearás un riguroso plan para restarles la diversión.

Él resopla. Yo resoplo.

¿Cómo puede ser tan frío?

—He venido por los mellizos no para amargarte la vida. Y si te he visto no me acuerdo.

Giro sobre mis talones y voy con Héctor que es un caballero y un amor.

Issa y Sebas acaban de llegar y se sientan a mi lado. Pronto me olvido de Bruno y sus cabreos.

—Me gusta este chico para ti—dice Issa de pronto mirando a Héctor, quién me busca una gaseosa.

—¿En verdad?—Estoy perpleja.

Es la última frase que esperarí de su boca.

Ella asiente con una sonrisa mientras se soba la panza protuberante.

—Quiere algo en serio contigo, Catalina. Se le nota en su lenguaje corporal—entorna los ojos escrutándome—¿Te estás portando bien?

—Uf Doctora, ¡pregúnteme sobre el clima!

—Cata... no quiero que sigas mezclándote con delincuentes. Debes hacerte valer.

—Lo sé...—hago un puchero. Lleva toda la razón del mundo al pensar así—. He besado tantos sapos y aún no consigo a mi príncipe. Pero ¿qué le puedo hacer? Cuando voy, voy con todo. Lo sabes, Issa, esa es mi cruz. El corazoncito blando que Dios me dio.

—¿Por qué te deprimes? ¿Ese idiota te ha hecho daño?

Su rostro angelical se vuelve letal. Me apresuro a apaciguarla, no vaya a ser que le rompa la nariz al pobre Héctor.

—No, cómo se te ocurre.

—¿Entonces?—se pone las manos en las caderas y su inmensa panza me apunta peligrosamente.

No puedo contarle de Bruno. Le tiene en un pedestal. Y cómo se entere de lo que me hizo su cuñadito perfecto aquí se arma una *sampablera*.

Me peino el flequillo nerviosa. Me conoce demasiado y espero que no me pille.

—Sucede que hubo alguien que me encantaba y del cual me encariñé...—cierro los ojos y me llevo la mano al corazón sintiendo como se me acelera al recordar los lindos momentos pasados con su cuñado—saltaban chispas...—abro los ojos sabiendo que no eran recíprocas—pero yo no le importo.

Su bonito rostro se suaviza cuando me aprieta la mano en un gesto de apoyo incondicional.

—Ya terminó. Olvídalo. Dedícate a los estudios y todo te irá bien.

El ánimo se me diluye. Reprobé el semestre y saberlo le dará un disgusto.

—Eso haré...

Llegan los animadores disfrazados de superhéroes. Montan un espectáculo para los niños que embelesa también a los adultos.

—Vengo ahorita—le digo a Héctor.

Él se levanta galante.

—¿Te acompaño?

—No chico—le doy una palmadita en el brazo—, ya vuelvo.

Paso cerca de Bruno y el harén que le ha preparado su hermana. Se me revuelve el estómago. He pasado toda la tarde viendo a Cielo metiéndole a cuanta mujer por los ojos. Y él sonriéndoles con su cara querubín que no rompe un plato.

Esta es la fiesta de sus hijos, Santo Dios.

—Hoy cierras el capítulo de Bruno Petroni de una vez y para siempre—me digo ante el espejo del sanitario.

Y aprovechando que todos están en el jardín me echo una escapadita a la cocina donde me dedico a picotear bocadillos. Estoy chupándome los dedos cuando escucho a mis espaldas:

—¿Te comerás todo o dejarás para los demás?

Dios mío... Es Bruno con su cara de malas pulgas. ¿En qué momento entró?

—Tú...

Me apresuro a salir antes de que me suelte una de las suyas pero me toma del codo y me lo impide.

—¿Qué te pasa?

—Como si te importara. ¡Suéltame!

—Tú...—repite mirándome intensamente .

—¿Qué? ¿Yo qué? No soy telepata, amigo. Dime lo que me vas a decir y suéltame que me están esperando.

Se le contrae el rostro y masculla entre dientes:

—¿Estás impaciente por volver con tu acompañante?

—¡Pues sí!

No lo he terminado de decir cuando me empuja dentro de la alacena. Mi espalda va a dar a la pared de los enlatados.

—¡Ay!

Y antes de poder reaccionar Bruno se mete conmigo y cierra la puerta.

—Ni se te ocurra...—le advierto con el dedo levantado.

Me besa.

Con desesperación y posesión. Encima de mí. Abrazándome. Por todos lados.

El espacio es reducido y él grande. De pronto sus manos recorren entera. Y, contra todo pronóstico, las mías también. Como si mi cuerpo tuviese vida propia le corresponde con la misma fuerza y pasión.

No me doy cuenta de su juego hasta que es demasiado tarde. Dos dedos se abren camino a través de mis bragas provocando un quejido interminable.

—Dime que te gusta.

—Me gusta...—suspiro.

Bruno me muerde los labios y profundiza el beso como el movimiento malicioso de su mano.

—Pídeme que siga.

—Ahh... sigue...

Por unos minutos divinos me olvido hasta de mi nombre y me convierto en prisionera de la pasión. El calor abrasa mi cuerpo, sube a mi cabeza y derrite mi voluntad.

No sé de razones. No sé de motivos. Solo de sensaciones prohibidas y encuentros furtivos.

Entonces abro los ojos y me encuentro con su mirada fría e implacable. Y reacciono.

—No por favor.

Me aprisiona más contra la pared.

—Por qué parar, *campanita*, si sé que te gusta—sisea y yo le aprieto el brazo para que se detenga sin conseguirlo.

—Por Dios, Bruno—me invade el desespero—¡Vengo acompañada!

—Lo sé...—su sonrisa es maquiavélica y su mirada es letal—¿Te acuestas con ese imbécil?

—¡No!—grito ofuscada.

—Me cuesta creerlo, te sigue como un patito.

—Créelo...—respiro con dificultad e intento razonar con él—por favor, quítame las manos de encima—pido desesperada con las manos en su torso. Él se me encima, soy demasiado pequeña para lograr moverlo.

—No—dice con férrea decisión taurina—No te dejaré ir hasta que obtenga tu orgasmo, me lo debes por aparecerte aquí sin invitación.

Quedo boquiabierta por su retrógrada exigencia. Él lleva sus labios a mi cuello y me lame la oreja.

—Solo relájate, *campanita* y córrete para mí.

¡Cómo se atreve a tratarme así!

Es un estúpido engreído.

Una llamarada de furia me invade y ansío revancha.

Me aferro a sus hombros y empujo mi pelvis clavándome en sus dedos a profundidad.

—¿Esto es lo que quieres?

Él asiente mirándome fijamente. Yo me lamo el labio furiosa.

De acuerdo, te daré lo que quieres.

Decidida a terminar lo que empezó me muevo sobre su mano sin decoro alguno. Es una locura, pero no me importa. Voy a gozármelo como que me llamo Catalina Expósito.

Me marco un ritmo de locura y jadeo como una desvergonzada. Él se deleita en mi lujuria y de nuevo sus labios están sobre mí.

—Esta noche te vienes conmigo—assume sin una pizca de duda.

¡Puñetero!

Le rodeo el cuello con los brazos y me aprieto aún más contra él. Eso le excita. Entonces me da un beso de infarto. Riquísimo. Espectacular. Lo disfruto todo ya que estoy en faena. No me resisto a su erótica invasión y me sigo meciendo en búsqueda de mi placer. Hasta que el vientre se me deshace y me dejo ir con un ronco gemido.

Pesco el aire con mi cabeza recostada sobre su torso.

—No veo la hora de probar tu lindo coñito—dice mirándome con lujuria. Retira su mano y me alisa el vestido—Llevo duro desde que te vi como hadita.

Cojo aire y levanto mi rostro excitado y enrojecido. Los mechones de cabello se escapan de mi moño y me caen en la cara.

—Te dije que vine acompañada—declaro con la poca dignidad que me queda.

El rostro de Bruno se contorsiona al extremo.

—¡Te irás con ese idiota!

—Sí, se llama Héctor, es un buen hombre y me trata con respeto—le grito embargada de resentimiento—. ¡A diferencia de ti que me crees un hoyo que rellenar!

Bruno me ve llorar y cierra los ojos. La furia abre paso a la vergüenza. Apoya su cuerpo de la pared contigua dejándome espacio para respirar.

—He sido un cretino...—concluye—No sé qué se me metió. No debí.

Respirando con dificultad intento calmarme pero solo puedo temblar.

—Qué no has debido, Bruno—digo alterada limpiándome furiosamente las lágrimas con la mano—¿tratarme como tapete? ¿masturbarme? ¿arrinconarme en una alacena y manosearme a tu antojo?

Él permanece en silencio en actitud culposa mientras yo dejo salir la furia.

—Está claro que no somos amigos. Y aún más claro lo que piensas de mí—

añado con amargura—. Pero te aclaro por si no lo sabes, que estoy libre para hacer con mi cuerpo lo que me venga en gana ¡y tú no tienes ningún maldito derecho a pedirme explicaciones!

Salgo a toda prisa y corro hasta el sanitario. Una vez allí en la soledad me permito quebrarme. Luego de un rato me recompongo. He de ser fuerte y usar la cabeza. Yo soy una joven mujer empoderada que...

Unos toquitos en la puerta me hacen reaccionar.

—Preciosa ¿estás ahí?

Es Héctor coctel en mano y una sonrisa la mar de encantadora. Me lo quedo viendo como una idiota. No sé qué decirle. Soy terriblemente mala para los secretos y como me pregunte qué me pasa voy y le suelto la sopa enterita. Entonces sin previo aviso me toma la cara y me da un pico.

¡Joder!

Me siento mareada y un poco histérica.

Creo que me voy a desmayar.

Héctor se aparta un poco y vislumbro a Bruno detrás de él, como una sombra cerniéndose sobre nosotros. Me fulmina con la mirada.

Y a mí me arden las mejillas.

Capítulo 24

Pasan los días y no sé de Bruno.

¿Y qué esperaba?

Yo no dejo de pensar en él.

¿Y qué esperaba?

Pero Héctor está allí. Llamándome. Invitándome a salir.

Finalmente accedo.

Vamos al cine y no puedo evitar recordar a Bruno y nuestra diatriba del héroe de acción. E intento conversar con Héctor pero me pide galantemente que guarde silencio. Cielos. Es de los que no le gusta hablar durante las películas.

Me atiborro a palomitas.

Más tarde vamos de camino a casa y me toma de la mano. Me siento rara y un poco depre.

¿Qué me pasa?

—Te noto algo distraída, preciosa. ¿Te ha gustado la película?

—¿Eh? sí, la pasé bien, gracias.

—Me alegra. Es raro verte callada. Usualmente desbordas vivacidad.

No puedo sacarme a Bruno de la cabeza. Y tomada de la mano de Héctor me siento estúpidamente infiel.

—¿Y qué harás ahora? —pregunta Rosario. Ha dejado de pelar las verduras y el cuchillo descansa a su lado.

Me lamo el labio un tanto ansiosa.

He decidido asumir mi realidad. No sirvo para los estudios. Así que me he retirado de la Universidad.

—Mami, no tengo idea—suspiro y me dejo caer en la silla de la cocina preparada para recibir un duro sermón—. Sé que crees que soy irresponsable...

—Esas palabras no han salido de mi boca, muchacha, para describirte.

—Bueno...—hago una mueca dolorosa recordando mi duro encuentro con Bruno—algunos así lo piensan.

—Y se equivocan—asegura—. Es cierto que eres distraída y te dejas llevar por tu corazón. Pero eso no significa que no puedas hacer algo bueno de tu vida. Siempre me has ayudado con los niños, aunque no es tu trabajo. Tú posees un don que no posee casi nadie en el mundo, Catalina. Amor en tu corazón.

Se me llenan los ojos de lágrimas y es como si sus palabras me quitaran un gran peso de encima.

—Por mucho tiempo pensé que te decepcionaría. Por eso postergué mi

decisión. Pero me sentía completamente desubicada, ma. No era yo.

—Bueno, no estoy brincando en una pata si a eso te refieres. Pero solo porque creí que tendrías el futuro asegurado. Pero he descubierto que eres el tipo de persona que se amolda a todo excepto a lo que no ama... solo era cuestión de tiempo.

—Eres grande, mamita.

—Basta de adulaciones, dime qué harás.

—He pensado en aprender un oficio.

—Mientras sea decente te apoyaré.

Lo dice con convencimiento y se me mete la picardía.

—Insinúas que me entregaré al oficio más viejo del mundo... —sonrío como casquivana—suena excitante.

Rosario me da un manotazo en la cabeza.

—¡*Chito* muchacha, deja de decir payasadas!

Capítulo 25

No sé como se tome Issa el hecho de que Rosario quiso acompañarme. Nunca se ha llevado bien con ella y a veces creo que la odia. Issa siempre ha sido una persona difícil de llevar y verdaderamente independiente. Lo más probable es que me monte bronca cuando la vea.

A pesar de estar el hospital militarizado, nos dejan pasar. No todos los días nacen las hijas del presidente de la nación.

Sebastian nos recibe en la sala de espera.

—¡Cómo está el orgulloso padre de las criaturas!—salto a sus brazos llena de emoción.

—¡Mi niña linda!—él me recibe con una sonrisa que no le cabe en el rostro.

Sebas es espontáneo y emotivo. A diferencia de su hermano mayor que es un *témpano de hielo*.

—Señora mía—besa la mano de Rosario y ésta se ruboriza.

—Señor presidente.

—Nada de formalismos por favor.

Y como si fuera un chico más, choca puños con Rubencito.

Nos cuenta como fue la experiencia de la cesárea—donde entró a supervisarlo todo personalmente—. Y nos asegura que sus princesas son lo más bello que ha visto en la vida

—Issa está dormida. Dejémosla reposar. A propósito su joven amigo está mejorando en la clínica de desintoxicación.

—No sé cómo agradecerle su apoyo señor presi... digo, Sebastian. Ha sido muy considerado lo que ha hecho por Miguel, es un buen chico. Solo tuvo malas juntas.

—Seguro que sí. Y no te preocupes Rosario. No ha sido nada. Solo un par de llamadas y listo. Según me informan está siguiendo al pie de la letra el tratamiento— su sonrisa se ensancha al ver algo detrás de nosotras—. ¡Hermano, ya soy papá!

—De un papá a otro ¡felicidades!

Bruno y Sebas se unen en un abrazo fraterno.

Carajo.

—Les presento a mi hermano Bruno, el empresario.

El idiota me mira con ojos inexpresivos.

—Catalina.

Yo le contesto de la misma forma.

—Bruno.

—¿Bruno?—pregunta Rosario—¿Este caballero fue el que te prestó el coche para salvar a mi muchacho cuando se lo llevaron los drogadictos?

Bruno no puede ocultar su sorpresa por más que lo intente.

—Sí—murmuro masticando las palabras—, fue él.

Rosario le estrecha las manos.

—Le estoy agradecida por su ayuda. Quién sabe que sería de mi muchacho de no ser rescatado de las garras de esos truhanes. Es solo un chico de quince que no sabe lo que quiere. Prestarle su coche a Cata ese día le salvó la vida.

—Si hay algo que caracteriza a Bruno es su tremendísima capacidad de meterse en los zapatos ajenos—se me escapa la mala baba—. Es taan sensible...

Sebastian mira a Bruno escrutándole, en sus ojos un brillo de diversión.

—Que mi hermano prestó su auto desinteresadamente...—nos mira a uno u a otro alternadamente—. No sabía que ustedes dos eran amiguitos.

Bruno se estira el saco y su autocontrol se debilita por momentos.

—Se presentó la situación de ayudar... Cuando manejo la información adecuada puedo ser empático.

—¡Já! ¡Y las ranas vuelan!

—Solo digo que de manejar toda la información, no se habrían presentado contratiempos.

—Sí... los contratiempos son como la mierda.

—Catalina...—Rosario me mira horrorizada.

Odia que diga palabrotas en público.

—Disculpa, ma. De pronto se me revolvió el estómago. Han de ser los nervios. Voy con Rubencito a por un tecito.

—¿Este chico es Rubencito?—exclama Bruno perplejo, mirando al jovencuelo que tengo tomado del brazo.

Flaco, espigado, con marcas de acné.

No era lo que él esperaba.

—Rubencito es como un hermanito menor para Catalina. Ella siempre ha sido una jovencita muy maternal para su edad.

Bruno me mira a los ojos. Se ha dado cuenta de su error y un atisbo de disculpa brilla en los mismos. Casi puedo escucharlo llamarme: *cariño*.

¡Idiota!

Le devuelvo la mirada. Pero la mía es beligerante.

¡Zopenco!

Chuy me ha traído un ramillete de girasoles.

Me siento fatal.

Yo sé lo que es enamorarse sola. Me sincero con él. Su gesto dolido me dice lo mucho que lo lastimo cuando le digo que lo nuestro no puede ser. Mis sentimientos por Bruno son más fuertes de lo que pensaba.

—Lo siento Chuy, pero en el corazón no se manda.

—Lo sé.

Me parte el alma verle así pero no puedo hacer nada para remediarlo. Me llega un mensaje de Bruno. Por desgracia Chuy se da cuenta y se aparta.

—Será mejor que me vaya—murmura descorazonado.

Veo la pantalla con resentimiento.

GRANDOTE: Comamos costillas en Friday's. Esta noche invito yo. ¿Se te antoja?

Desde que nos vimos en el hospital me pide para vernos.

Borro el mensaje como lo he hecho con los anteriores. Sus desprecios se me ha quedado grabados en la memoria tan vívidos como una remolino de furia.

—¿Estoy bueno o no?

—Tienes un culito respingón, Mal. Estás que crujes.

Marcel se escanea en el espejo de la boutique y sonríe con satisfacción ante la visión de él metido en un pantalón de cuero rojo.

—Mídete algo, brujita. Yo invito.

—Ay, esta tienda es super carísima, mal. No podría.

—En mi nuevo trabajo me pagan bien, Cata. Anda, no seas boba.

—No sé...—me mezo en los pies dando un vistazo a la tienda.

—¡Hazlo o cortamos nuestra amistad!

—Bueno si tu insistes...

Me apresuro a buscar varias prendas que me llamaron la atención. Mal me mira con recelo cuando llego al vestidor a manos llenas.

—Una pieza. UNA—enfatisa con actitud de divo—. *No soy Trump, mamita.*

Me echo a reír.

La dependienta de la tienda nos mira divertida mientras modelamos todas las prendas con guasa.

Mal insistió en que me quedara una mini y un top amarillo.

Caminamos hasta una heladería donde me entrego al delirio del banana Split. Mal y yo tenemos temperamentos similares y en ocasiones bromeamos que si no fuera gay, seríamos novios.

—Entonces el pobre Chuy ya se enteró.

—Fue horrible, Mal, casi me muero.

—Niña, no exageres. El que casi se muere es él. Ahora a déjale su espacio para que se reponga. Nada de pedirle favores ni coquetearle ¿eh?

Con la cuchara en la boca asiento.

—Aprendí mi lección. Me portaré como una santa con él.

—¿Y Héctor?

—Pasó a la historia.

—Qué pena, tenía una mirada dulce y...

La canción de El exorcista suena de repente.

—Dios mío, ¿qué es eso?

—Es Bruno—digo con amargura mostrando mi móvil—Desde que me vio en el hospital no para de enviarme mensajes.

—Dios mío, ¿pero qué pretende ese tipo? Alquilarlo por un tiempo como ramera.

—Solo le faltó echarme un par de billetes encima.

—*Cucaracha rastrera...* Te pide que pongas lugar y hora. Yo que tú elijo el lugar más lujoso y me doy el banquete que da miedo... Niña, ¿por qué pones esa cara de tragedia?

—Creo que lo odio.

—Tú... ¿odiando?—me mira completamente estupefacto—Discúlpame, pero no me cabe en la cabeza.

—Te juro que no sé cómo manejar toda esta...—muevo mis manos alrededor de mi pecho para ilustrarlo sintiendo ese remolino de furia desatándose dentro de mí—emoción. Siento que voy a estallar.

—No es para menos... Olvidémonos del asunto, ¿quieres? Nada de penes ni de penas—acuna mi mejilla con mimo—. Entonces... ¿andas de vaga?

—Empecé un cursito de confección de ropa que me recomendó Rosario, que le dijo una vecina, que su sobrina la de ojos saltones ¿recuerdas esa, la que se casó? ¿No? Bueno, ella lo hizo hace unos meses y dijo que era muy bueno—recupero un poco de aire después de mi perorata y suelto un suspiro triste—. Pero no me late.

—Pero criatura de Dios, cómo te va a latir. Tú eres una chica alegre y dinámica. A ti te va otra cosa.

—Bueno, ya estoy montada en el burro ¿no? Solo me estoy dejando llevar donde me lleve la corriente, probando opciones.

—Complaciendo a Rosario eso es lo que haces. Dejas que te trate como si fueras un bebé.

—Sabes que no soy ninguna lumbrera, Mal. Además de llevarme bien con la gente no sabría qué otra cosa hacer. Es una fortuna contar con la guía de Rosario

y la ayuda de Issa.

—No me hables de la arpía de tu amiga.

—Ay mal no la llames así por Dios, que es una buena persona solo que ha sufrido mucho.

—Igual que tú. ¿O acaso tú no has sufrido? Una madre drogadicta que te hizo vivir un infierno hasta los siete años para matarse de sobredosis. Y estás aquí, como un clavel, apiadándote de tu amiga.

—Todos sentimos de manera diferente. Algunos elegimos las luces y otros las sombras.

—Eres una chica muy fuerte Cata, y no te percatas de ello.

—Qué tontito—es mi turno de acunarle la mejilla con tantísimo cariño—. Qué podría exigirle a la vida cuando me ha dado tantas personas a quien amar.

—Te quiero mucho, brujita.

—Yo te quiero más.

Seguimos comiendo helado hasta que de pronto Marcel pega un respingo que me sobresalta.

—Claro—dice con los ojos muy abiertos—¡Vas a trabajar!

Capítulo 26

El restaurante *el Taurino bistró* es un sitio de buen gusto y a la vez accesible. La decoración sencilla de paredes de ladrillos pintados de un impecable blanco, piso ajedrezado, sillas y mesas negras y servilletas blancas cuidadosamente dobladas invita a disfrutar de un menú delicioso con sabor de hogar.

Empanadas, huevos benedictinos, arepas de chicharrón y su plato estrella el coliflor rostizado hace que los comensales vuelvan al restaurante una y otra vez. Al igual que el servicio que siempre ha de ser impecable, según Doña Alfonsina, la dueña del local—una señora de manera sencillas, sonrisa en la boca y mano firme—lo principal es hacer sentir al cliente a gusto, como en casa.

Yo que nunca he trabajado en un restaurante, me maravillo con todo. Doña fina me pone en manos del capitán de meseros—un chico moreno y simpático llamado Damián—que me enseña los pormenores de pertenecer al servicio del restaurante. A partir de allí aprendo la importancia de mostrar un aspecto impecable. Camisa blanca planchada, pantalones negros y mandil largo. Uñas cortas al natural, cabello recogido y maquillaje sencillo.

Damián me explica la manera de trabajar. Desde como se dividen y rotan las mesas hasta la forma en que una comanda se convierte en un exquisito platillo caliente. La emoción me puede y me empujo a ayudar a todos, con resultados desafortunados en ocasiones. Unos platos rotos y vasos me hacen bajar el ritmo al igual que el ceño fruncido de Damián y los ojos como platos de Marcel.

Estoy aprendiendo y debo tomármelo con calma.

El ritmo del restaurante en ocasiones es calmado como una laguna cristalina y en otras es desenfrenado como agua brava. Corre para acá corre para allá en las horas pico y holgazanear en horas muertas.

Me encanta.

Doña fina piensa que soy una chica avispada. A los pocos días me permite tomarle pedidos a los clientes—con supervisión de Damián—. Pero debo admitir que los malabarismos que los otros meseros hacen con la vajilla me pone los pelos de punta.

Cuando consigo llevar más de dos platos, estoy en el cielo.

Marcel tenía razón, nada como la satisfacción de trabajar.

En uno de los atareados almuerzos, estoy limpiando mesas cuando veo algo que me deja en el sitio.

Bruno.

Ocupa una mesa larga acompañado de varios ejecutivos, tan encorbatados como él. Ya sabía, al despertarme con revoltura de estómago, que algo me iba a

pasar. Sigo mi turno parapetada entre los platillos, entre la gente. Afortunadamente Bruno está super concentrado en su reunión y a medida que baja el ritmo me descubro mirándolo como estúpida.

Destaca por su presencia.

Imponente, enigmático, elegante...

Antes de que pida la cuenta me escabullo a la cocina. Miro por la ventanilla y le veo salir del restaurante y despedirse de los ejecutivos. Suspiro apesadumbrada porque mi corazón se ha emocionado.

¿Por qué no aprendo?

Me suena el móvil.

GRANDOTE: Qué linda te ves con el mandil. Acéptame una cena, cariño.

¡Carajo!

Está en la entrada, móvil en mano, mirando hacia el interior del restaurante.

Al otro día, Bruno va al restaurante. Como cada día que le sigue. A veces solo, otras, acompañado de ejecutivos. Ya que sabe que estoy allí, no le veo caso a esconderme. Cuando pide que sea yo quien le atienda voy enfurruñada. Por supuesto, Damián me llama la atención. Para los clientes solo la mejor sonrisa.

—Buenas tardes señor, bienvenido.

—Hola ¿cómo estás Catalina?

—Bien—respondo secamente. Golpeteo la libreta con la punta del bolígrafo, impaciente, mientras él me sonríe complacido—¿Puedo tomar su orden?

—Me gustaría invitarte algo si me lo permites.

—No es política de la casa sentarse con el cliente, señor.

—Me está gustando tu lado formal, Catalina, no sabía que lo tuvieras—le echa un vistazo a la carta con una sonrisita.

Miro a mi alrededor y Damián me está observando, evaluando mi desempeño. Guardo la compostura. Cuando lo que quiero es estrellarle a Bruno una silla en la cabeza.

—Por lo pronto tráeme una copa de oporto blanco seco, por favor. Y vuelve, quiero que me des un detallado en cuanto a platillos y entradas.

—El asado negro con puré de plátano es uno de nuestros favoritos, untuoso y suave. Los sabores se derriten en su boca... ¿qué me miras?

Había logrado que me sentara con él para que le explicara los platillos y no ha parado de mirarme sobre su copa.

—Te extraño... ¿a qué hora sales?

—A la hora del qué te importa. Mira, Bruno, si no vas a pedir...

—Tráeme unas aceitunas para picar... Y vuelve.

Atender a Bruno ha sido un suplicio. No creo que exista en el mundo alguien más petulante que él. Pero como su responsabilidad prima por sobre todas las cosas, finalmente se va a su trabajo y deja de fastidiarme.

Es viernes y los chicos nos entusiasamos ante la perspectiva de gastar parte de nuestra sueldo en una noche divertida. Así que nos marcamos una de discoteca. Y en las duchas del restaurante me visto con mi top amarillo de trenzado frontal, unos vaqueros ceñidos y mis zapatillas escarchadas.

Acompañada y echando chistes con mis compañeros de trabajo me doy cuenta de que Bruno está en la entrada, esperándome.

Santo Dios, ¿cómo supo a qué hora salía?

No me aborda, solo me mira con cara de querer matarme, seguro no le gusta que las manos de mis compañeros estén sobre mi cintura. Yo me río en voz alta, solo para fastidiarle, y me despido con la mano al estilo *miss*.

Me tomo un *Cuba libre* fresquito que me quita la sed y cuando comienza la música las chicas nos comenzamos a contonear. Al rato Minerva, una de las pinches de cocina—una chica de cabello rojizo y frente amplia, con la que no he tenido mucho trato—se acerca a mí y entablamos una conversación casual. Noto que intenta ser simpática aunque parece reservada y también noto como sigue a Damián con la mirada.

—Oye, te gusta Damián ¿verdad?—pregunto sin segundas.

Ella asiente dando un trago a su tequila. Damián me saca a bailar obviándola a ella.

—Cuídame el trago, pequeña—le pido a Minerva.

Le guiño un ojo y me voy a la pista con Damián.

Mi intención es sacarle información, saber si le gusta alguien y así poder emparejarlo con Minerva. La pobre no es de las que se lanza y necesitará ayuda con Damián que es un moreno atractivo. Pronto descubro que Damián tiene una novia con la que va en serio.

Huy, pobre frentona, me da cosita.

Cuando dejo de bailar me acerco a ella de nuevo y me empino dos tragos de mi bebida.

—Amiga olvídense de ese galán. Ya está reservado.

Ella hace una mueca. Y yo levanto mi trago.

—Por Cupido que nos las juega. Ese bribón... ¡Qué viva el amor aunque nos joda!

Marcel me saca a bailar y le vuelvo a dar mi trago a Minerva que de pronto ha

quedado con cara de funeral.

Pobre, sé lo que es tener el corazón herido.

Marcel y yo nos marcamos un perreito. Como todo gay tiene unos pasos de infarto y un estilo indiscutible. Vuelvo con Minerva y me empino el trago completo. Cuando pongo el vaso en la barra siento una mano aferrarme el brazo.

Por Dios, es Bruno... Me río ¿Qué hace este hombre aquí?

—No tomes más.

—Niño, pareces un fantasma.

Me jalonea.

—Vámonos.

Suena otro perreito.

—Ayyyyy me encanta esa canción.

Pongo morritos mientras mezo mis caderas al ritmo de la música. Bruno me mira, resopla y me arrastra a la pista donde sorprendentemente se entrega al perreo.

Número uno: llevo unos tragos enciman que me alegran la existencia.

Número dos: me excita como me agarra las caderas y si el mundo se acaba hoy que no se diga que no perreé con mi grandote.

Le suelto la corbata y le abro los primeros botones de la camisa regodeándome en el vello que se le asoma. Él clava su mirada en mí, sexy y gloriosa. Yo dejo que me restriegue contra él.

Cierro los ojos y disfruto, cierro los ojos y me dejo llevar por el calor del momento.

Acabada la música Bruno me arrastra a la salida.

—¿Qué te pasa, *hombre de las cavernas*? Me la estoy pasando bien con mis amigos y no me quiero ir.

Me mira adusto.

—La pelirroja te ha echado algo en la bebida.

Alucino.

—¿Qué... la frentona?

—Esa misma.

La susodicha me ve con sonrisita de villana.

—¡Pinche vieja!

—Vamos, te llevo a casa.

Me dejo llevar por Bruno hasta la salida pero pronto me detengo.

—Estoy pedo, pero yo en tu casa no pongo un pie.

Bruno me mira y agacha la cabeza.

—No sabes como lamento haberte tratado en la forma que lo hice... —toma mi rostro en sus manos—si me perdonas...

—No.

—Cata...

—No.

—Por favor, bonita, no quiero renunciar a tu amistad.

—No. Déjame.

Me quito sus manos de encima y me alejo de él. Pero el alcohol estalla en mi cabeza de repente y aparecen luces y estrellitas de colores flotando ante mis ojos. La calle se tuerce, se expande y mis rodillas se aflojan.

Termino cayendo de bruces en un jardín de ficus.

¡Jodida frentona!

Me desternillo de risa mientras me peleo con las ramas y me resulta imposible levantarme.

La obscuridad, la caída, Bruno tomándome por la cintura para que no me desparrame por el suelo.

Es para desternillarse.

Él me mira, retira unas ramitas del cabello, me acaricia el rostro y me da un beso suavísimo en los labios.

—Extrañé tu risa.

Anda mi madre, estoy más pedo de lo que pensé.

Le muerdo los labios y le abro la boca con mi lengua insistente. Bruno me acepta el beso pero mantiene sus manos pudorosamente en mi cintura. Ansiosa de más me restriego contra él.

—¿Qué haces?—pregunta divertido.

Cuando le aprieto la entrepierna se sobresalta. Me dice que que estoy mal y no se quiere aprovechar de mí. Yo le contesto que se aproveche, ni que fuera la primera vez. Estamos en ese tira y encoje hasta que decidida a que me haga suya en la calle, jalo la trenza de mi top, y este se abre dejando mis pechos al descubierto.

—Chúpame todita.

—¡Por Dios, Cata!

Bruno me pone su chaqueta encima y me carga sobre sus hombros. Soltando una carcajada me despido de la gente que flota ante mis ojos.

Al despertar me hallo completamente desnuda en—*maldita sea*—la cama de Bruno. Estiro el brazo para tomar mis bragas que están sobre la mesita de noche encontrando debajo de ellas un enorme salchichón.

¡¿Qué rayos..?!

—Hola, muñeca. Me alegra saber que estás viva—dice Bruno al entrar en la habitación pero se calla al mirarme—. ¿Qué te sucede?

Con una palidez mortal miro el inquietante salchichón y le miro a él.

—Dime qué pasó anoche, por favor.

Los ojos de Bruno adquieren un brillo malévolo.

—Anoche pasaron muchas cosas. Unas más locas que otras.

Ay... me duele solo de imaginármelo.

Miro el salchichón con gesto descompuesto y estoy a punto de salir como dardo de su apartamento, cuando él contesta:

—Tranquila, no pasó nada de lo que crees.

—¿Ah, no?!

—No porque no insistieras, claro.

—¡¡Qué horror!!

Me tapo la cara con la sábana.

—No te creas, estuve tentado. Me hiciste toda clase de propuestas indecentes. Y cuando llegaste, te desnudaste, hiciste un bailecito caliente, te montaste sobre la mesa y te masturbaste pidiendo... pidiendo...—sonríe ampliamente—que te chupara la cosita.

Ay Dios... Ay Diosito santo.

Me pongo de todos los colores del arcoíris.

Bruno no me quita los ojos de encima y, divertido por mi cara de circunstancia, se lame los labios e intenta contener una sonrisita pero no lo consigue.

—Te juro que intenté detenerte, cariño, pero creí que te vendría bien desfogarte. Dicen que es saludable... Y las vistas fueron sensacionales.

Menudo sinvergüenza.

Frustrada, enrojecida y acalorada, suelto un bufido.

Esto me pasa a mí y al coyote del correccaminos.

—Después, asumo que te dio hambre, porque te metiste de cabeza en la nevera agarraste el salchichón y te aferraste a él con uñas y dientes. Luego te desmayaste. Y eso fue todo. Fue entretenido—concluye.

—Te juro que no sé lo que me pasó—susurro avergonzada.

—Yo sí—Se enseria—. Esa amiga tuya, la pelirroja del trabajo. Es mala persona. No sé qué te echó en la bebida pero lo que sí sé es que de no haber estado allí la habrías pasado muy mal, Catalina, muy mal. No puedes fiarte de alguien así. Y en sitios como esos la norma es no apartarse de la bebida.

Suspiro. Tiene toda la razón del mundo.

—A partir de ahora le haré la cruz a la frentona.

—Me parece bien. No soportaría que te lastimaran.

—¡Y tú me lo dices!

Bruno se sienta en la cama y levanta mi barbilla.

—Odio haberme comportado mal. Se me cae la cara de vergüenza. Pero esas son las cosas que me pasan contigo. No tengo medida. Se me metieron los demonios al imaginarte con otro. Y cuando te vi llegar así me decepcionó. Esa no es mi chica, esa no es mi Catalina.

Me suelto de su agarre.

—No soy tu chica, Bruno. Solo una amiguita más. Tú mismo me lo hiciste ver.

—Cuéntame qué pasó ese día, el de la camioneta, me gustaría saberlo—pide con amabilidad.

—Miguelito, otro chico de la casa hogar al que quiero mucho, estaba desaparecido. Rubencito me llamó asustado y averiguamos que estaba en un barrio con unos drogós. Fuimos, lo sacamos y lo llevamos a la casa hogar. Afortunadamente tu hermano nos echó una mano con él y lo puso en una clínica donde tratan esas cosas. Ahora está bien. Solo espero que el susto que nos hizo pasar y el regaño sean suficientes para que no recaiga.

—Espero que se recupere.

—Yo también. No me lo estás preguntando, Bruno, pero mi madre biológica murió de sobredosis. Recuerdo bien ese día. Vivíamos en un nido de drogós igual del que saqué a Migue, solo la buena voluntad de los vecinos impidió que muriera de hambre aunque en ocasiones incluso llegué a comer tierra. Luego tuve amigos que se dejaron seducir con esa porquería. Los he visto. Comienzan entretenidos y poco a poco eso se les va metiendo en la sangre. Llevándolos al abismo de desolación... Así que sí, soy la última persona que probaría las drogas.

—Lo siento, no lo sabía.

—Bueno, seamos francos. No es que quisieras conocerme más allá de lo que un revolcón amerita.

Aunque intente ocultarlo el reclamo se cuele en mi voz y Bruno la sabe. Cohibida por estar casi desnuda frente al hombre que me mueve el piso me enrolló bien en la sábana y busco con la vista mi ropa.

—Está en la lavadora.

—¡Joder, Bruno, cómo se supone que voy a salir de aquí!

Me mira impasible y, cuando creo que me va a dar una solución, dice:

—Desayunemos.

—No quiero desayunar contigo ¿¿no lo entiendes?! —grito atacada. Me ha puesto una encerrona de la que no puedo escapar—No quiero cenar contigo, ni ir a Friday's contigo ni a ningún otro lugar. Solo deseo que me dejes tranquila.

Vuelve a mirarme impasible como si le resbalara mi enojo. Se dirige a uno de sus cajones saca una de sus grandes camisetas y la tira en la cama.

—Desayunemos.

¡Me llevan los demonios!

Tomo la camiseta de mala gana y me meto en el sanitario.

Después de la ducha sigo alterada. Me consumen las ganas de estrangularlo y echarme a sus brazos. No sé cuál es más fuerte. Contrariada, me decido a escapar de la situación. Me agacho y busco mis zapatillas escarchadas, pero no las consigo.

Frustración.

Desespero.

Respiro e intento calmarme.

Bajo hasta el vestíbulo de puntillas dispuesta a escapar en camiseta y descalza. Me aferro al pomo de la puerta. Y maldigo por lo bajo. No cede.

El sonido de un carraspeo me hace voltearme.

Y veo a Bruno apoyado del quicio de la puerta de la terraza con las zapatillas en la mano, las llaves girando en su dedo y una sonrisa lobuna en la cara.

—¿Buscabas algo, muñeca?

Le miro de mala gana. Se me está calentando la sangre y como siga así creo que acabaré matándolo. Bruno amplía su sonrisa, parece que le satisface hacerme rabiar.

—Te juro que yo no cociné, si es lo que te preocupa.

Comida...

Se me retuercen las tripas.

Ya está, tengo hambre.

Me encamino a la terraza. No tiene caso discutir con el estómago vacío.

Cuando salgo quedo conmocionada al ver lo bonita que ha quedado la terraza con un precioso juego de sillas y mesa de ratán con sombrilla.

Bruno pone su mano en mi cintura.

—Lo hice para ti. Tu espacio.

No sé qué decir, ¿qué pito toco yo en su casa?

Me emociono de nuevo al ver los cachorritos salir de una bonita casa de perritos y venir hacia mí. Les hago cariños y apapachos.

—Ay, criaturitas, huy, pechochos, cómo han crecido.

—Thor y Peluche ya son parte de la familia.

Suelto una carcajada al escuchar esos nombres y sé, sin lugar a dudas, que Thor pertenece a Brayan y peluche al dulce Benji.

Está claro que Bruno no cocinó.

Empanadas de carne, pollo y pabellón, jugo de naranja y café con leche. *Como como lima nueva* mientras Bruno me cuenta las travesuras de los cachorros y sus pequeños dueños.

Finalmente satisfecha, me reclino en la silla, cierro los ojos y dejo a que la

brisa mañanera me acaricie.

—Quedó agradable aquí—admito.

—Muy agradable... Y hoy que me acompañas, todavía más.

Abro los ojos de golpe.

—¿Le... le faltará mucho a la ropa?

Con gesto sombrío meneaba la cabeza en sentido afirmativo.

—“La peor forma de extrañar a alguien es estar sentado a su lado y saber que nunca lo podrás tener”—cita.

Arrugo el entrecejo ¿Por qué me dice eso?

»Es una cita del escritor Gabriel García Márquez que se cuele por mi mente cada noche, cuando me siento aquí solo y tomo una o dos copas de vino. Tantas cosas vienen a mi mente durante ese rato que estoy aquí. Entre ellas tú y tu linda sonrisa, tu frescura. Me gusta venir aquí porque me acuerdo de ti pero luego viene el silencio, la calma... Antes no me importaba demasiado. Pero ahora...

Nos miramos unos segundos y nuestras miradas hablan. Sé por dónde va. Mis sentimientos se despiertan y revolotean en mi interior.

¿Me está diciendo que me quiere?

No. Seguro que no.

Solo busca sexo fácil.

Cierro los ojos. Debo olvidarlo o nunca podré reponerme de él.

—Bruno, por favor...

Me soba el codo con mimo.

—Perdóname, cariño, ya ni sé cómo pedirte.

Me levanto ofuscada.

—Está bien, te perdono, ¡pero te quiero lejos de mí!

—Entonces no me perdonas de corazón, Catita... No quiero estar lejos de ti.

¿Por qué debe verme con ojitos tiernos cuando no siente nada por mí? ¿Por qué?! ¿Por qué Dios mío? ¿por qué?

Suelto un grito de frustración. Estoy cansada de su juego. Cansada de que me busque solo cuando quiere satisfacerse y luego pase de mí.

—Suficiente de llamarme cariño, de buscarme y decirme cosas que no significan nada para ti—me doy golpes de pecho—. ¿No comprendes que me confundes? ¿no comprendes que me hieres?

—Cata... no es mi intención.

—¡Pero lo haces! —grito y comienzo a caminar aleteando los brazos como una loca—No soy como tú, que brincas de una cama a otra solo por distracción y luego las botas como zapato viejo. Yo quiero... quiero... necesito alguien que me llame y esté pendiente de mí. Me quiera. Alguien que se sienta bien conmigo y no tenga que esconderme como si fuera basura bajo la alfombra.

—¿Quieres un novio?—ha escupido la pregunta como una ofensa. Como algo impensable y absurdo que no entra a discusión.

—Sí. Quiero un novio—contesto sin dudar—. Soy un alma romántica, de esas que ponen corazoncitos sobre las íes y esperan esa alma gemela que les llenará la vida. Ya sé que a ti eso te parece una ñoñería pero a mí me gusta mi manera de ser. Así me hizo Diosito. Y no pienso cambiar.

Bruno tamborilea sobre la mesa sin dejar de observarme con sus ojos implacables. No parece gustarle el rumbo de la conversación.

—Es el resultado de ver tanta telenovela, Catalina—sonríe apenas, aunque más que sonrisa parece una mueca—. La realidad no se compara con la ficción.

Me está rechazando en frío. Ha de ser fácil para él estar en control no teniendo sentimientos involucrados más que un poco de lujuria y algo de cariño. Con mis sentimientos revolviéndose como el interior de una licuadora enrolló mi dedo al filo de mi camiseta y bajo la vista al suelo.

No me quiere. Más me vale que lo asuma aunque me estruje el corazón.

—Es mejor que me dejes en paz, Bubu—digo con tristeza sobrecogedora—. De pronto y consigo a alguien que sí me quiera como yo deseo.

Antes de que pueda moverme Bruno se levanta me toma de la cintura y sus dedos suben mi barbilla.

—Tú y yo no hemos terminado.

Suspiro mimosa y al mismo tiempo, demasiado triste.

—Ni hemos comenzado.

—No dejaré que ni ningún idiota se te meta entre las piernas, Catalina.

—Mientras tú... te encamas con cualquiera.

—¿Quieres exclusividad? Seremos exclusivos. Te doy mi palabra que mientras estemos juntos no habrá nadie más.

—Mientras estemos juntos...—saboreo la frase.

No suena muy romántica.

—Sí, quiero estar contigo—añade resuelto—. Me gustas. Tú dime lo que deseas. Aunque no me agrada la idea de un noviazgo estoy dispuesto a negociar.

Le miro desconcertada. No logro adivinar sus motivaciones y ciertamente parece más una negociación que una discusión de amantes.

—Bueno... quiero que me llames y no solo cuando se te antoje un meneo.

—De acuerdo. ¿Cada cuánto quieres que te llame?

Todo comienza a parecerme absurdo, Bruno se está portando tan formal que me entran ganas de tomarle el pelo. Pongo mis brazos alrededor de su cuello y hago como si me lo pensara.

—Mmm, siempre que pienses en mí o sea a todas horas.

—Sabes que trabajo ¿no?—dice con sonrisa de bribón.

—Querer es poder.

Pone los ojos en blanco pero me aprieta contra él.

—Hecho. ¿Qué más quieres de mí?

—Que te intereses por mis cosas.

—Haré un cuestionario que trate única y exclusivamente sobre tu persona.

¿Eso te gustaría?

—Depende, guapo—apoyo la mejilla en mi dedo y finjo estar pensado—¿de cuantas preguntas estaríamos hablando?

—Infinitas preguntas.

Echo mi cabeza hacia atrás dejando salir una risa cristalina y llena de dicha.

—¡Me encanta la idea! —antes de caer de espaldas Bruno me toma por la nuca para evitarlo.

—No te mates antes de que empecemos.

Hago un mohín y él sonríe. Le tomo la cara con las manos y le doy un beso rápido y apasionado.

—Quiero que todos nos vean juntos—exclamo eufórica por este vuelco inesperado—. Que tomes mi mano y nunca me la sueltes mientras nos vamos de paseo por las plazas de Caracas.

Bruno niega con la cabeza.

—Me temo que es imposible—dice y yo me suelto de su agarre. ¿Me he equivocado de nuevo?—. Catalina, te llevo quince años y además soy padre. Por favor, entiende. No puedo andar dando espectáculo.

—¿Te avergüenzas de mí? ¿Por eso no quieres que nos vean juntos? Solo escúpemelo en la cara y sé hombre.

—No... Es complicado. No puedo pensar solo en nosotros. Tengo un compromiso que impera por sobre todas las cosas. Desearía tener la libertad de empezar una relación sin tener en cuenta más que mis necesidades y las de mi pareja.

»Pero si algo odio son los padres que exponen a sus hijos a soportar las tensiones de su intimidad. Me parece cruel e insano montarlos en esa montaña rusa emocional. Soy adulto y puedo amoldarme a que funcione o no una relación íntima. Pero mis hijos no. Y perdóname, pero he de tener cabeza.

—Me duele que pienses que dañaría a *mis monstruitos* cuando no he hecho más que quererlos.

—No he dicho eso. No...—deja caer sus hombros— Esto no está saliendo como lo pensé...—se toca la frente. Entonces fija su mirada en mí y afirma con seguridad—Sé cuánto te importan mis hijos. Los felices que están cuando te tienen cerca. Solo... tomémoslo con calma ¿quieres?

Que lo tomemos con calma...

¿Qué significa eso?

Me alejo y veo el paisaje urbano sobre la baranda con un punzada de desolación. Siempre he soñado con el amor verdadero. Ese que te hace flotar como zepelín y al mismo tiempo echar raíces y florecer.

¿Acaso ese amor correspondido solo podrá existir en mi imaginación?

—Está bien—contesto en tono apagado.

—No me avergüenzo de ti, cariño.

—Está bien, será como quieras.

—Parece que el tiempo que he pasado sin pareja me ha convertido en una bestia insensible—murmura resentido consigo mismo por su falta de tacto—. Cata... —retira mi flequillo para ver mi rostro lloroso—Cata... —limpia una lágrima con su pulgar—cariño, solo te estoy pidiendo tiempo. El suficiente para conocernos sin presión. Y después, si todo va bien, podemos avanzar.

Nunca he sido cobarde a la hora de sumergirme en mis sentimientos.

Me pongo de puntillas y le doy un beso suave.

Y esta, no será la excepción.

Tomaré lo que quiera darme, poco o mucho.

Y lo recibiré como un tesoro...

Dure lo que dure.

Capítulo 27

Me trepo sobre él mientras me saquea la boca y deja vagar sus manos por mi cuerpo. Halla la tibieza de mi piel. Llevo una de sus camisas de pijama. A esta hora de la noche los niños se encuentran dormidos y disfrutamos de nuestro deseo sin reservas.

El sabor de Bruno, una mezcla de vino y distinción, me embriaga y me hace jadear. Meto mis manos dentro del pantalón de su pijama y luego de un par de caricias pecaminosas encuentra su camino dentro de mí.

El oleaje sube. Al igual que mi deseo. Bruno se deja caer sobre el escritorio mientras me lo monto con ansia y él acaricia ese punto dulce donde nos unimos.

Juntos alcanzamos el gozo resplandeciente.

Dejo mi rostro sonrosado sobre su torso velludo y me relaja su respiración irregular. Permanecemos abrazados un rato mientras buscamos el resuello. Me acaricia la espalda. Ha estado más accesible y cariñoso desde que volvimos. Y soy consciente de que me está dando más de sí.

Levanto la cara y apoyo mi barbilla mirándole. Él me peina el flequillo con los dedos. Se le ve tranquilo y satisfecho.

—Sabes que ahora cada vez que vea el escritorio, pensaré en ti.

Esbozo una enorme sonrisa fascinada con la idea.

—¿En serio?

—No lo dudes. Eres un gran distractor para mí.

Me toma la cara y me da un beso apasionado.

Estas últimas semanas juntos han sido maravillosas. Hemos compartido mucho y no solo nuestros cuerpos. Bruno me ha enseñado sobre vinos, barquitos en botella y todo lo que le gusta. Y yo he hecho que se le quite lo almidonado.

Un golpe seco proviene del exterior. Bruno se levanta como torpedo y sale de la habitación tirándome al piso en el trayecto.

—¡Ay!

Me duele el trasero.

Salgo al pasillo sobándome el trasero cuando le veo agachado frente a un Brayan aturdido. Un florero roto yace en el piso.

—Quiero lechita—dice el niño restregándose los ojos.

Bruno le revisa sin encontrar heridas evidentes.

—Espérame en la cama—le contesta con la dulzura que guarda para solo para sus bebés—. Yo te la traigo, cielo.

El pequeño estira sus brazos y se abraza a su cuello.

—Voy contigo, papi.

Bruno le toma en brazos. Sonrío cuando veo al chiquillo chupándose el pulgar. Bruno cierra mi camisa sin que el pequeño se percate. Estaba mostrado mis pechos.

—Ciérratela—me dice en voz baja.

Y termino de abotonarla con prisa pero Brayan no le interesa el espectáculo. Está demasiado ocupado chupándose el dedo.

—Nos has dado un susto, *mi vida*—. le revuelvo el cabello y él gruñe dándome un manotazo.

—Lo siento, Cata. Los niños son imprevisibles—añade colgándose el chico de la cadera y mirando los destrozos—. ¿Te molestaría llevarlo abajo para que pueda recoger los vidrios? No quiero que Benji se corte si se levanta.

No es algo disparatado pensar aquello ya que a veces pareciera que ambos tuvieran una especie de radar. Tomo al niño y bajo a la cocina a darle leche tibia.

Al rato Bruno baja con Benji en brazos.

—Se despertó—suelta un largo suspiro que me hace sonreír.

Y pongo a calentar otro poco de leche para mi bebé.

Una tarde Bruno me sorprende con una decena de folletos sobre cursos de todo tipo de oficio.

—Solo inténtalo, cariño. Alguno te gustará.

Los miro con cierto recelo y me muerdo el labio.

¿Seré buena en alguno?

Capítulo 28

—¿Cómo le va a mi chica de los cursos? ¿Qué tal el de paramédico?

Marcel cruza los brazos y se apoya del casillero mientras me amarro el mandil, estamos por comenzar el turno de la tarde en el Taurino. Pero al escuchar la última frase se me borran los colores del rostro.

—Manita, te has puesto mas pálida que un muerto, por Dios.

—Mal, no hablemos de eso nunca jamás en la vida ¿ok?

—Pero brujita, hasta aprendiste a entablillar fracturas ¿Qué ha pasado?

—Me vienen las imágenes... Tanta sangre... ¡Qué horror!

Mal me soba los brazos de arriba a abajo para calmarme.

—Olvídalo mi Chiquistriquis.

—Te aseguro que no nací para paramédico.

De reojo veo a Minerva poniéndose su gorro de cocinera como también la fea mueca que me dedica antes de irse. Todavía no me creo que me haya echado algo en la bebida. Cuando le reclamé simplemente se negó en redondo.

Marcel se la tragó a insultos.

Salimos del área de los casilleros. Cuando de pronto Marcel se resbala saliendo disparado y dándose un cabezazo contra la pared de administración.

—Dios santo...

—Cuidado, Cata—me dice Damián tomándome del brazo—. Alguien derramó aceite en el pasillo.

Dirijo mi mirada a la cocina y una descolocada Minerva aparta la suya rápidamente.

¡Pinche frentona!

Le comento a Mal de mis sospechas sobre la frentona. Y me cuesta un mundo convencerlo de no cobrarse el moratón que se le formó en la mejilla.

—Esa desgraciada me lo va a pagar. Mañana enmanteco el piso para que vea lo bonito que es quedar como berenjena.

—Mal, qué te he dicho siempre. No te conectes con la energía del odio. Recuerda que de lo único que no podemos escapar es del karma.

—Discúlpame pero un rechazazo directo a la cara es más efectivo—se echa el flequillo hacia atrás y comenta con su actitud de diva—De acuerdo, dejémoslo así. No quiero mancharme las manos de sangre cuando estoy por ver a mi amor.

Esa tarde Bruno va a buscarme al trabajo.

GRANDOTE: Cariño estoy afuera.

Me despido de Marcel y me extraña ver a Bruno bajarse de la camioneta y acercarse a grandes zancadas.

—Preséntame a tu amigo—exige, brusco.

—¿Qué?

—Que me presentes a tu amigo, ese al que abrazas tanto cada vez que sales del trabajo.

Con un gesto de su cabeza señala a Marcel que viene saliendo del restaurante con el grupo de chicos. Sin saber bien qué desea le hago una seña. Marcel les pide a los chicos que le esperen un momento y trota hasta nosotros.

—Dime, brujita.

—Mal te presento a Bruno, Bruno, Marcel.

Al escuchar ese nombre y fijarse en la mano de Marcel sobre mi codo el rostro de Bruno se torna duro y desafiante.

—Así que usted es Marcel.

Le aprieta la mano con tal fuerza que mi amigo se encoge. Un hombre grande, maduro y fornido con esa cara de cabreo, pone nervioso a cualquiera.

—Sí señor, lo soy.

—Sepa que Catalina no está sola. Está conmigo, con todo lo que eso implica. Y le agradezco que mantenga las distancias con ella. Se lo digo de hombre a hombre y espero no tener que repetírselo.

—¡Bruno! Marcel es un amigo.

Pero Bruno no le suelta la mano ni deja de lanzarle frías cuchilladas con los ojos.

—Hola Catita—saluda Rafa, el novio de Marcel que se ha acercado a nosotros y nos mira con curiosidad—Mal, *mi vida*, se van a agotar las entradas y después a llorar al valle.

Y sin decir más le planta un beso a mi amigo en los labios.

Bruno queda pasmado al percatarse de su error. Con una sonrisa tonta, pone los ojos en blanco y de un jalón tira de Marcel y le da un abrazo.

—Disculpa amigo, me dejé llevar por la testosterona—dice.

—Vale, vale, casi me rompes la mano—admite Mal masajeándose los dedos—. Se ve que eres bastante territorial.

—Con las cosas que me importan, sí.

En un movimiento que me deja estupefacta Bruno me toma de la cintura y me da un beso en los labios.

—Como mi linda chica.

La mandíbula se me desencaja por la impresión.

—Me alegra que protejas a nuestra Catita. Es una chica muy especial.

—Así es.

Bruno se alisa la corbata con la otra mano. Podría jurar que está avergonzado y un poco aliviado.

—¿Les gustaría que les diera un empujoncito hasta el cine
Y tanto Marcel como su novio se parten como galletitas.

—¡Claro guapo!

Durante más de dos horas Bruno se comportó como un novio de ensueño. Aceptó la invitación que mis amigos le hicieran, vimos una película de acción riéndose de buena gana por mis parloteos. Y compartimos un tarro enorme de palomitas entre besos con sabor a chocolate y burbujas de gaseosa.

En la mañana despierto sola en su cama. Gusto que nos damos solo cuando los mellizos duermen en casa de los abuelos. Miro el tarro de cotufas vacío y sonrío como tontorrón. Fue una noche especial y hoy tendremos el día para nosotros solos.

Con esa idea fija en la cabeza me levanto de la cama de un brinco y me voy al aseo.

Bajo las escaleras vistiendo solo una de sus camisas y una sonrisa traviesa. No creo que necesitemos mucha ropa hoy. Le veo de espaldas en la cocina tomándose un café, vestido de franela y pantalón de chándal.

Qué culito más respingón...

Me voy de puntillas y me abrazo a su cuerpo.

—¿Listo para un revolcón mañanero, grandote? La cama está demasiado grande y fría si no estás a mi lado. Tomemos ese café rápido y subamos para que me des vueltas como ruleta.

Todos y cada uno de sus músculos se tensan ante mi contacto. Se vuelve con lentitud y entonces comprendo que no estamos solos.

Unos ojos color whisky arrugados y tristes fijos en mí.

Instintivamente llevo mis manos a la camisa y comienzo a abotonarla para tapar mis pechos. Aunque no es que la camisa me tape mucho tampoco.

—Buenos días, señora—saludo apurada.

Mientras la mujer me mira de arriba abajo Bruno estira el brazo y me toma de la cintura.

—Catalina, te presento a Gema. Gema, Catalina.

Así que esta señora mayor es la tal Gema...

—Hola, un gusto—le tiendo la mano para saludarla pero solo me mira con cara de perro.

—¿Ese es el ejemplo que le das a tus hijos? Pervertir a jovencitas a las que les doblas la edad. Qué vergüenza...

Bruno, toma un sorbo de su café manteniéndose impassible. Aunque noto una vena que le salta salvajemente en su cuello.

—Gema... no te metas en esto.

—Cómo pretendes que no me meta si tienes a una niña diciendo una sarta de vulgaridades y paseándose desnuda por tu casa. La misma casa, que te recuerdo por si lo olvidas, ¡compartes con tus hijos! Por supuesto, la decencia no tiene cabida en tu cabeza. La carne del hombre es una debilidad en sí misma. Pero embaucar a esta... niña, que a duras penas llega a la mayoría de edad y arrastrarla a tu cama es el colmo del mal gusto.

—Déjate de juicios vanos. No serás tú, precisamente quien me reste méritos cuando me dejo el pellejo por mis hijos.

—Qué intentas decir...

—Abuela, relájese, soy adulta. Y Bruno no ha hecho nada que yo no le deje hacer—sin poder evitarlo sonrío con la travesura bulléndome dentro del cuerpo—. Cae bien de vez en cuando darle un gusto al cuerpo. Y no me vas a decir con esa cara de limón chupado que tienes que... ¡Au! ¡¿por qué me pellizas?!
—

Bruno me hace gestos con los ojos mientras yo me sobo el codo y una abochornada vieja se seca la frente con el pañuelo que acaba de sacar de su bolsillo.

—Semejante descarado...—sisea acalorada.

Y me señala como si fuera la encarnación del diablo manifestándose.

—Jezabel por los caminos de la perdición—continúa y se vuelve hacia Bruno—. Te está arrastrando, te está consumiendo el alma al permitirte fornicarla y romper la santidad del matrimonio.

—Oiga señora, no sé quien es Jezabel pero suena a insulto. Yo también podría decir cosas de usted que no me gustan. Pero dado que no nos conocemos tratémosnos con respeto y evitemos inconvenientes.

Bruno me aprieta la cintura para hacerme callar.

—Cielo, tu ropita debe estar lista, por qué no vas y la sacas de la secadora.

Está claro que quiere que salga de la cocina para hablar con la viejita a sus anchas. Le hago caso y me voy a la zona de lavado. Pero en vez de ir a por mi ropa me quedo escuchando la absurda conversación.

—No te permito que hables de mis hijos Gema, nadie más que yo para saber lo que ellos necesitan.

—Sin duda no necesitan que su padre se condene con la fornicación. Si mi pobre Patty te viera...

—Por amor de Dios, quieres dejar de nombrarla. ¡Déjala descansar en paz de una maldita vez!

—Una petición—musita escarmentada, ya no hay altivez en su voz sino con aflicción—. Solo una te hice cuando ocurrió... lo que ocurrió... ¿La recuerdas Bruno? ¿O ya se te olvidó?

—No—contesta con suavidad—. Te consta que la he seguido.

—Si la has seguido ¿qué hace esa chica aquí desnuda?

—¿He de darte explicaciones de mi vida íntima también?

—Si involucra a los mellizos...

—¡Por favor! Gema ¿qué te sucede? Soy un ser humano, un hombre de carne y hueso, no una máquina. No puedo seguir como he estado viviendo los últimos años. Eso no es vida.

—¿Qué de la vida de tus hijos, no cuenta?

—¡Mis hijos están bien! Y seguirán estándolo. De eso me aseguro yo.

—De acuerdo Bruno. Veo que has tomado tu decisión y eres duro de pelar. Y te recuerdo la mía: no admitiré que ninguna mujer tome el lugar de Patty y lastime a sus hijos. Antes te los quito.

Se hace un silencio hondo y oscuro que me agobia incluso a mí.

Hasta que finalmente se oye la voz de Bruno tan desgarrada que me parte el alma en dos.

—Esto es necesario, Gema. Somos familia ¿lo olvidas?

—No. Eres tú quien lo olvida.

Escucho fuertes pisadas y luego un portazo. Menudo drama mañanero me acabo de pillar. Me quedo unos minutos digiriendo la información, pensando en la jodida Gema y sus amenazas.

¿Quién es ella y por qué tiene esas ínfulas de grandeza?

Encuentro a Bruno sentado en la bonita terraza. Por la forma en que se masajea la sien sé que está agobiado. Me acerco y me dejo caer en una silla con desparpajo.

—Una perita en dulce la vieja ¿no? Ha de ser el alma de la fiesta.

—Lo siento, Cata. No sabía que vendría. Entenderé si quieres irte.

—¿Por qué?

—Una jovencita como tú no necesita tanto rollo en su vida.

Vaya... Gema tiene poder sobre él. Desestabilizar a Bruno no es nada fácil. Mi curiosidad por ella va en aumento. Ha dicho que son parientes... de los problemáticos sin duda.

—Precioso—digo con la máxima dulzura de la que soy capaz—, aquí el único rollito es lo mucho que te quiero y lo mucho que me encantas. Ven, regálame una de tus bonitas sonrisas y hazme feliz.

—Catalina... esto es serio.

—Sí, muy serio... —cruzo mis manos y apoyo mi barbilla en ellas— Es lo guapo que te ves cuando sonríes. Y esa barba de madurito que tienes—estiro el brazo y paso mis dedos por ella suspirando como damisela—me pone orgásmica.

—Esto no es juego...

—No del que me gusta, no... grandote...—le guiño un ojo mientras mis dedos

bajan por su cuello—y me entran ganas de jugar contigo. Estás en buena forma...

Me ve como una loca y niega con la cabeza.

—Ay de qué sirve tanta seriedad en la vida, chico. Ni que te fueran a dar un premio. Anda... Una sonrisa *pequeñiquitica* de duendecillo ¿sí?

Niega en un silencio obstinado mientras yo no dejo de sonreírle y darle mis mejores caídas de ojo hasta que las comisuras de sus labios recuerdan sonreír.

He derretido el hielo de su agobio.

—Estás loca ¿lo sabías? —me gana una impactante sonrisa ladeada mientras estira su mano y toma la mía—Muy loquita.

Yo entrelazo mis dedos con los suyos y me siento genial.

—Loca por ti.

—Ahora que te conoce no te dejará en paz... —dice con pesar y arruga el entrecejo—. Cata... No es justo que...

—Te quiero.

Por un momento queda paralizado.

—Cata no...

Pongo un dedo en sus labios e insisto.

—No espero que compartas el sentimiento, pero te quiero—confieso con pasión—. Y nada sobre la tierra, Bruno, cambiará ese hecho.

Aprovechando mi osadía del momento me siento sobre su regazo y le doy un beso profundo y sentido.

¿Acaso no es hermoso estar enamorada?

—Te quiero—repito con un dedo en sus labios.

—Vale, me quieres—pone los ojos en blanco con la resignación del que se tropieza con una pared—Pero no sabes en qué te estás metiendo. Esta mujer es un verdadero dolor de muelas.

—De pequeña Rosario me echaba el cuento del coco para enviarme a la cama. ¿Y sabes qué logró con eso? Nada. Nunca funcionó. Me trasnochaba igual. Nunca le tuve miedo al coco, lo mismo que no le temo a la rabieta de una viejita fanática—le pico con el dedo en el pecho—Tú tampoco deberías de temerla. Te diré lo que haré con Gema. Lo mismo que hago cuando me topo con gente problemática—levanto mi barbilla y me echo el flequillo para atrás en actitud guerrera—. Bañarme en manteca para que me resbale.

Bruno se ríe, no puede evitarlo.

—Eres un caso.

Bruno me mira divertido cualquier vestigio de preocupación ha desaparecido de su rostro.

—No cabe duda de que eres una fuente de sabiduría ancestral—añade burlón.

—Verdad que sí.

Aprieta su abrazo y deja vagar sus labios por mi rostro. Disfruto la sensación de su barba picándome mientras el ardor se instala en mi cuerpo.

—Has escuchado el refrán que reza oídos eléctricos...

—Calla...

Capítulo 29

El frío de la temporada decembrina se hace sentir y Bruno sonrío cada vez que me ve con mi bufanda multicolor. Le parezco graciosa como siempre, aunque su sonrisa ahora es cálida, llena de cariño. Bruno es como un iceberg. Solo asoma la punta de lo que es mientras toda su complejidad se encuentra bajo su impasible y controlada calma.

Ay... Le quiero tanto.

En las casas se muestran maravillosos pesebres o árboles de navidad indistintamente. A Rosario le van más los pesebres, es lo que dicta la tradición venezolana, según ella. Yo le sigo la corriente y la ayudo a armarlo en la casa hogar como siempre lo he hecho. Usando cajas y tela enyesada armamos las montañas que se extienden por todo el recibidor. Los niños nos ayudan a pintarlas y espolvorearla con toques de aserrín natural. Cuando estoy satisfecha comenzamos a poner las figuritas de cerámica que tienen todos los años del mundo. La sagrada familia va debajo de una decoración de palmas con forma de cabaña. Y cuando terminamos los niños y yo estamos perdidos de pintura y polvo... pero felices. Siempre me gustó Diciembre y todo lo que representa. Buenos deseos y ese sentimiento bonito de familia.

Me vuelvo loca comprándole obsequios a todos. Mis pequeñines de la casa hogar, Rosario, Issa, Marcel... y mi nueva familia, mis guapetones. Cada vez estoy más compenetrada con ellos y se me meten más en el corazón. Y yo en el de ellos, lo sé, se les nota. Creo que se imaginan lo que pasa entre su papá y yo porque nos miran y se ríen como cuando hacen una triquiñuela, solo que aquí los traviesos somos nosotros. Y es que Bruno cada vez está más audaz, me roba besos en cualquier momento y a cualquier hora, incluso ante Gertrudis que nos mira y sonrío guardando nuestro secreto. Qué travieso se ha vuelto. Me lleva a su casa y luego quiere que me quede indefinidamente, en fin, está loquito.

Su locura me encanta.

Una noche después de ducharme estoy rebuscando en sus cajones pero al no ver lo que busco suelto un resoplido. Bruno que está en la cama leyendo un libro levanta la vista.

—¿Qué sucede?

—Creí que tenía unas bragas aquí pero resulta que no.

Me escanea las piernas y se acomoda sus lentes de pasta.

—Quédate sin braguitas. Sabes que no la necesitas cuando estás conmigo.

Ladeo mi cabeza con aire inocente.

—¿Y también para ir a trabajar mañana, Bubu?

—De eso nada.

—Te dije que si querías que me quedara contigo debía pasar buscando ropa, pero tú ni caso. Eres un tozudo. Todo es a tu manera, que si lo sabré yo. Ahora mañana me verán con la misma ropa de hoy y...

—¿Qué te dije de las discusiones dentro de la alcoba?

Dejo caer los hombros y suelto un suspiro.

—Que no te gustan.

—No te escucho. Acércate.

Se quita los lentes y los dobla cuidadosamente para ponerlos en la mesilla. Parece molesto pero un leve temblor en las comisuras de sus labios le delata. Intenta contenerse pero en sus ojos hay un brillo que no logra disimular. Me le acerco con la picardía calentándome la sangre.

—A ver, qué tenemos por aquí—me abre la toalla y como quien no quiere la cosa la dejo caer.

—¿Le gusta, profesor?

—Todo lo tuyo me encanta, señorita ¿acaso no se lo he dicho?

—No—contesto con aire caprichoso.

Su mano se deleita en mi piel mientras sus ojos se oscurecen.

—No mienta, señorita, eso no la ayudará con la materia.

—¿Voy muy malita?

—Fatal...—me recuesta con lentitud sobre la cama y me arroja con su cuerpo—Va a ser duro para usted...—musita besándome lentamente—muy muy duro. Se lo prometo.

Y pronto olvidamos de todo lo demás...

A Bruno esta semana se le han hecho una serie de nudos dolorosos en la espalda. Pobrecillo. Le doy un masaje en sus fuertes hombros y siento como se va deshaciendo bajo la presión de mis dedos. Lleva tanta responsabilidad encima dirigiendo la empresa de su familia, siendo padre. Y para colmo Gema y sus amarguras.

Y pensar que parecía tan frágil y se ha convertido en una piña debajo del brazo.

—He hablado con Rosario y pronto vuelve Migue a la casa hogar—estoy detrás de Bruno envolviendo su cintura con mis piernas mientras me enfrasco en su espalda—. Ella trata de parecer fuerte pero le ha afectado su ausencia. Sabes, es una persona muy sensible, pero por dentro. Los más sensibles son los que parecen más duros, Bubu, porque creen que protegerán mejor su corazón guardándolo bajo una coraza que entregándolo.

—Y tú eres de las que lo entrega.

—Me parece una tontería disimular algo que se puede leer en la mirada. Después de todo, siempre terminamos heridos cuando entregamos el corazón.

Bruno suspira de puro gusto.

—¿Te he dicho que tienes dedos mágicos?

Se me escapa una risilla alegre como el tintineo de una campanita.

—No voy a parar, cielo—aseguro feliz—. Rosario me dice lo mismo cuando. Le cuesta sonreír porque el peso de sus responsabilidades es mayor que el de las comodidades que le pudo dar la vida.

Dejo salir un largo suspiro nostálgico.

—Si tan solo se aplacara el dolor de sus várices...

Vuelvo a suspirar y la tristeza se desenvuelve dentro de mí, nada como saber que alguien que amo es infeliz para dejarme naufragar en la marea de la infelicidad. Mi ascendente piscis, como siempre, haciendo de las suyas.

—Se niega a operárselas. Y es tan cabezota... no quiere separarse ni un día de la casa hogar porque no confía que nadie pueda llevarla si no esté ella. Tiene un corazón enorme que no le cabe en el pecho, Bruno, ni te imaginas. Nadie se lo imagina. No la comprendan como yo... nadie la comprende como yo...

Bruno se gira y lanza la vista al cielo.

—Santo Dios, por qué no me sorprende.

Toma una esquina de la sábana y me seca las lágrimas y el moquillo.

—Ya veo que contigo hay que comprar como mínimo una tienda de pañuelos —me encojo de hombros con un puchero en la boca—Ven, lagrimita, apóyate en mí.

Pongo mi cabeza en su hombro y hallo fortaleza y solidez.

—Es un alma noble. Quien si no una, se preocuparía por niños que han sido abandonados por sus padres cuando su vientre estéril no le ha podido dar fruto de su sangre.

—Ha de ser duro. No podría imaginarme la vida sin mis hijos.

—¿Verdad que sí? —levanto la cara y dejo a Bruno pasar la sábana por mi mejilla nuevamente— Lo suficiente para borrar la dulzura de su carácter.

Bruno no dice nada pero sonrío muy lindo. Una sonrisa tierna parecida a la que reserva solo a sus hijos.

—Tienes una forma bonita de ver a las personas, Catalina. Dime ¿Qué ves cuando me miras?

No lo dudo ni por un momento.

—Solidez, responsabilidad, sacrificio. Un hombre completamente entregado a sus hijos. Un buen hombre.

Frunce los labios y termina de secarme con el borde de la sábana. Se ha vuelto pensativo y un tanto distante de pronto, aunque creo que forma parte de

su personalidad marcar distancia.

—Te agradezco que aceptes que vayamos lento—dice de pronto formal—. Después de tanto tiempo es importante para mí no forzar las cosas.

—No forzar a Gema, querrás decir. He notado que te presiona. ¿Es por eso que no quieres que lo nuestro se haga público?

—Es complicado... —baja la mano y sus ojos se clavan en mí, solemnes— Gema es la madre de Patty. Y la tuvo ya de avanzada edad, fue su única hija y se abocó a ella y a su marido. Siempre fue sobreprotectora y algo metiche, pero Patty la adoraba y le tenía la paciencia que se le tiene a las madres. Puede que demasiada. Así que yo también se la tuve... Y se la he tenido. Mientras te deje tranquila puedo soportarlo. Mientras no meta a mis hijos puedo entenderla.

—Pero todas esas cosas que dijo...

—Es una señora mayor, Catalina... tiene sus creencias desfasadas pero arraigadas. No tiene caso que te preocupes.

Puede engañar a mis ojos e incluso a mis oídos pero no a mi corazón.

—A ti te preocupa... y mucho. Lo siento aquí—señalo mi pecho.

Bruno se endereza y me mira. Con la espalda tesa y ese gesto suyo que usa cuando quiere ocultar algo.

—Estoy acostumbrado a solucionar todo rápidamente. Pero existen situaciones para las que las soluciones rápidas se vuelven inviables, Cata—explica—. Y eso me tensa.

Contenta porque se está abriendo a mí, me levanto de un brinco de la cama y me pongo su camisa del pijama.

—Si dices que no me preocupe pues listo, no lo haré, amor.

Con su camisa sobre mi cuerpo me miro en el espejo, la chica menuda con pinta de acabada de dar un revolcón me devuelve una sonrisa traviesa.

—¿De qué te ríes ahora?

Corro hasta él y me siento sobre sus piernas.

—Estoy feliz y te quiero.

—Hace cinco minutos llorabas como *Magdalena* y ahora estás como colibrí en primavera... —menea la cabeza como el que ve a un loco—por qué no me sorprende.

Encantada con él aprieto mis labios a los suyos con amor, pasión y mimo.

—¿Ahora por qué me pones pucheros?

—Es que me duelen las tripas.

Bruno suelta una risotada, tan impropia de él, que resulta maravillosa.

—¿Qué opinas de un par de huevos con tostadas?

—Pequeña, creo que comienzas a caerme bien. Sexo, masaje, cena...—chasquea la lengua y se deja caer en la cama como un rey listo para ser servido

—. Los huevos un poco flojos por favor, cariño, sabes que me gusta mojar el pan.

—Momentito... Tú cocinarás.

Tomo su pantalón y se lo tiro encima. Bruno me mira atónito.

—¿Segura?

Me planto con las manos en las caderas al estilo intimidatorio de Rosario

—De acuerdo, si quieres morir antes de los treinta...

Más tarde estoy mordisqueando una tostada quemada con un huevo insípido.

—Sabe bien.

—Cariño, metiste la mano en medio proceso y no permitiste que se carbonizara todo—muerde su tostada y hace una mueca—. Y ojo, no me estoy quejando. Creo que se te da bien lo de la cocina ¿verdad que sí?

—Bueno, ayudo a Rosario de cuando en cuando. Nada del otro mundo.

—Bien. Hay un pequeño curso de comida china este fin de semana ¿Qué te parecería hacerlo? No me molestaría comer algunas lumpias hechas en casa.

—Comida china... hecha en casa—repito con ilusión.

Bruno mete otro mordisco a su tostada sin darle mayor importancia a la frase. Mientras para mí lo significa todo.

—Ajá... esta parte quedó un poco salada ¿verdad?

Capítulo 30

—Tienes clientes.

Marcel se abanica con la comanda mientras corretea hacia la barra.

—Ve—dice Damián y hace un gesto con su cabeza—Estate atenta.

Son las tres de la tarde y hay pocas mesas. Por ello Damián aprovecha de entrenarme para el servicio. Rebusco mi comanda y bolígrafo en el mandil y quedo pasmada al llegar a la mesa.

—Catalina ¿cierto?

Gema me mira con sus ojos fríos como un trago de whisky en las rocas. Su vestido rosa viejo primorosamente planchado y sus manos cuidadas y arrugadas sobre la mesa, me hacen pensar en una monja de claustro.

Opto por la formalidad.

—Y usted señora, si mal no recuerdo se llama Gema. ¿Le gustaría algo para tomar?

—Me gustaría un té con una rueda de limón, por favor.

Lo apunto sintiéndome rara.

¿Esto es a propósito o es alguna rara coincidencia?

—De acuerdo, ¿desea ordenar algo más?

—He venido a hablar contigo.

—Bueno, me temo que yo no estoy en el menú—bromeo guardándome el bolígrafo en el mandil. Y aparece su mirada reprobadora.

Ansiosa porque me vaya hacer un numerito en el restaurante, digo:

—Ay señora sé que no le caigo bien, por favor. Ahórreme problemas que estoy en el trabajo. Y aunque no lo crea, soy una muchacha decente y trabajadora.

—Me doy cuenta de ello—de pronto me sorprende cuando toma mi mano y dice en tono amable—. Lamento haberte hecho sentir mal con mi reacción desmedida, Catalina. No suelo ser así pero no estaba preparada para conocerte en condiciones tan... inusuales—agrega con aire digno—Te pido disculpas, si estás dispuesta a dárme las.

—Claro Doña, no se preocupe. Yo entiendo lo que es que a una se le vaya la lengua sin querer. Y ni se imaginaría la de veces que he tenido que pedir las.

—No sabes el peso que me acabas de quitar de encima, Catalina. Mi hija Patricia, Dios la tenga en la gloria, me habría jalado las orejas si hubiera visto la forma desalmada en que te traté. Era tan propia y bondadosa con todos, incluso sin merecerlo.

—Bueno, todo estuvo un poco raro ¿cierto? Me alegra que hayamos podido

aclararlo. Me crispa estar de las malas con la gente. Prefiero la amistad. Siempre he sentido que no está de más esparcir un poco de miel en el mundo.

La sonrisa de Gema se expande.

—Qué bonita manera de pensar tienes hija. Entonces seamos amigas.

Acomodo con cuidado las galletitas en el borde del platito junto al sobre del té mientras tarareo una dulce melodía.

—¿Quién es la vieja?

Mi corazón da un bote y casi me echo el agua caliente encima.

—¡Mal! casi me matas del susto.

—Te hice una pregunta y espero una respuesta ¿quien es la vieja distinguida con la que estabas conversando? Parece sacada de un figurín para adulto mayor con ese broche de oro con brillantes.

—Está precioso ¿cierto? Nunca había visto un labrado igual, sin duda tiene gustos refinados y... —Marcel se cruza de brazos y entorna la mirada—Es la ex suegra de Bruno. Vino a verme.

Pone los ojos como platos.

—¿La que te tildó de engendro del demonio y te confinó al infierno?

Me echo a reír por su cara de drama. Es como si le hubiese dicho que un zombi *come cerebros* viene tras de mí. Acomodo la taza en el plato.

—Ha cambiado su forma de pensar, Marcel. Y quiere ser mi amiga.

—¿Así de la noche a la mañana? ¿No te da *tufó* de algo raro?

Le pongo mi mano en la mejilla con cariño divertida por su suspicacia.

—Es una buena persona. Su corazón no le permite ser injusta y rectificó. Eso es lo que pasa.

—*Santa Catalina de mis amores*, no todos somos como tú, creme. Algunos llevamos cianuro en vez de sangre.

—Eres un alma buena y un gran amigo y te superquiero.

Exhala un largo suspiro y me abre paso.

—Vale, no puedo contigo cuando me sacas la artillería pesada... y yo te quiero más.

—Ma, ¡qué haces allí trepada a ver si te desparramas!

Rosario ni se inmuta y montada en esa escalera larga, no sé como logra mantener su peso.

—Bah, muchacha sé lo que hago.

Saca un retazo y ata de forma experta una rama rebelde de la planta de *trinitarias* a la rejilla sobre la puerta de entrada de la casa hogar.

—Qué bonito te ha quedado, de verdad que sí—digo admirando su trabajo—. Un precioso techo de flores.

—Y dime, a qué se debe tu visita. Últimamente te haces cara de ver—saca otro retazo y domina otra rama con facilidad mientras me acerco a la escalera para sostenerla—. Pensé que se te olvidó el camino a casa.

—Oh como dices eso, lo que pasa es que ando ocupada. Me entrenan en el restaurante y debo aprenderme todos los platillos, bebidas y postres. Además estoy haciendo cursos. Este fin hice uno de comida china y te traje unas lumpias. Me la pasé bien. Bruno me dijo que todo me quedó muy rico—añado sonriente—. Se dio un atracón de arroz chino anoche y si no es porque oculté estas lumpias, te quedas sin probarlas... ma...

Rosario gira la cabeza y me clava su mirada.

—¿Por qué me ves así?—pregunto con la mano en el pecho asustada por su mirada feroz.

—¿Te refieres al hermano mayor del presidente? Bruno Petroni. ¿A ese Bruno? ¿Te estás viendo con ese hombre, Catalina?

—Eh... ¿Qué... quién...?

—Con el que estabas anoche, el que se comió el arroz—repito con frialdad.

—¿Arroz?—miro a mi alrededor buscando una manera de escapar ilesa. Lo último que quiero es contarle a Rosario lo que tengo con Bruno— Pff... ¿has visto los bonitos dibujos que hace Rubencito? Los ha colgado en Facebook. Habrá que meterle en un curso de diseño, yo sé de uno muy bueno, aunque no me gustó para mí. Hay que pegarse de la pantalla del ordenador como una mosca. Será mejor que se lo diga ahora antes que se me olvide y así aprovecha la plaza ¿no crees?. Ya vuelvo.

Escapo como cobarde.

No suelo mentirle a Rosario pero desde que descubrí en mi adolescencia lo peligrosa y controladora que podía ser para protegerme sigo una norma. Solo una.

Nunca contarle de mis novios.

Y la he seguido, aunque hace meses tuve un desliz desafortunado, me encapriché de un chico llamado Leo que tenía juntas muy peligrosas con terribles consecuencias tanto para mí como para mis amigos.

Y desde ese día Rosario me tiene el ojo puesto.

Después de comer y conversar con los más grandes me voy un rato bajo la mata de mango a conversar con los más pequeños.

—Es divertido y muy dinámico. Para ser meseros hay que estar super pendientes y correr de aquí para allá pero llevando cientos de platos como malabarista. Si vieran como hacen malabares increíbles y no se cae ni una miga

de pan—digo con mi vena de cuentacuentos—. Todo llega intacto a la mesa, los mejores manjares del mundo. A veces llegan tantas personas al restaurante que tenemos incluso que usar otras partes de nuestro cuerpo para llevar los vasos, imagínense ¡como la nariz y en las orejas!

Los niños rompen en carcajadas.

—Juro que es cien por ciento la *puritita* verdad.

—Dijiste que bateaste una bola que llegó al supermercado de la esquina...— rebate Juan, un morenito de nueve años—y no salió del patio.

—Y la otra que le pegó a un globo aerostático solo se quedó atorada en el techo—añade Romancito, de diez años.

—Todo es completamente cierto—pongo mi mano sobre el corazón con aire solemne—. Palabra de *chica scout*.

—Cállate la jeta, muchacha, jamás fuiste exploradora—me corta Rosario y aletea las manos como alejando moscas—. Ya está bien de *cuentos chinos*, despídanse de Catalina y cepíllense los dientes. Tienen cinco y contando.

—Sí señora—responden al unísono y se van derechitos como pequeños soldaditos.

—Y no quiero ni una gota de agua en el piso del baño.

Levanto la vista y miro a Rosario toda gesto hosco, última palabra y manos en las caderas.

—Tuve una amiga exploradora, ¿recuerdas a Susi? Venía con su linda pañoleta verde y naranja y me enseñaba a hacer nudos y esas cosas—sonrío recordando todas las travesuras que me inventaba con lo que Susi me enseñaba. Qué buenos momentos—Ahh... Desde ese día me volví exploradora de corazón.

—¿Te quedarás esta noche Catalina?

—Sí mamita, claro, los extraño a todos. Ustedes son mi familia ya lo sabes.

—Bien—contesta sin cambiar su gesto grave—. Que Miguel te dé su cama.

—Y él ¿donde dormirá?

—Me da igual.

—¿Sigues enojada con él?

—¿Enojada? —mastica la palabra.

Y su mirada se pierden en las paredes de la casa hogar. Paredes impecables pintadas de verde esmeralda, como hace décadas. Rosario siempre pensando en la economía de recursos. Las plantas, la higiene, el orden y la disciplina son su fuerte. Quizá por ser hija de un militar y una enfermera sea su naturaleza el cuidado, el orden y la austeridad.

—Una espera por lo menos influir de manera positiva en esos chicos, formar carácter.

—Estoy segura que Migue no recaerá.

—Pero puede pasar... —exhala abatida—El peso de los años se siente cada vez más.

Me levanto de un brinco y cuando voy a abrazarla me detiene.

—Sacúdete, estás toda llena de tierra. Nunca entenderé esa manía tuya de tirarte en el piso como alfombra y terminar llena de polvo.

Haciendo caso omiso a su reticencia, la abrazo.

—No te preocupes, todo estará bien.

Le doy suaves golpecitos en la espalda y Rosario exhala de nuevo.

—Bueno... supongo que me ensuciaste.

Vuelvo a recibir una visita de Gema y como es mi hora de descanso le pido que vayamos a la placita cercana para conversar.

—¿Y qué tal le ha ido, señora? —pregunto sacando mi vianda de la mochila. Gema se sienta a mi lado, no se le ve buena cara—¿Le pasa algo?

—Un dolorcito de cabeza, hija. Achaques de la edad.

—Ah... ¿quiere un poco de té frío? Es mi favorito—le ofrezco el termo.

—No, gracias, estoy bien—juguetea con los botones de su blusa de seda.

Esta vez no lleva un broche lujoso, solo una blusa verde y un pantalón que, aunque son lujosos, no quedan bien juntos.

—Necesitaba salir y conversar con alguien. Estoy tan sola...

Paro de comer y la veo. Está muy afligida.

—¿Sabes Catalina? El mayor orgullo de una madre es su hijo. Y lo peor de la vida es perderlo. Tan pequeño y cálido de pronto crece y desaparece...

—Lo siento.

—Sí... es de sentirlo. Y todos continúan su vida como si nada. Como si no hubiese existido. ¿No te parece injusto? Hoy está nublado.

Levanto la vista al cielo. Precioso, completamente despejado y luminoso. ¿De qué demonios está hablando?

—Bruno nunca mencionó que salía contigo.

Con un gran trozo de sándwich a medio masticar contesto:

—Es que es muy reservado. Es como una caja fuerte, hay que saber la combinación para que se abra.

—Sí... Y tú le conoces mucho ¿cierto?

—Bueno, no tanto como quisiera—digo de buen humor—pero allí voy. *Piano, piano, como dicen los italianos.*

Tomo un trago largo de mi bebida y procedo a otro buen mordisco. Las palomas andan por la plaza a sus anchas y si se acerca la gente abren sus alas y se alejan temerosas de nuestro contacto. Veo unos viejitos sentados jugando al ajedrez, niños de la mano de sus padres y ardillas en los árboles nerviosas con

nuestra presencia.

—Qué curioso... —susurra Gema para sí—realmente curioso...

—¿Qué es curioso?

—Estaba pensando algo pero... —me mira mortificada y suspira—No, no sería apropiado decírtelo, aunque seamos amigas.

—Si somos amigas no hay rollo, vieja, dime lo que quieras—añado con sonrisa amable.

—Es que estaba pensando que Bruno fue muy diferente con mi hija.

—¿Ah sí?

Me mira seria.

—Sí.

Meto otro mordisco y Gema se entretiene viendo a la gente pasar.

—¿Diferente cómo?

Gema junta sus manos sobre el regazo y se pone pensativa.

—La primera vez que vi a Bruno con mi hija fue un soplo de aire fresco. Una como madre siempre le preocupa que le rompan el corazón a sus hijos. Pero nunca fue así con Bruno. Desde un primer momento solo tenía ojos para Patty. Era obvio, no podía estar más enamorado. Como almas gemelas.

Guardo medio sándwich. El sabor amargo por la dulce historia de amor me ha dejado un gusto a envidia. Pero Gema parece entusiasmada de pronto por la oportunidad de recordar a su hija de esa manera.

—Nombrar a Patty era nombrar a Bruno. Y viceversa... —continúa y sus ojos se iluminan—fueron días de locura. Cuando no estaban juntos la llamaba a todas horas y en menos de tres meses ya estaban casados. *De velo y corona*, Patty parecía una princesa de cuento—deja escapar un largo suspiro—. Oh mira, aquí tengo su foto. ¿Acaso no es hermosa mi niña?

Como idiota veo la foto que ha sacado de la cartera y admira con absoluta devoción. Patricia...

Piel perfecta, ojos verdes increíbles, sonrisa fantástica.

Digna de amar...

Y de odiar...

—Era preciosa. Ya he visto su foto, señora.

—Por supuesto, Bruno tiene fotos de ella por toda la casa ¿verdad? Tiene tantas...

Algo dentro de mí se inquieta, un pensamiento oculto en mi cabeza como un ratoncito asustado.

—Es cierto—musito sin darme cuenta.

—Dice que es por los niños para que conozcan a su mamá, pero, si te soy sincera, Catalina. No lo creo. Qué van a saber esas criaturas cuando nunca la

vieron. En cambio Bruno... Podemos olvidar al amor de nuestras vidas alguna vez... Ay hija, no lo creo.

Sus palabras son dardos envenenadas que han dado en el blanco. Herida, frente a la madre de la que fue mi rival, me levanto con un sentido de urgencia.

—Yo... tengo que irme.

—Hija, ¿te incomodé con lo que dije? No sabes cuanto lo siento.

—No... —trago saliva y hago un esfuerzo por sonreír—Ya es mi hora.

—Bueno me quedo aquí a mirar las palomas. Nos vemos otro día, Catalina.— dice.

Y su rostro se ve luminoso y soñador mientras yo nado en las sombras de la duda.

Paso por la entrada posterior del restaurante e ingreso al área de los casilleros. Saco mi mandil y me lo pongo. Reviso en el bolsillo la comanda y el lapicero sintiendo una opresión tremenda en el pecho que me impide respirar. Me llevo la mano al corazón.

¿Está herido? ¿Es lo que me pasa?

Siento como si se estuviera desmoronando.

Damián se acerca y me toca el hombro.

—Hey, ¿qué tienes, preciosa?

Sentir una mano amiga me quiebra y de pronto me llevo las manos a la cara y me echo a llorar.

—¿Qué le pasa a Cata?—pregunta Sergio alarmado al verme en brazos de Damián. Pronto los dos intentan calmarme con palabras dulces y mimos. Pero estoy realmente triste.

De pronto se escucha la voz de Minerva, la pelirroja.

—Están entrando clientes—añade con cierto tonillo—. Más les vale que salgan y los atiendan o Marcel los dejará sin mesa.

Damián y Sergio se miran entre si.

—Estaré bien, vayan—digo limpiándome el moquillo.

—Les tomaré el pedido a tus mesas, preciosa—añade Sergio acunándome la mejilla.

—Ponte linda—dice Damián y me da un beso rápido en la otra mejilla.

Y los dos se van corriendo al área de servicio. El deber les llama. Sin embargo Minerva se queda plantada mirándome con asco.

—¿Tú porqué me miras así?. Estarás feliz ahora que me ves llorar ¿no? No creas que no me he dado cuenta de que eres tú la que le echa picante a mi comida a escondidas ¿O lo negarás como negaste que me echaste algo en la bebida el día de la disco?

Minerva sonríe con desfachatez.

—Me encant o hacerte eso. Ya que nos quitamos las máscaras te dir  que no me gustan las chicas fáciles como t , revoloteando como mariposita de aquí para all . Y me alegra que la vida te trate como mierda.

— Me importa un pito lo que pienses de mí!

Lo que me faltaba. Me siento como una bolsa de basura rota bajo un aguacero y esta viene a mearme encima. Cierro el casillero de un portazo.

—Siempre llamando la atención de todos—continúa con saña señalándome —, siempre queriendo ser la simpática del grupo, rob ndose el show y riéndose de todos los que sí tenemos que jodernos en la vida para alcanzar las cosas.

—Si no tienes amigos no es mi culpa, Minerva. Asume de una buena vez que tal vez los tendrías si sonrieras más  y no actuaras como una amargada a quien le han metido un poste por el culo!

—No te hagas la santa que no te queda. S  que te revuelcas con todos los de aquí. Empezando por Marcel y terminando por Damián—se pone roja de furia —.  Y te dije que me gustaba, perra!

Doy dos pasos hacia ella y quedamos frente a frente mirándola sin poder dar crédito a lo que dice.

 En qué maldito mundo vive?

— Me quieres decir que toda esta rabia que me tienes y todo este mal rato que me haces pasar, es porque crees que tengo algo con Damián! —grito completamente deschavetada.

Minerva levanta la barbilla con dignidad.

—S  que tienes algo con Damián.

— Eres una bestia!

Le meto un empujón que la hace trastabillar y como un toro furioso no tarda en devolv rmelo.

— Putas!

— Simplona!

Con la sangre a mill n y el corazón disparado nos batimos a cachetadas y nos tiramos de los pelos. Hasta que entran dos chicos de cocina y nos separan. Se la llevan a rastras, es la encargada de los platos salteados y debe sacar unos pedidos.

Se va resollando como toro en plaza.

Yo quedo sola en el casillero rumiando mi furia y mi dolor.

 Este día se acaba de ir a la mierda!

Me apoyo en el casillero, cierro los ojos e intento calmarme. No lo logro. Estoy demasiado atacada.

 Pinche pelirroja!

Lamo una gota de sangre que se me asoma por la comisura de la boca.

Pinche sangrona... Ojalá que la arrolle un camión. No, un tren...

Un muy largo tren.

De repente escucho gritos agónicos provenientes de la cocina y, asustada, salgo disparada hacia allá. Cuando me acerco veo a Minerva pálida sosteniendo un filoso cuchillo ensangrentado. Su rostro horrorizado.

Me mareo.

Dos de sus dedos le cuelgan de la otra mano de donde salen sendos chorros de sangre. Mientras los otros cocineros gritan aterrados me doy cuenta que no es momento de vomitar.

Olvidando mis escrúpulos por la sangre, su antipatía y de que me acaba de patear el culo en los casilleros. Vuelo hasta a ella, tomo un trapo limpio y le envuelvo la mano con cuidado asegurándome de mantener la suficiente presión para detener la hemorragia y que no se desprendan los dedos.

Ella me mira con cara de muerta.

Está en shock.

Yo la miro.

A decir verdad ni sé cómo carajos me mantengo en pie y soluciono. Pero lo hago. Y como un rayo movilizo a dos chicos y a la administradora para encontrar un taxi y llevarla urgencias. Voy con ellos. En el hospital hablo con los enfermeros que la reciben y les explico todo con pelos y señas.

Estoy en automático.

Ellos vuelan. Es una herida terrible que hay que atender de inmediato. Cuando me quedo de pie en la sala de espera siento frío y tengo el corazón martillándome en los oídos. Veo a la administradora del restaurante que está a mi lado abstraída en mí.

¿Por qué me mira la camisa?

Bajo la vista y...

Sangre

Todo se desvanece...

Capítulo 31

Un movimiento me despierta.

Abro los ojos y me encuentro frente al pequeño rostro de Brayan.

—Cata ¿qué te pasó?

El rostro de Benji no tarda de aparecer ante mis ojos y poniendo su manita en mi mejilla dice con candor:

—No te mueras Cata, eres buena mamá.

Su comentario me sorprende y pestañeo. Estoy un poco perdida.

Hasta que veo que estoy en una cama de hospital y los niños sobre mí.

—No... solo me desmayé—digo con la boca seca.

—¿Te destayaste? ¿que es destayar?

—*Desmayar*, Brayan, es caer dormido un rato—explica Bruno que está al lado de la cama—. Vamos, déjenla respirar, muchachos, sino los bajo de la cama.

—Sí, papá—contestan los dos y se sientan derechitos.

Cuando quieren son unos niños bien portados. Les tomo sus manitas y se las beso con amor.

—Son buenos niños y los quiero—susurro.

—Yo te quiero más—dice Benji amoroso.

—Yo te quiero mucho más—compite Brayan.

Benji arruga la cara y explota.

—¡Cara de marrano mentiroso, papá la quiere más que tú!

—Benji—le riñe Bruno.

—Noo—Brayan hace caras feas a su hermano—, cara de lagarto mohoso.

Vaya, ya empezaron los gruñoncitos con sus insultos disparatados. Y siguen con su dime que yo te digo hasta que Benji se pone completamente rojo y apretado puños grita:

—Papá la quiere ¡Se dan besos en la boca como los esposos y duermen en la misma cama!

—Ay Dios—me llevo la mano a la boca, atónita.

La cara de Bruno es un poema. Sus hijos saben más de lo que creíamos.

—Ustedes...—Bruno carraspea, incómodo—¿Nos han visto dormir juntos?

Los niños se ven las caras. Su papá está serio y saben lo que eso significa. Olvidando su rivalidad perenne se toman de las manitas y se vuelven uno.

—Sí, papá—dice Brayan con la solemnidad que solo un niño de seis años puede tener—, sabemos que te da miedo dormir solito y Cata te acompaña para que no vengan los monstruos de la noche. Pero no se lo decimos a nadie. Es secreto.

Continúa Benji:

—Y sonrías mucho y le das muchos besitos. No nos ponemos bravos porque la quieres, papá. Nosotros le damos besitos, pero en la mejilla papá, para los niños en la mejilla, no en la boca.

¿Acaso no son lo más adorable del mundo?

Bruno quien se ha puesto rojo como tomate no le queda otra que sonreír.

—Bueno, no tiene caso que lo neguemos—dice tomando mi mano—. Estos dos ya nos cogieron la medida.

Antes de salir del Hospital quiero saber el estado de Minerva. Nos dicen que la tienen en quirófano y al escuchar esa palabra me entra una intranquilidad en el cuerpo que me impide quedarme quieta. Camino por la sala de espera como loca soltando cada disparate que me pasa por la cabeza mientras las lágrimas corren por mis mejillas.

—Ay Virgencita de los desamparados. Va a perder los deditos uno a uno... Ay pobrecita, va quedar mochita... mochita y frentona semejante maldición...

Me entra un ataque de risa.

Todos me quedan mirando pero no me importa, estoy chalada.

Bruno intenta calmarme, sobre todo porque no hago más que decir sandeces y poner nerviosos a los presentes, pero no da pie con bola. Tan pronto río como maniática de culebrón como lloro como en un funeral. Los mellizos se contagian de mi llanto. Quisiera ahorrarles el trauma pero no puedo parar, creo que estoy en shock. Finalmente una enfermera se apiada de Bruno y me inyecta un calmante.

Bruno me lleva a casa. Entre el calmante y las manitas de mis pequeñines acariciándome el cabello caigo dormida.

¡Espéranos mamá!

Gritan mis monstruitos corriendo tras de mí.

Acelero mi bici levantando el polvo. El polvo me envuelve mágicamente.

Amarillo, rosado, tornasol, verde... etéreo...

Ondula y baila en el aire transmutándose en mariposas multicolores subiendo en espiral hasta las nubes.

Las mariposas resplandecen, me arropan y yo río feliz. ¿Existe algo mejor que volar en bicicleta con mariposas de colores?

La bici desaparece.

A mi lado está Bruno.

Me abraza, me besa y repite una y otra vez:

Siempre estaremos juntos, mi vida. Eres mi amor. Nada podrá separarnos.

Le acaricio el rostro. Pero mis manos no son mis manos. Son más blancas, pecosas.

Me sobresalto.

Veó mi reflejo en el charco y resplandece otro rostro.

El de Patty.

Me asusto. Todo me da vueltas. Tropiezo y caigo sobre el charco que me baña entera y no es lodo.

Es sangre.

¿No es hermosa mi niña?

Me despierto de golpe. Levanto las manos ante mis ojos presa de una horrible sensación.

—Son mías... mías.

Capítulo 32

—Duerme, cariño. Has pasado mala noche.

—No. No puedo dormir. No.

—Cuidado con los niños.

Por un momento no sé de qué me habla la habitación está a oscuras. Hasta que veo a los niños durmiendo a pierna suelta con sus pijamas de muñequitos.

—¿Durmieron con nosotros?

Bruno se sienta en la cama y se estruja la cara.

—Estaban preocupados por ti y no querían dejarte sola. Se asustaron cuando te vieron así.

Les miro con el más profundo cariño en mi corazón.

—Son unos tiernos.

Bruno se acerca a mí viéndome largamente.

—Yo también me asusté... ¿Estás bien?

Se me hace un nudo en la garganta que me impide contestar. Todo es tan confuso. Bruno lleva su mano a mi nuca y apoya mi cabeza en su hombro. Hallo su cuerpo sólido y confiable como una roca en medio de la tormenta.

—No me extraña que sigas impactada por lo que pasó. Pero estuviste a la altura. Lo que hiciste fue increíble. Le salvaste la mano a esa chica... El curso de paramédico valió la pena ¿eh?

Levanto mi cara pálida en el acto.

—Ni me lo recuerdes.

Se ríe de mi reacción y me da un buen apapacho.

—Cuento con una superheroína que me mantendrá a salvo. Ven, desayunemos—toma mi mano y me lleva hacia la puerta—Vayamos por algo calentito para calentar a tu estomaguito.

Me paro de golpe y le veo, incrédula.

—Tú ¿canturreando? Debo de estar soñando.

Enlaza sus dedos a los míos mientras me dejo llevar por él. Y me doy cuenta que es de día.

En la cocina donde se encuentra Gertrudis preparando el desayuno. Al mirarnos tomados de la mano, sonrío como suelen hacerlo las señoras mayores cuando saben mucho pero eligen callar. Nos sentamos a la mesa y nos sirve el desayuno.

Cachapa, queso y jugo de naranja.

—¿Qué hora es? —pregunto antes de meterme a la boca un gran trozo la

tortita de maíz dulce y maravillosa.

—La diez y media, Cata—contesta Ger.

Dejo caer el tenedor, conmocionada.

—¡Las diez y media! Te quedaste dormido, Bruno. Apúrate, llegarás tarde.

Bruno ni se inmuta. Continúa masticando como si nada mientras siento que me dará un ataque. Bruno es el hombre más responsable y puntual que existe en el mundo.

—Tendría que ir ¿cierto? —dice ondeando el tenedor—Sería lo apropiado siendo lo tieso que soy ¿no es cierto Catalina? —toma la servilleta extendida en su regazo y se limpia la boca—A veces me pregunto si te aburre que sea tan predecible. Y si te gustaría que en cambio fuese más ¿extremo?

—¿Qué..? Oh... Si te refieres al sexo por mi está bien—se me sale y escucho la sorpresa muda de Gertrudis—Lo siento, Ger, olvidé que estabas aquí.

—Creo que Ger ya tiene la suficiente edad como para imaginarse lo que tú y yo hacemos en la cama—dice regodeándose en la malicia.

La pobre Ger no haya donde meterse y yo estoy más que sorprendida de su desfachatez. Sé que es un perverso, pero solo en la intimidad.

—Dime si quieres probar cosas nuevas—levanta las cejas y se pasa la lengua por los dientes—. Estoy dispuesto a complacerte hoy mismo, cariño.

Confundida frunzo el ceño. No se atrevería con los niños en casa.

Le echo un vistazo a Ger que está ruborizada.

—Bueno yo...

—Está decidido. Levántate y quítate esa ropa... vas tardando—me toma del brazo y me lleva por las escaleras.

—¿Estás loco? ¿Qué se te metió?

—Haré algo que no he hecho desde hace doce años... Echarme el día—en un gesto relajado me envuelve en sus brazos y me besa el pelo—Nos echaremos el día juntos como familia ¿qué te parece?

Levanto la mirada y encuentro su sonrisa. El gesto proviniendo de él me entenece hasta lo más profundo.

—Es una idea maravillosa.

Capítulo 33

Bruno me ha traído a un parque de diversiones extremo.

Carting, muro de escalar, tirolina y múltiples canchas deportivas es lo que logro ver a simple vista. Me entra un subidón en el cuerpo tan tremendo que sin pensármelo me guindo su cuello y le doy un beso de tornillo que me calienta hasta el alma.

Al separar mis labios de los suyos suspiro como colegiala.

Él y yo solos en este...

Los mellizos nos miran fijamente con ojos muy abiertos.

Ay madre, ay madrecita santa...

¿Por qué será que no me las pienso?

—Lo siento...

Bruno aparta mis brazos con delicadeza pero sin dirigirme la palabra y se agacha al nivel de sus hijos que continúan mirándonos con curiosidad.

—Aquí están buscando a dos intrépidos pilotos de carrera. Los más ágiles y con nervios de acero ¿Quieren manejar increíbles autos?

—¡Sí, papá!—gritan dando brincos de emoción.

Señala la pista de minigokarts que está a unos pocos metros.

—Corran hasta allá. El señor les dará unos cascos y les dirá lo que tienen que hacer. Rápido, vayan.

Los niños salen disparados como balines. Bruno se levanta en silencio y se limpia los restos de labial con un pañuelo que ha sacado de su vaquero.

—Eso que hiciste... —niega con la cabeza—No soy un adolescente para estarme dando lotes contigo en cada esquina. Entiéndelo—a pesar del tono bajo que usa se siente en ella una fiereza demoledora—. Te llevo quince años. ¿Tienes idea del espectáculo que acabamos de dar?

Devuelve el pañuelo a su lugar apretando la mandíbula.

—No me importa lo que piensa nadie—declaro apasionada—. Solo quiero estar contigo.

—Déjalo. Llevemos la fiesta en paz.

Malhumorado camina hasta los mini go karts donde habla con el encargado y supervisa que los cascos de los niños estén bien puestos, los cinturones ajustados y que los niños sepan lo que van a hacer.

Voy detrás de él sintiéndome como perrito sin dueño.

Ha sido un beso. Un beso. Con lengua sí, pero nada morbosos. Me jode que lo saque de proporción.

¿Habrá sido tan mojigato también con su perfectísima Patty?

No, seguro que no.

Apuesto a que con ella sí se daba lotes de locura.

Claro, la amaba.

No puedo evitar el sentimiento mezquino que se desenrosca en mi pecho. Y una mueca se me escapa al darme cuenta que no piensa en la edad cuando estamos en la cama.

Jodido descarado...

Me pongo a metros de él, refunfuñando.

Los niños son felices intentando avanzar en los go cart pero chocando a cada tres por dos. Eso los hace chillar de alegría. Que alborotados son... Sonríe al verlos. Sus ojos claros y almendrados, mejillas rojas y...

Se parecen mucho a la difunta.

Suspiro. En fin.

Miro mis manos. Son pequeñas y delgadas y me alegra ver mis uñas con el esmalte rosa chicle que tanto me gusta.

Escucho un silbido y veo a Bruno mirándome a lo lejos apoyado del barandal.

—¿Qué? —respondo de mala gana.

Con sus labios forma un *ven* silencioso. Yo le respondo con una mueca muy parecida a la que usan los mellizos al pelear. Él sonrío y se le achinan los ojos de esa manera tan sexy que tiene.

Desvió la mirada hacia otro lado y me cruzo de brazos. No. No voy a caer.

Al instante la mano de Bruno está en mi espalda y sube por mi cuello. Al sentir su contacto algo inquietante se mueve dentro de mí. Una bestia de tres cabezas. Miedo, enojo y confusión ruge llevándome a las lágrimas.

—Nena. Perdona ¿si?—pasa su mano por mi mejilla en una caricia sutil—. He sido un bruto al tratarte así sabiendo lo sensible que estás en este momento.

—Suéltame. No quiero abochornarte.

Bruno deja caer sus manos mirándome con gravedad.

—Esas no fueron mis palabras, Cata.

—Fue lo que sentí—me paso la mano por mi mejilla sintiendo una profunda desesperanza—. Que lo nuestro te avergüenza.

—No es así, cariño. Entiéndeme. No me crucifiques por una tonta reacción.

—Lo que dices siempre pasa primero por tu cabeza como yo digo solo lo que sale de mi corazón. No soy tu amor, Bruno, lo acepto—digo desgarrada por la verdad—. Y si no quieres que te bese en público, no lo hago. No te pondré un dedo encima. ¡Pero tú tampoco me lo pondrás!

Me alejo pisando firme dejando a un Bruno desconcertado. Llego al carting donde me pongo un casco y me monto en un coche. Necesito algo de adrenalina

para escapar de este tremendo bajón. El chico me pone el cinturón y me explica brevemente el mecanismo, pero me vale. Estoy muy distraída. Pensamientos extraños cruzan por mi mente entremezclados con sentimientos de todo tipo. Amor, ira, resentimiento, dolor, felicidad, miedo... Es como estar en lo profundo del mar siendo jalada por un torbellino violento.

¿Qué me sucede? ¿Por qué estoy tan alterada?

Soy la margarita a la que le arrancaron las hojas. Me quiere... no me quiere... Y al final no consigue la respuesta.

¿Podemos olvidar al amor de nuestras vidas?

Aprieto con fuerza el acelerador y doy una curva. El ligero coche da el máximo y ráfagas golpean mi cuerpo.

No lo sé... ¿se puede?

Meto palanca y mis uñas se clavan en el pequeño volante mientras continúo el circuito sumida en una marejada de confusión.

He querido muchas veces. Me he encaprichado otras. Pero ¿acaso he amado realmente? ¿Lo he hecho? O solo han sido fantasías.

Ahora que estoy con Bruno y siento de esta manera, profunda y ancha, caigo en cuenta que no sabía lo que era el amor. No entendía lo que era la pasión.

No tenía ni idea.

Bruno se me acerca a la salida del carting.

—Te he pedido una gaseosa.

Tomo el envase y chupo por el popote sin dirigirle ni una mirada.

—Gracias.

—¿Te gustó el circuito, cariño?—pregunta tanteando el terreno.

—Estuvo bien—contesto con frialdad.

Me mira largo y tendido y la tensión entre nosotros se puede cortar con un cuchillo.

—Cata...

Le dejo con la palabra en la boca. No quiero oír sus jodidos razonamientos, simplemente quiero que me deje estar. Me acerco a los niños que están pletóricos de felicidad chupando por sus popotes.

—Hola, mis *Rayos McQueen* ¿Donde está la copa Pistón?—entorno los ojos y ladeo la cabeza—La tienen escondida en el bolsillo ¿cierto?

Los niños estallan en risas por mi ocurrencia y les despeino el pelo con cariño antes que empiecen a brincar como cabritas locas.

—Demasiada azúcar—dice Bruno alcanzándome—. Será mejor que vayamos a las canchas para quemarla o llegarán brincado a la luna.

Intenta cogeme de la cintura pero me escabullo. Alcanzo a los niños

manteniéndole a raya.

Una vez en la cancha de futbol nos correteamos por el césped y hago algo de gimnasia que se me da bien, algunas volteretas y la estrella. Los niños chillan emocionados e intentan imitarme soltando risotadas y cayendo duro contra el césped.

Entonces Bruno llega con un balón que ha conseguido y comienza a hacerles pases a los mellizos. No tenía idea de que supiera manejar el balón.

Me muerdo el labio. Se le ve fantástico con ese tamaño que tiene, en franela, vaqueros y jugando futbol con sus hijos. Me entran las ganas de correr hasta él y meterle otro beso de tornillo.

Y de inmediato pienso en el Armagedón que vendrá después y se me enfría el cuerpo.

Llego hasta la banca donde hemos dejado las gaseosas y cuando le doy un chupi escucho una voz conocida detrás de mí.

—Que me corten en tiritas y me echen al sartén si este cuerpo que estoy viendo no es el de mi superamiga Catalina Expósito.

Me volteo y me encuentro con mi ex equipo de softbol. Comienzo a dar brinquitos de emoción.

—Chicas, por Dios, por Dios, por Dios.

Demasiadas chicas. Demasiado estrógeno.

—¿Qué hacen aquí? —soy abrazada y besada por todas—Este sitio es super carísimo.

—Eso a mí no me para, Cata—añade Carola con suficiencia—. Hoy me dije me llevo a mis amigas de paseo y heme aquí. Pero tú... oh tú... pícara. Dinos ¿quién es ese bombón con el que jugabas... —saca la lengua en un gesto pícaro — *a la pelota?*

—Sí Cata, ya sabemos que andas desaparecida y te olvidas de tus amigas que te quieren... —comenta Mariana—pero niña por un par de pantalones como esos me olvido hasta de mi nombre.

Me río encantada.

—Esta buenísimo mi novio ¿verdad?

—Dicen que de lo bueno poco. Pero con este se excedieron—añade Yolanda dándole una buena escaneada—. ¿Cómo haces para llegarle? Te buscas una escalera y... *lo escalas*

—Sí, amiga está cañón—comenta Carola soñadora—. Se da un airecito a *Cristhian Grey* ¿cierto chicas?

—Dirás a la Momia—suelta Mónica con retintín—, porque se ve mayor que tú.

—¡Cállate Mónica!—le riñe Yolanda—Estás envidiosa de que Cata se levante

a semejante ricura de hombre, ¿qué te has levantado tú? Puro *Shrek*. Y más con esas patas de pollo que te gastas. Ya quisieras tú tener las piernas de Catalina y su simpatía para que un hombre como él se fijara en ti. ¡Patas de pollo!

—¡No tengo patas de pollo!

—Sí las tienes. Y son horribles.

—Métete en un gimnasio y saca músculo para que te dejes de ser idiota. Qué culpa tiene ella de ser linda y simpática mientras tú pareces la novia de *Chucky* con patas de... ¡Saltamontes!

Agobiada por la cayapa, Mónica se pone las manos en la cabeza y grita con dramatismo. Se le da bien el drama.

—Basta. Saben que no puedo engordar por más que lo intente. Es mi metabolismo.

—Metete con Cata y juro por Dios que te llamaremos pata de pollo hasta que se te caigan los dientes—amenaza Carola sin pizca de piedad. Rebusca en los bolsillos de su chamarra y saca un fajo de billetes—Anda, cómete cinco perros calientes a ver si coges un poco de carne y de paso nos compras uno a cada una.

Mónica coge el dinero de mala gana.

—Tómate tu tiempo, patas de pollo—la provoca Yolanda—queremos hablar con nuestra amiga.

—¡Son unas idiotas!

Se va soltando tacos hasta el puesto de perros calientes.

—El mío sin mostaza, por favor—grita Mariana—¡Y uno sin cebollas para Cata, no queremos arruinarle romance!

Mónica me mira con desprecio seguramente pensando en toda mi generación.

—Ay chicas, no se pasen—murmuro con pizca de culpa y un poco de risa.

—Mónica sufre de envidia terminal. Pero qué se le va a hacer, así es ella, estúpida—gruñe Carola. Y luego como por arte de magia su gesto se suaviza con una sonrisa radiante y se concentra en mí—. En cambio tú, dulzura, cuéntanos de tu vida.

Es como pedirle a un tenor que cante.

Les cantó hasta *la Traviatta* entre apapachos y bromas de mis amigas. Yo encantada de ser el centro de atención.

—Cata acércate a la peluquería de mamá para cortarte el pelo—Mariana me peina el flequillo con los dedos—, casi te está tapando los ojos. Y sabes como te extraña.

—Tan linda Mari dile que le mando muchos cariños—digo con ternura—. Pero estaba pensando en dejármelo crecer y hacerme algo diferente, como unos reflejos, no sé ¿ustedes que creen?

Todas afirman entusiasmadas. Excepto Mónica que lleva rato mal encarada.

—A ver, si ya terminaron de ponerle la alfombra a la reina podemos irnos a la jaula de bateo.

Claudia se voltea lentamente.

—¿Quieres que volvamos a llamarte patas de pollo, Mónica?

Pone los ojos como platos.

—No... yo...

—Tú decides.

Se calla de inmediato. Pobre... pero es mejor mantenerla a raya porque cuando se aplica no hay quien la aguante.

—¿Aquí hay jaula de bateo?

—Sí, Cata.

—Guay, me encantaría botar unas bolas.

—Oye, ¿y vas a irte... sin despedirte? —pregunta Yolanda pasándose la punta de la lengua por los dientes y señalando a Bruno.

Todas empiezan a reirse y a decir cada barbaridad que se les pasa por la mente. Y me azuzan como solo podemos hacerlo las chicas cuando vemos a un bombón.

Miro a Bruno que, ajeno a nuestras perversiones, continúa haciéndole pases a sus hijos. Tiene unas piernas largas y sabe llenar esos magníficos pantalones. Y claro que me entran ganas de meterle la lengua y dejar que me rellene como un pavo.

Me echo el pelo para atrás y sonrío con desfachatez.

—Mejor no, chicas. Mi amor y yo somos de los calentitos y no queremos quemar este parque. Vamos, dejémoslo con sus niños y botemos algunas bolas.

En la jaula de bateo me desfogo dándole duro a la bola que sale disparada. Las gotas de sudor resbalan por mi frente y los músculos de mi espalda se tensan y distienden dejándome una grata sensación. Bateo mi quinta bola que da con fuerza contra la rejilla.

Y me volteo y veo a Bruno.

—¡Aquí llegó tu profesor! —vociferan las chicas— ¡Has que se incendie el parque!

Ay madre.

Bruno está rodeado por mis amigas. Puras chicas entre diecisiete y diecinueve años que le miran con deseo y cuchichean entre sí puras burradas. Bruno, en su línea, solo escucha y calla atravesándome con sus ojos oscuros.

Ay madrecita santa.

Me pavoneo con el bate como la más malota aunque por dentro me siento como gelatina en trampolín. Si Bruno me rechaza ante mis amigas, me muero.

—Hola amorcito.

—Llevo una hora buscándote Catalina ¿acaso apagaste el teléfono?

—Lo dejé en casa... sorry.

—¡Métele un beso de tornillo al profesor para que se relaje!

Les hago un gesto con la mano a las chicas para que corten la chanza. Pero están desatadas y solo consigo hacerlas carcajear.

—Cata es la novia de papá. No del profesor, ni del tornillo—grita Brayan enojado por el alboroto.

—¡Papá y Cata se besan en la cama! —remata Benji.

—Genial—dice un Bruno mal encarado—solo falta que salga en los periódicos.

Le tomo del brazo y lo saco de la jaula de bateo.

—Tenemos que llevar a comer a los niños. Nos vemos luego, mis amores, chau, chau, beso, beso. Nos vemos en Facebook.

Cuando estoy lo suficientemente lejos me suelto de su brazo.

—A ver Cata ¿qué te sucede?

—De qué.

—Mírate—hace un gesto con la mano abarcándome toda—, estás apunto de llorar.

Levanto mi barbilla temblorosa.

—No es cierto.

Bruno suelta un suspiro y se toca la frente con frustración.

—Por favor dime que esto no es por la tontería de esta mañana.

Niego con la cabeza pero mi puchero no resulta muy convincente.

—Catalina, por Dios—murmura en tono cansino.

—Llévame a la casa hogar—susurro mirando el piso—. Necesito pasar tiempo con los míos.

Se hace un silencio extenso en el que siento su mirada sobre mí.

—Comamos.

Y los niños se entusiasman de inmediato.

—¡Hamburguesas!

—Si no comes todo, Brayan, no irás al parque con Benji.

Brayan acata la orden de su padre y a los cinco minutos se encuentra con su hermano. Al quedarnos solos en la mesa Bruno aparta las bandejas vacías y me toma la mano con delicadeza.

—Quiero que te quedes conmigo.

Yo le miro resentida.

—Mira, me has dicho que no hay cama allá para ti, que todo está racionado y

sé lo mucho que te encanta estirarte en la King y comer chuches.

Me enfurruño como niña.

—Es tu cama. Y ya me comí tus chuches.

—La estoy compartiendo contigo—dice con una encantadora sonrisa que hace saltar mi pulso mientras sus largos dedos acarician mi muñeca rítmicamente—. Quiero facilitarte las cosas, que estés cómoda y hacernos compañía. Por eso estamos juntos, mi cielo.

—Yo también quiero estar contigo—admito en un susurro.

Levanta mi barbilla y sus labios se encuentran con los míos en un beso suave que termina de aflojarme las piernas.

—No me avergüenzas—susurra vuelve a besarme—No me avergüenzas, cariño. No quiero escuchártelo de nuevo. El propósito de esta salida no ha sido que te sintieras mal sino que te relajés. A cambio has pasado el día llorando o rabiosa ¿crees que no sé que algo te pasa?

—No ha estado tan mal... —digo sintiéndome un poco tonta por el drama gratuito— tal vez esté por venirme la regla, Bubu.

—No te viene hasta dentro de dos semanas—dice con la naturalidad del que habla del clima y posa su brazo en el asiento que compartimos.

Santo Dios.

Me le quedo viendo atónita.

¿Cómo sabe eso?

—Lo marqué en la agenda—explica—. Con una pequeña nota de comprarte ese postre que tanto te gusta.

Una sonrisa tierna aflora a mis labios mientras mi mente sueña con pétalos de rosas y encaje.

Bruno menea la cabeza como el que piensa en algo gracioso.

—Cualquier bobería azucarada a ti te cae bien, pareces una abeja.

Un estallido de felicidad explota en mi pecho haciéndome reír alegremente olvidado ya cualquier rencor entre nosotros.

—Así te quería ver—añade satisfecho—. Me sentiría como un pelmazo si por mi culpa perdieras tu bonita sonrisa y tu vitalidad. Sabes, no quiero aburrirte.

—Oh jamás lo harías. Eres el hombre más interesante que conozco.

—Interesante o... ¿prehistórico?

Le miro de arriba a abajo con descaro. Ojos cafés, nariz recta, mentón cuadrado, cabello ondulado y maravilloso y una boca sencillamente perfecta.

—No estás nada mal, profesor.

—Vaya... —un brillo perverso aparece en su mirada, entonces susurra en mi oído—creo que tengo una regla plástica con la que podríamos jugar esta noche... si te quedas.

Miro el techo un momento y me echo el pelo hacia atrás en un gesto coqueto.

—Me quedo pues.

—Vaya... chica mala—sonreímos con complicidad— ¿Se te antoja un helado, muñeca?

—Buena idea, Bubu. Todavía me queda un huequito en el estómago.

Bruno se levanta y toma las bandejas plásticas.

—Ve y llama a los niños, abejita, mientras pido los postres.

Capítulo 34

Casi me caigo de culo cuando Bruno me pide que pase la Navidad con su familia. Al principio, no sé que decir. Suelo pasarla con Rosario en la casa hogar y les he comprado un montón de regalos a mis niños. Bruno simplemente se reclina en su asiento y se ofrece a llevarlos conmigo.

Flipante.

Cuando Rosario nos ve llegar en la camioneta, nos escanea con su mirada de metralleta cargada. Nerviosa me pongo al recordar las veces que Rosario espantó a mis pretendientes.

—Bueno mamita ya estamos—saco las bolsas rápidamente y se las pongo en las manos—. Eso es todo. Nos vemos después de Navidad—le beso en la mejilla y me monto en la camioneta.

—¿Por qué tanto apuro, *mija*?—Rosario se apoya de la ventanilla y esboza una sonrisa calculadora—Quiero tomarme un *guayoyito* con el caballero.

—Con mucho gusto—contesta Bruno educado—,un cafecito nunca cae mal.

Ay madre. Me estrujo las manos. Segura de que este cafecito sí le caerá fatal.

—Estamos un poquito apurados, Bruno debe hacer unos encargos importantísimos que...

—Cata... Monta el café.

Asustada miro a Bruno que me sonrío con amabilidad y apaga la camioneta.

—Está bien, tranquila.

Ya en la cocina cuelo el café sin dejarlo hervir demasiado. Y de volada se los llevo a la salita donde los dejé. Les doy sus cafés y Rosario al probarlo hace un gesto de desagrado.

—Está frío. Me gusta ardiendo.

Me mezo en uno y otro pie, asustada.

—Mamita, por favor...

—Calientalo un poquito, cariño—apoya Bruno devolviéndome la taza—. Rosario tiene razón, está frío.

—Sí, cariño... —sisea Rosario con ojos de bruja—Que queme.

Esto no va acabar bien.

A mi mente vienen imágenes de cuando le echó el café hirviendo a la cara a uno de mis pretendientes.

Pobre Rogelio. Después no supe más de él.

Voy a la cocina y pongo a hervir el café hasta que le salgan burbujitas. Pero cuando vuelvo con las tazas humeantes noto que algo ha cambiado en el salón.

Rosario y Bruno conversan animadamente. Con cierto recelo le entrego su taza a Rosario que me mira divertida.

—¿Tú no tomas? —me pregunta Bruno dándole un sorbo a su café.

—A Cata no le gusta el café, creo que le trae malos recuerdos. Y con la energía que tiene esa muchacha si toma una taza termina en la luna. Parece que tuviera un cohete en el trasero.

Bruno ríe. Rosario ríe. Yo parpadeo.

¿Rosario echando chistecitos?

—Estoy de acuerdo contigo, es una chica llena de energía que está en la flor de su juventud. Mi deseo es que se prepare y sea una mujer de provecho. Yo la apoyaré, si ella me lo permite—toma un sorbo de su café—Supiste que hizo un curso de comida china en el que le fue muy bien.

—Sí, me traje unas lumpias que estaban aceptables.

—Más que aceptables. Ese te gustó mucho más que el de paramédico y el de electrónica ¿verdad cariño?

Rosario levanta las cejas cada vez que Bruno me dice cariño.

—Ah sí... —contesto distraída—me gustó.

—Van a dictar uno de ensaladas en el mismo local, ¿si quieres te inscribo? Sabes cuanto me gustan las ensaladas.

—Sabes lo que le gusta... —repite Rosario lanzándome una mirada punzante.

—Sí.

Rosario bebe el resto de su café sin quitarnos ojo y con una parsimonia espeluznante deja la taza sobre la mesita.

Suelto un suspiro de alivio.

—He de confesarte Bruno que Catalina me había comentado que ustedes dos eran amigos. Pero visto lo visto, no creo que sea el mismo concepto que yo manejo. Los jóvenes de ahora llaman amistad a cualquier cosa y se toman ciertas libertades que no nos tomábamos en mi época.

—Ay Dios...

Bruno se ríe por mi cara de apuro y con la misma parsimonia deja la taza sobre la mesita.

—Seré sincero contigo, Rosario. Yo a Catalina le tengo un cariño muy especial que llevaba tiempo sin sentir. La considero una joven cariñosa, noble y vivaz, que se merece lo mejor del mundo. Y solo diré que eso de noviecitos, llegados a este punto, me parece una soberana tontería.

Rosario se yergue en su asiento y lo mira detenidamente. Y cuando creo que dirá algún taco suelta una risotada y le da una palmada en la rodilla.

—Es cierto, muchacho, es una condenada tontería. No sé a quien intentan engañar con esas boberías.

—El mundo ha cambiado.

Rosario suelta un suspiro largo y triste.

—Demasiado para mi gusto.

—Espero que todo esté bien con Miguel—dice Bruno cortésmente.

—Sí creo que sí. Aunque a uno lo que le queda es confiar en haber dejado suficientes cimientos como para que se conviertan en adultos de bien.

—Ahora que estamos en confianza déjeme decirle que usted es más joven de lo que imaginé.

Una Rosario ruborizada sonrío con encanto. Y a mí la mandíbula se me desencaja.

—Ay no soy tan joven, mijo. Podría ser tu madre.

—Lo dudo, usted se conserva y se le ve enérgica. Hablando de eso, Cata mencionó que tenía un doloroso problema de circulación, ahora que somos amigos si me lo permite tengo un conocido especialista en...

Una hora después Bruno y yo salimos de la casa hogar.

—Eso fue increíble, Bruno... ¿Tienes alguna idea del carácter endemoniado que tiene?

Bruno me posa un brazo sobre los hombros con desenfado y caminamos hasta la camioneta.

—A mí me pareció encantadora.

—Pues sí lo fue. Pero no es lo usual... Te la metiste en el bolsillo—le miro incrédula y él pone cara de no matar una mosca—. Todavía no me lo creo.

—Negociar tiene mucho con aprender a leer a las personas, Catalina—dice alegremente y se mete en la camioneta, cuando voy a subirme confiesa con aire travieso—. Puede que sí la haya manipulado un poco.

Eso me da mala espina. Se le ve muy divertido. ¿Cómo se atreve a hacerle eso a mamita? Me indigna, mi lealtad está con ella. Entonces siento, como he sentido algunas veces, que a Bruno se le da la mentira.

—¿Sueles hacerlo? —pregunto con cierto resentimiento en mi voz—
¿Manipular a la gente?

—Si me conviene. Aunque me gusta más el enfoque despiadadamente frontal, pero en ocasiones se obtienen beneficios haciendo concesiones y levantando egos.

Me pongo el cinturón lentamente sopesando sus palabras.

—¿Solo les dices lo que quieren escuchar? ¿De eso se trata?

—Algo así...

Enciende la camioneta y pronto estamos saliendo de *la Pastora* hacia la *Avenida Baralt*.

—Ella te adora Cata. Y necesitaba saber que soy un tipo serio que no te dejará tirada en una cuneta. Y eso fue la impresión que le di. Ya verás que no te dará lata por mí.

—O sea... la hiciste pensar que yo te importaba.

—Pero claro que me importas... qué te pasa—dice divertido hasta que nota mi extraña seriedad— ¿Por qué me miras así?

—¿A mí me has manipulado?

Se ríe como si le hubiera echado un chiste. Yo sigo seria.

—Cata por Dios, cómo se te ocurre.

—Sé sincero.

Tamborilea sobre el volante sin dejar de ver el camino.

—Tal vez un poco, sí.

—Entonces me mientes.

—No cariño, nunca lo haría.

—Es mentira si dices algo que quiero escuchar pero no es lo que sientes.

El semáforo se pone en rojo y Bruno aprovecha para tomarme la mano y mirarme a la cara.

—Siento un cariño especial por ti y no quiero lastimarte. ¿Por qué habría de mentirte? Nos va bien juntos, en la cama y fuera de ella. Y te estoy dando lo que quieres ¿no? Una relación romántica. Y he descubierto que funciona para mí... —dulcifica su voz y lleva mi mano a sus labios con ternura— Porque es contigo, cariño. No creo poder tenerla con nadie más. Tú me encantas, Cata, y lo que más me gusta es que contigo puedo ser yo mismo.

—¿Estás siendo sincero conmigo o solo me dices lo que sabes que quiero oír?

—Por Dios—exclama entre perplejo y divertido—, ¿desde cuando eres tan paranoica?

—No sé, a veces me pregunto cómo fuiste con Patty.

La sonrisa se le congela en un gesto de sorpresa y desagrado. Suelta mi mano y se aferra al volante cuando la luz cambia a verde.

—¿Eso que tiene que ver con nosotros?

—No sé dímelo tú, tienes esas fotos de ella en casa como si te negaras a dejar entrar a alguien en tu corazón y te aferraras al pasado.

—Simplemente están ahí. No sabía que te incomodaran—masculla y continúa conduciendo evidentemente molesto—. ¿Por qué me dices esas gilipolleces?

—Porque las siento. Cuando uno siente verdaderamente en su corazón dice cosas que pueden fastidiar y bajar el ego.

—Hazme el favor Catalina y deja de ver tanta telenovela. Si quieres que quite las jodidas fotos, pues bien las quitaré, no tengo ningún problema.

De inmediato me siento mal. ¿Le estoy celando de una difunta? Es ridículo.

—No es necesario—digo con un suspiro triste—, es la mamá de los mellizos y debo respetarlo.

—Sí, fue su mamá. Pero ellos nunca la conocieron—contesta en tono cansino—. Murió cuando apenas eran unos bebés.

—¿Todavía la extrañas? ¿Querrías que no hubiera muerto?

—Si me preguntas si hubiera preferido que mi esposa estuviera viva, pues sí. Pero la vida puede ser una puñetera que te quita lo que más amas y te deja frito. Uno debe asumirlo y seguir avanzando mientras se vive. Patty siempre ocupará un lugar muy especial en mi corazón aunque ya no de la misma forma, porque no sería sano. Lo mismo que no es sano que te obsesiones con ello. Patty es mi pasado, Catalina. Tú mi presente. ¿Estamos de acuerdo?

El semáforo se pone en rojo.

—Dime si estamos de acuerdo, cariño. No te estoy mintiendo.

Toma mi mano y la pone sobre su corazón que late con fuerza ¿por mí? La idea me sorprende. Levanto la vista y me encuentro con su sonrisa tierna.

— Siéntelo, Cata... Yo te quiero.

—¿Me quieres?!

El anhelo resplandece como fogata en campamento. Y ansío encontrar bajo su rítmico latido el amor sincero y fervoroso con el que siempre he soñado.

—Sí. Y no lo digo porque es lo que quieres escuchar—se apresura a decir—. Lo digo porque es lo que siento. La verdad es que llevo un rato sintiéndolo, pero sabes como soy—se encoge de hombros como si su declaración de amor no tuviera la más mínima importancia cuando yo siento que se ha detenido el mundo—. ¿Ahora ves por qué funcionamos juntos?

La luz cambia a verde. Y entonces toma el volante pero noto, con ilusión, que mantiene su mano enlazada a la mía.

—Funcionamos bien—admito con cara de boba enamorada.

—Más que bien... —añade tomando una curva—Y pasarás las navidades con mi familia.

Capítulo 35

La idea de pasar la navidad con los Petroni-Agresti no era algo que me intimidara. Hasta que me encuentro frente de la fachada de la inmensa mansión y entiendo la magnitud de la situación.

—¿Seguro que es buena idea? ¿Crees que me va bien este vestido? —de pronto no hallo donde poner mis manos, estoy inquieta y no paro de moverme— Tal vez debí ponerme el azul. Sí, el azul era un poco más larguito... Ay, ¿porqué escogí el rosa?

—Estás bien, cariño. Brayan, déjate la corbata.

Cuando tocamos el timbre estoy hiperventilando.

—Vaya, vaya... —Sebas, quien ha abierto la puerta, nos mira con picardía— No me digan... como buenos amigos compartieron el auto.

Benji se suelta de la mano de su padre y brinca sobre su tío seguido por Brayan.

—¡Bendición!

—Que Dios les bendiga y les ponga las narices frías—dice este y los niños ríen encantados con la bendición y entran disparados a la mansión.

—Y allá van...—dice Bruno viéndolos desaparecer—Solo espero que no se lleven un jarrón por el medio.

—No sería el primero—añade Sebas con desenfado y me da un abrazo—¿Y cómo estás tú, preciosa, portándote muy mal, rompiendo muchos corazones?

—Me estoy portando bien, en serio, Sebas. He madurado.

Sebastian suelta una carcajada.

—¿Y a ti qué te pasa, por qué estás tan rara? —estoy más tiesa que un palo— No me digas que te ha intimidado este cabezón dándote un sermón de buenas costumbres y urbanidad—le aprieta el hombro a Bruno que ha puesto una inescrutable cara de póquer—. No es mala persona, aunque tenga cara de limón chupado.

—En realidad Bruno...

—Y se tutean—acota Sebas con guasa mirando a su hermano que se ajusta la corbata—Vaya, pues...

—Yo a la señorita Expósito la he tratado con el máximo respeto, como un caballero. Un concepto que seguramente tú desconoces como político que eres.

—Viejo, ya empezamos con los insultos—Sebas carcajea—. Pero ahora que lo mencionas el despacho de la presidencia necesita que le eches un ojo a unas cuentas de unas empresas que no me cuadran. ¿me acompañas un momento al despacho de papá? Cata, tú sigue hasta el jardín, lindura, allí están todos.

—Nos vemos luego querida señorita Expósito—dice Bruno haciendo un gesto cortés con su cabeza pero antes de volverse con su hermano me da una sonrisa salaz.

—Querida ¿eh? ¿Hay algo que quieras confesar, hermano?

—Soy una tumba.

Camucha con sus gruesas curvas envueltas en un vestido floreado pasa de prisa llevando una bandeja con bebidas.

—Cata bienvenida ¿quieres ayudarme con esto? Se ha retardado el catering. Todos están en el jardín.

—Claro que sí, con gusto... —equilibro la bandeja y algunos vasos en la otra mano—He venido con Bruno.

—Mujer, ¿cómo haces esos malabares? —exclama Camucha al verme—¿Qué te parece? Justo en navidad se les viene a estropear el auto a esos chicos y ahora debo inventarme algún tentempié mientras aparecen, cuando pensé que no entraría en la cocina en toda la noche. Bueno, algo saldrá. Lleva eso muchacha.

Salgo al jardín y me encuentro con los Petroni Agresti.

Issa, Celeste y su esposo con el bebé en el brazo, Doña Marcia y Don Massimo conversando alegremente como una gran familia feliz y entre ellos el coche doble con las adorables gemelas dormidas.

—...y de la nada Sebas se despierta de pronto y trae corriendo a las niñas a la cama porque cree que les pasará algo si no las ve. Luego no puede dormir porque teme aplastarlas... está loco con ellas. Es tan exagerado... Oh, Cata, hola.

—Hola. Buenas noches señores Petroni, qué gusto verlos.

—Hola hija déjame ayudarte—contesta la señora Marcia tomando la bandeja y dejándola en la mesa—Ella es Catalina, la amiga de Issa, cielo—le dice a su marido.

—Si es amiga de mi niña bella, es bienvenida.

—Gracias Don Massimo, muy amable, Cata es como una hermana para mí—contesta Issa tomándole la mano a su cariñoso suegro y luego se dirige a mí—. Estoy feliz de que estés aquí amiga, por supuesto, pero debiste avisarme; así habría mandado un auto a recogerte.

—No fue problema, de hecho es muy gracioso por que vine...

—¡Llegaron los tentempiés!

—Camucha eres un sol en todo su esplendor.

Don Massimo salta con entusiasmo sobre la bandeja. Es un señor bastante ágil para su edad y con una energía desbordante.

—Lo siento papá—dice Celeste—. Es la misma empresa de catering que uso en las fiestas de la empresa pero se les averió el auto, espero resuelvan pronto.

—Porque insististe hija, no hay nada mejor que una comida casera.

—Nadie quería meterse en la cocina, cariño—acota Doña Marcia mojando delicadamente una galleta con crema.

Por sus perfectas manos y modales refinados no parece que en su vida haya pisado una cocina.

—No tardarán en llegar papá—, no te llenes de pasapalos y deja para los invitados que faltan. No seas glotón.

—¿Qué invitados? —pregunta con glotonería el señor mientras unta otra galleta con el dip.

Celeste ladea la cabeza y se le marcan unos encantadores hoyuelos mientras los ojos le bailan de picardía.

—Papá... —dice con voz dulzona—tal vez haya invitado un par de amigas para que acompañen a nuestro querido Bruno. El pobre ha estado tan distante últimamente que estoy decidida a sacarlo del celibato.

Toso por la impresión mientras el señor Massimo se carcajea.

—Cielo, por Dios, ya está bueno—dice Doña Marcia azorada—. Bruno es un hombre, no necesita lazarillo.

—Sabes lo cabezón que es, mamá, ya lleva cinco años solo y si es por él seguirá así veinte años más. Solo le doy, digamos, un empujoncito. De pronto y se entusiasme con Cristina—mordisquea su galleta y es obvio que tener a Cristina de cuñada le resulta una idea fabulosa—. Es una joven empresaria de veintinueve años. Dirige un exclusivo centro de estética en el Hatillo. Y una belleza de mujer. Elegante, inteligente, disfruta los buenos vinos. Perfecta para nuestro Bruno.

—Bueno... ojalá sea así—contesta su madre después de un leve suspiro.

Y a mí me entran los siete males.

—Ay, virgencita de los embrollos.

—¿Qué tienes? Te pusiste pálida—pregunta Issa fijándose en mí.

Siento una opresión en el pecho que me impide respirar. Y de pronto no creo poder continuar con esto.

—Necesito tomar aire.

Issa ríe.

—Boba, pero si estamos en el jardín.

Señalo un rincón lejano.

—El aire de allá me sentará bien.

Presa de un ataque de pánico me encamino hacia el lugar.

Suelo ser la simpática que se gana el cariño con una sonrisa y un par de comentarios graciosos pero estoy aquí con el corazón galopándome en el pecho segura de que no soy aquella que su familia quiere para Bruno.

Tan solo soy una chica linda de veinte años.

—Estúpido vestido.

Una linda de veinte años con un vestido demasiado corto, zapatos arcoíris y uñas verde limón.

Le doy una patada al césped. ¿Por qué rayos me los puse?

—Seguro la tal Cristina estará soberbia en unos manolos y yo usando estos... Estúpidos zapatos—gruño, cada vez más molesta, fastidiada. Me quito las pulseras de colgantes de corazones y las echo al suelo—Estúpidas pulseras...

—¿Habrá algo tuyo que no sea estúpido o debo suponer que pasaré la noche escuchando tus berridos?

El corazón me da un bote.

Sentada en una mecedora y arropada hasta la barbilla se encuentra una anciana que no había visto. La bisabuela de la prole Petroni.

—Creí que estaba sola—musito temblorosa.

—Eso explica tanta estupidez.

—Lo lamento, abu, no suelo ser tan...

—¿Estúpida?

No puedo evitar reírme. He hecho el papelón ante una anciana de cara graciosa y mente ágil.

—Algo así. Oiga, ¿qué hace usted aquí solita?

—Tomando una siesta. Es el entretenimiento de los ancianos. Eso y una buena charla.

En respuesta a su invitación me siento a su lado. Mientras me escruta con sus ojos indagadores noto que tiene un no se qué que me apacigua de inmediato. Una buena vibra de abuelita de cuentos, con su cabello blanco largo y sus mejillas rosadas.

—Estoy nerviosa—confieso de sopetón.

La viejita quiere que le hable y a mí que me encanta no aguanto dos pedidas.

—Soy la novia de su nieto; pero nadie lo sabe y estoy segura de que NO les gustará la sorpresa. Porque, míreme, no soy lo que ellos esperan.

—Y aún así estás aquí... ¿Eres la mujer de Miditas? Mmm...—aprieta los labios y todas las arrugas se le acentúan cuando pone los ojos chiquititos como diminutos alfileres—Pues sí que te has tardado.

—¿No me dirá nada más? ¿No me dirá, por ejemplo, que soy muy joven para él?

—Si él te quiere, pues, no le veo la cuestión—hace un gesto vago con su mano arrugada—Si algo caracteriza a mi nieto es su exceso de cabeza y su terquedad. Siempre se lo digo: hijo, tienes que dejarte llevar. No puedes tener las riendas de todo. ¿De qué otra manera vivirás tu vida si no es viviéndola como Dios manda? Con sus alegrías y sus tristezas. Pero cae en saco roto. Se parece

tanto a su abuelo, que en paz descanse. Se pasaba media vida pensando pero cuando decidía algo ni Dios en persona le haría cambiar de parecer.

—¿Habla de su esposo, abu?

—Mi Luciano... Bruno lleva su nombre. Bruno Luciano Petroni Agresti. Suena regio ¿no? Su nacimiento fue su mayor alegría pero falleció antes de poder ver en qué se convertiría.

—¿Era como Bruno?

—Huy sí...—sonríe soñadora—entendía el mundo con su lógica lineal y tenía una franqueza muy dura que rayaba en frialdad. Pero era su forma de ser y no habría podido amarlo más de no ser tan diferente a mí.

—Suena a una bonita historia de amor.

—En parte. En parte las diferencias de sentir pueden crear desacuerdos. Te lo juro hija a veces quería zarandearlo. Y otras él a mí. Y es allí donde empieza el amor, el verdadero, el que aguanta las lluvias y el calor.

—Tiene una forma de decir las cosas que parecen poesía, abu.

—La vida es poesía, esa es mi forma de sentir y la enseñanza que le dejé a mi marido, que en paz descanse. Dolce vita.

—¿Qué tanto cuchichean ustedes dos?

Bruno está a nuestro lado y le miro con amor. Está increíble con ese traje gris humo que le queda como un guante.

—Hola viejita linda, seguro leíste la mano a Cata ¿verdad que sí? —le inclina y le besa la frente a su bisabuela, cuando se endereza pone sus manos sobre mis hombros—¿Recuerdas a Catalina, Nana? Es la amiga de Issa.

—Claro que lo recuerdo mijo, ni que estuviera senil—protesta la anciana con una sonrisa y levanta su barbilla con aire desafiante—. Pero aclárame una cosa: en calidad de qué vino esta jovencita ¿de amiga de Issa o de novia tuya?

—Vino conmigo, por supuesto. Tenemos una relación desde hace un tiempo. Supuse que este sería el momento idóneo para comunicárselo a la familia, espero no te incomode.

La anciana se ríe como si le hubieran echado un chiste buenísimo.

—Madre mía, cuanta propiedad. ¿No te parece Catalina que mi nieto se da un aire a los ingleses? Sí, sus padres no podrían haberlo educado mejor ni metiéndolo en un monasterio—le da un par de cariñosas palmaditas en la mejilla a Bruno y luego agrega con candor—¿Porqué habría de molestarme que disfrutes de algo tan saludable como el buen sexo con una jovencita cuando estás en la flor de tu juventud?

Bruno y yo la miramos pasmados. Escuchar esa frase de una señora que pasa de los noventa es verdaderamente perturbador.

—Nana... Yo sé lo que hago.

—Oh, por supuesto que sí, muchacho ladino del demonio, bien sabes lo que haces. Conduces un auto con los faroles rotos en medio de una tormenta. Por más que intentes contenerla te alcanzará. No comprendes, amore, que no puedes entregarte a medias. Deja de actuar con la cabeza y permítele a tu corazón llevar la batuta. Ya te estás tardando. Y la verdad es un niño gordo que no puede esconderse.

Dios mío,

¿A esta señora se le cayó un tornillo?

—Ya te dije Nana: lo tengo controlado—dice Bruno mirándome de reojo en actitud sospechosa—. Déjame llevarte con la familia—sin esperar su respuesta la toma y la apoya contra su cuerpo—. Recuerda que la vida va más allá que una absurda sensación esotérica. Hay lazos involucrados. Y ya no soy un niño como para que me estés riñendo.

—Sí... y has tenido la razón tanto tiempo que te crees incapaz de equivocarte.

Bruno la fulmina con la mirada y pone su cara de póquer patentada. Lo siento abu, no lograrás sacarle más. De pronto la viejita sonrío lentamente y sin ninguna razón.

—A ti te sobra corazón ¿no es así, mía regazza?

—Cata es como la reina de las hadas, pura de corazón—bromea Bruno.

—¡Cuidado!—gruñe la anciana con tanta fiereza que me hace dar un bote—Cuidado...—repite con hilo de voz y se me empeluca el cuerpo inexplicablemente—El corazón no es para entregarlo a todos como bagatela. No le tires perlas a los cerdos.

—Nana... Déjate de excentricidades, te estás pasando.

—¿Excentricidades? ¿Así llamas a este don sagrado que Dios me dio de ver más allá?

—Nana te conozco. Tienes la costumbre de ser cotilla, solo que nadie te frena. A tu edad ya deberías de saber que es una grosería, se supone que uno se hace más sabio con los años.

—Muchacho insolente...

Y de pronto como si nada la anciana vuelve a sonrío alegremente. Y pesar de la edad, se asemeja a la sonrisa de los mellizos cuando planean una travesura

—Pagaría buen dinero por verte perder la cabeza por unas bonitas piernas...

—Nana...

Le echa un vistazo a mis piernas y me guiña un ojo arrugado.

—Oh, sí señor, claro que lo haría.

Capítulo 36

Bruno se ha ido de viaje de negocios. Y yo le ayudo con los mellizos. Estos se ponen orondos cuando les llevo a la escuela de la mano, como hacen las mamás. Benji sobre todo me mira con adoración y antes de irme me da un abrazo muy sentido.

Es taan cuchi...

Pero al buscarlos a su hora de salida, el celador de la escuela me dice que ha pasado algo y la maestra quiere hablar conmigo. Asustada, voy corriendo al salón y me sorprende ver a mis niños con su ropita desaliñada y ojitos llorosos.

Con la angustia instalada en el pecho, los abrazo.

—¿Qué les pasó?—pregunto mirando a la maestra en busca de alguna explicación.

—Han tenido un altercado con otros niños—contesta—. ¿Usted es..?

Con toda la seriedad de la que soy capaz me enderezo y le doy la mano a la maestra.

—Soy la novia del señor Petroni. Él está de viaje y estoy a cargo de los niños.

La señorita Clotilde Pérez, una maestra jardinera—bastante estricta a mi parecer y con poca tendencia a la sonrisa—dirige su mirada incrédula por mi atuendo de vaqueros, camiseta de *Mickey mouse* y zapatillas deportivas escarchadas.

—Entiendo... siéntese, por favor.

—Pero ¿por qué se pelearon? Si se estaban portando como angelitos. Incluso han mejorado su atención.

—Así me lo comunicó el señor Petroni, señorita...

—Llámeme Cata, mar.

—Cata, mucho del estrés que experimentaban los mellizos ha mermado. Sin embargo desde hace unos días para acá parece que han habido ciertos comentarios de sus compañeros que han podido alterarlos y llevarlos a la violencia.

—No comprendo, mar, qué tipo de comentarios.

La maestra me mira de forma extraña y niega con la cabeza.

—Comentarios desafortunados. Pero es importante recalcar que en esta institución no consentimos ningún tipo de violencia ni física, ni psicológica. Los mellizos a un un tipo de violencia respondieron con otra. Y la consecuencia es un niño con un labio roto y un moretón en el ojo.

—Oh Dios mío ¿está bien el niño?

—Sí, ya fue atendido y hemos conversado con su madre.

Miro a Brayán que se limpia el moquillo con su manita sucia.

—¿Por qué lo hiciste, tesoro? Prometiste a papá que te portarías bien.

—De hecho... fue Benji quien comenzó la pelea—aclara la maestra.

—¿Benji...?

Paso mi mirada de un niño al otro sin saber qué decir. Generalmente Brayán es el camorrista mientras Benji es el de temperamento más dócil... hasta que pierde los estribos.

—¿Por qué..?

—Ellos dicen que tú eres una mamá de mentiras, la muñeca de papá para jugar ¡y no nos quieres!—grita Benji desencajado.

—¡Dicen que te irás y nos echarás a la basura! —apoya Brayán hosco.

Me llevo la mano al corazón compartiendo su aflicción. Qué cosas tan terribles se dicen los niños ¿cómo pueden ser tan crueles?

—Saben que eso no es cierto. Yo jamás lo haría.

Sus pequeños rostros pasan de la rabia a la tristeza en un santiamén.

—Queremos que seas nuestra mamá de verdad. Y no de mentira. Así nadie se burlará —susurra Benji con su voz más dulce—¿Puedes?

—Nos portaremos bien y comeremos los vegetales—promete Brayán con un mohín.

Trago saliva y veo a la maestra en busca de ayuda.

—Vayan y lávense. Necesito hablar con Cata un momento, chicos.

Como dos globos espichados salen caminando del salón. Y a mí el corazón se me convierte en un puño.

—Por Dios, ¿escuchó lo que le dijeron esos niños?

La maestra suspira al escuchar mi voz quebrada por la emoción, supongo que teme que me eche a llorar junto con los niños.

—Es lamentable. Empezaremos una campaña antibullying la próxima semana y me gustaría que todos los representantes se involucraran. Sin embargo debo suspender a los mellizos por un par de días.

¡Suspensión!

Me levanto de golpe de la silla.

—¡Es injusto!—gruño, indignada—¿Pero qué les pasa?¿qué se creen? Que ser huérfano de madre es un fin de semana en la playa. Esos niños. Mis bebés... no la han pasado bien.

La maestra se endereza y enlaza sus manos en una postura que denota autoridad. Sigo echando fuego por los ojos.

—Puede que la golphiza sea una reacción al bullying pero no deja de ser violencia—razona—. Y requiere de corrección.

Sus fríos razonamientos son como los de Bruno. Y el fuego de mi ira se

aplaca como granizo sobre una fogata. Tiene razón.

Vuelvo a sentarme, más calmada.

—Lo siento, mar, no quise gritarle. Es solo que a veces me dejo llevar por la emoción y no mido lo que digo.

—Entiendo. Pero debe entender que cada acción conlleva una consecuencia. Para evitar acontecimientos futuros es importante orientar a los mellizos sobre maneras pacíficas de resolución de conflictos. Podemos concertar una cita con la psicopedagoga de la institución si le parece bien.

—De acuerdo, mar, lo haremos. Si quiere puedo ayudarla con la campaña antibullying.

La maestra Clotilde sonrío por primera vez.

—Eso sería formidable.

Pido una semana en el trabajo y me entrego de lleno a la campaña antibullying.

Juegos, dinámicas y charlas para los niños y sus representantes donde se promueven valores. La paz, el amor y el respeto están a la orden del día. Incluso los padres que en un principio se resistían a participar lo hicieron de buena gana cuando se les invitó al evento especial en la escuela.

—Cata, me parece que has hecho un trabajo fabuloso con esta campaña— comenta Herminia con entusiasmo mientras le coloco en su vestido el coqueto botón con forma de corazón que confeccioné

—Parece que tienes un don especial con las manos—dice Heidi a nuestro lado bebiendo un poco de zumo de naranja tibio en un vaso desechable.

—Oh, no es nada—respondo concentrada en poner el botón en la intrincada blusa de velos a Margarita—, he tenido que hacer este tipo de puterías en mis pasantías de educación... bien, listo. Ay disculpen, chicas, he soltado un taco.

—Tranquila, no se lo diremos a la maestra—bromea Margarita y nos reímos de su ocurrencia.

Al estar en un ambiente escolar con niños correteándose entre sí hay que tener cuidado con las palabras. Y pronto las madres empiezan hablar de su tema favorito. Sus hijos. Yo no me quedo atrás y hablo de los míos.

—... y el entrenador dice que Brayan ha mejorado su bateo.

—Ha de ser difícil cuidar niños que no llevan tu sangre.

Me mosquea el tono despectivo que usa Heidi y la forma en que su mano balancea su bebida como si fuera un Martini.

—No—contesto mirándola directamente a la cara—. Creo que todos merecen amor.

—Cierto... Eres una huérfana, ¿no es así?

—Sí, viví en una casa hogar, a mucha honra.

—He escuchado que esos sitios se encuentran en estado deplorable—añade Margarita con gesto preocupado.

—No me imagino ni por un segundo estar allí—acota con pesar Herminia—. Oh linda, debió ser una pesadilla.

—No es así. Es un sitio impecable con un hermoso jardín donde hay comida y cuidados. Un sitio tan bueno como cualquier otro.

—Pero nunca supiste lo que era tener una madre verdadera. Eso no lo puede sustituir ni nada, ni nadie.

—Te equivocas Heidi. Sí tuve una madre verdadera, aunque no llevo su sangre. El corazón crea lazos más fuertes que la sangre. Y si la gente buena del mundo valorara esta simple verdad abrirían sus puertas a tantos niños maravillosos que pasan su vida en los orfanatos y harían del mundo un lugar mejor.

—Qué bonito lo que dices—Margarita me da un abrazo, conmovida—Eres una persona maravillosa Catalina.

—Gracias.

—Solo pensar que mis hijos pasen por ese calvario me destroza el corazón. Iré a abrazarlos.

—Vaya, Margarita está sensible—musito sorprendida.

—Se murió su mamá la semana pasada y no para de llorar por idioteces—masculla Heidi con evidente mal humor.

—Oye, no te caigo bien ¿cierto?

—No.

—¿Por qué?

—Una jovencita de veinte metiéndosele por los ojos a un hombre maduro—sisea—. Por favor... eres un cliché. Y el hecho de que te esfuerces tanto por encajar en un mundo al que no perteneces... resulta patético. Puede que engañes a la maestra, a los niños, a las madres... pero a mí no me engañas. Lo único que te une a un hombre como él es ese triangulito que tienes entre las piernas. Sexo, novedad. Y cuando eso acabe acabará la fantasía que tienes en tu dulce mentecita—se toma su bebida, arruga el vaso plástico y lo lanza con furia en la papelera— Estoy hastiada de las jovencitas *roba maridos*.

Se larga dejándome ojiplática.

—Discúlpala—dice Herminia—, su marido tiene un fetiche con jovencitas y están iniciando un divorcio infernal. Eso le agría el humor. Pero no es mala persona, Cata.

—Vaya, sentí que un huracán me había azotado. ¿Su marido la engaña? Pobre.

Me acerca amablemente un sándwich de la vianda de desayunos. Y yo le doy un par de mordiscos.

—¿Es lo que piensan las mamás?—bajo el sándwich lentamente cayendo en lo obvio—Que lo mío con Bruno no es más que una aventura.

—Cata...

—Dime, por favor.

La incomodidad de Herminia se hace evidente. Y ya sé su respuesta.

—Sí.

—Oh...

No creo que me hubiera lastimado más si me hubiera insultado. Una sensación de desgracia se esparce por mi pecho. Sin ganas de seguir conversando tomo la jarra con zumo de naranja y echo un poco en un vasito plástico.

—No fue mi intención hacerte sentir mal, Catalina. Lo cierto es que Bruno era nuestro padre estrella. Ese padre perfecto e inaccesible con el que todas fantaseábamos. Y el verlo contigo nos sorprendió a todas.

—Bruno es un buen hombre, con buen corazón. Y jamás me tomaría como muñequita para jugar—digo con furia repentina moviendo tanto mi vaso que termino echándome el zumo en mi camiseta—. Es un buen hombre—tiro el vaso en la papelera.

Herminia toma una servilleta y me seca con cuidado.

—Seguro que lo es. Discúlpame, cariño. Solo quise ser sincera. Siempre se te ve tan fresca que no creí que lo tomaras a mal. No pensé que fueses del tipo de persona que se deja llevar por comentarios ajenos.

—No me dejo llevar pero a veces me lastiman. Sobre todo si involucran a las personas que amo.

Se escucha la voz de la maestra por los parlantes.

Invitamos a los representante a acercarse a la tarima para ver la maravillosa obra creada por sus hijos: *Ámame como soy*.

El nombre de la obra resuena en mi mente preguntándome si el amor de Bruno es como el mío, que desborda de mi corazón como catarata.

O es tan solo un espejismo pasajero.

Herminia pone su mano en mi hombro.

—Lo siento, Cata, seguro que estamos equivocadas y el sentimiento es mutuo.

Pongo mi mano sobre la de Herminia y le doy una pequeña sonrisa.

—Seguro.

La duda aletea en mi pecho.

Capítulo 37

La psicopedagoga es buena. Sus técnicas de relajación son efectivas y logra que los niños conversen sobre sus emociones con calma. Tienen el gen de su padre de preocuparse y hacer las cosas a su manera. Y descubrimos que los comentarios maliciosos se originaron porque los niños repetían lo que decían sus padres al verme con Bruno.

¡Jodidos carcamales!

La psicopedagoga toma nota y promete citarlos para intercambiar algunas palabras con ellos.

En el trabajo la cosa va mejor. Incluso Minerva que ha comenzado a trabajar —aunque no en la cocina después del incidente del cuchillo— me trata con cariño. Y es que apenas al verme se me acercó, me dio un abrazo sentido y me dedicó unas palabras de agradecimiento que, como no, me aflojaron algunas lágrimas.

Marcel se ríe de mi reacción. Y yo me encogí de hombros.

Así me hizo Diosito.

Por esos días Gema se aparece por el restaurante. Yo me escondo sintiendo una sensación agridulce. Me gustaría ayudarla porque se le siente sola y desgraciadita. Pero me hizo sentir tan mal la última vez que me agobio solo de pensarlo.

Lo cierto es que estoy tan feliz con mi vida. Mi trabajo es divertido y conozco a gente nueva a menudo. Mi relación con Bruno y con los niños está en su mejor momento. Es como sentirse en el cielo. Y por primera vez en la vida quiero ser egoísta y disfrutar de esta felicidad que me llena el alma sin ninguna nube negra opacando el panorama.

Y sin embargo sigue llamando a Bruno y agobiándole con sus achaques de viejita quisquillosa. Aunque él actúa como si no le preocupara sé la importancia que tiene para él el concepto de familia. No hace falta que me lo diga con palabras cuando veo la estricta disciplina que tiene con sus hijos, la ayuda incondicional que le presta su hermano, la manera respetuosa de dirigirse a sus padres y la paciencia que tiene con su hermana. Bajo su fachada de frialdad y control hay un hombre leal y entregado. Y considera a Gema su familia. He llegado a conocerlo y veo la preocupación instalada en las profundidades de sus misteriosos ojos café.

Una de las tardes dejo de jugar a las escondidas y salgo a recibirla.

—Hola Gema.

Al verme su rostro se ilumina como el que halla la luz en el fondo del abismo. La invito a un café, pero contesta que los médicos se lo prohibieron así que le pido un té. Entonces comienza a hablarme de sus cosas, de su vida, de cuando era joven. Como si intentara vaciarse toda.

—Estoy muy sola, Catalina.

Ya me había dado cuenta.

—Debes buscar una amiga para desahogarte. No puedes andar merodeando por allí sola con la edad que tienes y enferma. Te puede pasar algo.

—Por eso he venido, a que seamos amigas.

—Claro que puedo escucharte, Gema. Eso lo hace cualquiera. Pero te hablo de algún familiar o amigo cercano en el que confíes.

—No lo hace cualquiera—contesta con el rostro contraído—. Y no... No tengo a nadie.

La emoción le gana y lágrimas ruedan por sus mejillas sin poder remediarlo.

E intento pensar que no es mi problema. Que no debería importarme... Pero no soporto saber que se le da la espalda a un desvalido. Y tomándole la mano y reconfortándola se me ocurre que a lo mejor yo pueda ser ese puente entre ella y Bruno.

Pueda que haya esperanza.

Quizás...

Despierto dolorida.

El codo de Brayan clavado en mi cuello y la rodilla de Benji enterrada en mis costillas parecen tortura china. Bendita maña la que tienen estos niños al dormir. Con cuidado de no despertarlos tan de madrugada me quito el codo de Brayan, no sin antes olisquearlo. Me mata su aroma infantil. Le doy un pequeño beso en su sonrosada mejilla y le arropo con mimo.

—Malcriando a mis hijos a tu antojo ¿eh? Eres una blanda.

Veo a Bruno sentado en el sillón con su abrigo y portafolio a mano mirándome con severidad.

Y espabilo.

El dedo que se lleva a sus labios ahoga mi grito de felicidad. Pero no puede controlar el enloquecido revoloteo de las mariposas cuando mi cuerpo se lanza sobre él.

—¡Auch! —pone mala cara.

Y yo se la lleno a besos.

Sin preocuparme, en lo más mínimo, por nada que no sea mi boca sobre su piel.

—¿Cuándo llegaste? ¿Cómo te fue? ¿Tienes hambre? ¿quieres que te prepare

algo? yo creo que hay...

Bruno aprieta mis labios entre su pulgar e índice, para evitar que le siga bombardeando a preguntas.

—Hace unos minutos. Bien. Sí. Después que te haga el amor.

Echo la cabeza hacia atrás en un gesto pletórico de felicidad y él me toma del cuello.

—Valoraría que no te rompieras el cuello antes, Catalina, gracias—añade de buen humor.

Embrujada por estar con él una pose romántica me pongo tierna.

—Te quiero—digo.

Él se levanta conmigo en brazos.

—Te extrañé... Vamos a la cama.

Cuando le cuento a Bruno lo que pasó en la escuela me mira largamente sin decir nada. Típico de él, dárselas de importante. Pero a la mañana siguiente insiste en que le acompañe a llevar a los mellizos.

—De acuerdo, pero no quiero que me miren raro.

—No lo harán, Catalina.

Me deja pasmada cuando enlaza su mano a la mía y me lleva de la mano hasta el grupo de madres del colegio. Todas me tratan con el máximo respeto y yo siento que estallo de felicidad y amor.

Pero algo me carcome las entrañas y no me deja vivir.

No le he dicho a Bruno que he visto a Gema. No una sino varias veces. Y aunque no quiero problemas con él, me cuesta sacarle el cuerpo a la ancianita. Incluso una noche llegó a mi trabajo angustiada porque se había perdido buscando una farmacia.

Eso me llegó al corazón.

¿Qué clase de persona puede saber aquello y no apiadarse de ella?

Eso me contraría.

Por un lado Bruno es un hombre maravilloso y por otro es muy duro con ella. Las veces que he escuchado sus intercambios telefónicos es como si se desatara un huracán. Gema le pone de un humor nefasto.

Es la nota discordante de su melodía, la manzana podrida de su cesto de manzanas, la alfombra levantada que le hace tropezar.

Y me pregunto ¿que misterioso poder tiene para enloquecerlo?

La noche fresca y encapotada esconde las estrellas y solo se vislumbra un poco de luz de luna escapándose de la oscuridad, con cierto toque mágico y encantador. El silencio al fin se hace presente, los mellizos se han rendido en el

sofá abrazando a sus cachorros y el cansancio se siente en el cuerpo entrada la noche mientras Bruno y yo nos tomamos una copa de vino en la terraza.

—Me decidí por la escuela de cocina. Mañana iré a ver los requisitos.

—¿Estás segura, Cata?

—Sí, me lo pensé bien. Creo es algo divertido y dinámico. Hice lo que me dijiste, eso de analizar mis gustos y habilidades.

—Y no te da miedo cortarte los dedos como tu amiga.

Abro los ojos de par en par y al ver la divertida malicia en su cara, sonrío.

—Mira que eres bien morboso... No, no me da miedo. Además no quiero que piensen que solo soy una chica con un par de cucarachas en la cabeza jugando dominó y un triangulito de placer en la entrepierna.

—A mí me gusta tu triangulito de placer, cariño.

Seguro que sí. Pero aún no he podido olvidar el comentario de las mamás. Ni el de Minerva. Como si tener una sonrisa perpetua en la cara y actitud amistosa fuera sinónimo de putería.

—Sabes que eres más que eso, Cata.

—¿Lo soy?

—Eres única e irrepetible.

Me levanto y me apoyo en la barandilla de la terraza.

—Todo el mundo piensa que eres demasiado para mí. Incluso tu familia quedó muy sorprendida cuando supieron lo nuestro, como si tan solo imaginarlo fuese ridículo.

No sé si es la luna o Neptuno que me está pegando pero cada vez me siento más inquieta con la idea como si flotara como bruma a mi alrededor.

Un beso en mi cuello y sus brazos rodeándome me reconfortan.

—Estás muy sensible, cariño. Ya te viene la menstruación, sabes como te pones.

—¿Será eso?

—Claro, contéstame, cuantas veces me hiciste ver *Jerry Maguire* el periodo pasado.

Hago un mohín.

—Cuatro.

—Y lloraste como en un funeral ¿Ves? Son de tus pocos momentos oscuros. Lo bueno es que en un par de días se pasa y luego te conviertes de nuevo en una resplandeciente hadita.

Me abrazo a Bruno y hallo tranquilidad en su razonamiento y en el calor de su cuerpo. Cierro los ojos y la bruma desaparece.

Pronto saldrá el sol.

A la mañana siguiente estoy en la terraza envuelta en una bata. La brisa, el sol, la naturaleza les hace bien a los mellizos. Sus risas y los ladridos de los cachorros bailan en el aire mientras yo arranco algunos yerbajos de la jardinera. Parece mentira como un poco de mimo hace que todo florezca. Ya no está nublado y en vez de una luna tímida el sol brilla en todo su esplendor.

Es una espléndida mañana de domingo.

Remuevo la tierra con los dedos. Es mi pequeño placer de jardinería, me agrada la sensación húmeda y porosa en la piel. Y entonces siento sus fuertes brazos rodeando mi cintura.

—Buenos días, amor.

—Hola, bello.

Le beso en los labios y él me sonrío. Su cabello de acabado de levantar con su pijama arrugado y los niños riendo a nuestro alrededor se me hace una maravillosa visión doméstica.

Podría estar así para siempre.

Él es la montaña que me rodea y yo la mar necesitada de su contención.

Y entonces lo comprendo...

Él me complementa.

Capítulo 38

—Buenas tardes, caballeros, bienvenidos...

Los clientes siguen llegando al restaurante y yo me acerco a ellos con mi comanda y mi mejor sonrisa. Me ascendieron a mesera y no podría estar más feliz.

A las tres de la tarde todo está más tranquilo y reviso mi móvil. Me sorprende ver un par de llamadas de Bruno. Es raro que me llame durante mi jornada de laboral. La sonrisa se instala en mi rostro. De seguro me dirá que me pasará buscando, llevo semanas instalada en su casa y a él parece no molestarle en lo absoluto.

—¿Qué traes chiquistriquis?—pregunta Marcel.

Le muestro las llamadas perdidas .

—Ay qué ilusión, el *amore*—le entrega la tarjeta de crédito y el documento de identidad a Minerva para que le cobre al cliente.

Después de su accidente Minerva fue transferida al área de caja, es el único puesto que puede desempeñar medianamente bien llevando envuelta su mano estilo momia.

Pobre...

—Mine, ¿ te duele mucho?

—Me tomé una pastilla. Pero me mata el frío.

—Me da cosita verte así cuando podrías estar en casita recuperándote.

—Yo mantengo mi casa y mi madre está enferma ¿qué quieres que haga? No todos tenemos un novio rico.

Se me encoge el corazón. Pobre Minerva. Al conocerla mejor me di cuenta que no es más que un alma sacrificada. Esa es la raíz de su amargura. Sus hermanos huyeron de casa y se metieron en pandillas y eso le consumió la vida a la mamá.

Dentro de todo es una buena hija. Solo que le falta ilusión a su vida.

Decidida a ayudarla le doy un codazo a Frank, un chico trigueño y soltero que empezó hace poco como mesero.

—Verdad que a Mine le queda precioso ese nuevo corte de pelo.

—Ajá—contesta sin mucho entusiasmo entregándole la cuenta.

Marcel toma la suya y se va corriendo a la mesa.

—Fíjate como sus ojos se ven hermosos enmarcados por el flequillo y las ondas de su cabello se desparrama por sus mejilla. Está preciosa como un amanecer ¿no es así?

Frank finalmente se digna a mirarla.

—Sí... eh. Le queda bien.

Al tomar su recibo Frank se marcha. Y yo apoyo mi cadera en el escritorio.

—Le gustas igual que al oso la miel.

Minerva ríe de buena gana.

—Me sentí como un producto en el canal de tele ventas.

—Un poco de publicidad no le cae mal a nadie. Y a ti te hace falta para venderte. Ahora te mirará con otros ojos. He sembrado una semillita—me mira extrañada—Empieza con miradas y sonrisas. Luego cuando vaya brotando usarás tus armas: un buen brillo con sabor a cereza y una minifalda coqueta bastarán. Yo te la presto. Y él brillo también. Lo tendrás en la palma de tu mano, yo que te lo digo.

—Pero...¿de qué demonios hablas?

—Del amor. La única semillita que vale la pena plantar.

Mi móvil comienza a vibrar pero esta vez no es Bruno.

—Qué raro, tengo un montón de llamadas perdidas de un número desconocido.

—Puede ser tu amiga. Esa viejita que viene a buscarte a veces. Se me olvidó decirte que ayer que librabas pasó por aquí y me pidió tu número.

Miro la pantalla y vuelve a vibrar pero sin saber porqué me la quedo viendo con una sensación de mala espina.

—¿No piensas contestar?

Me guardo el móvil en el mandil.

—Luego. Tengo mesas.

Dos horas después termino mi turno. Guardo el mandil en mi casillero y me pongo la bandolera cuando vuelve a sonar mi móvil.

Es Bruno.

—Hola, amor.

—He intentando contactarte desde temprano ¿por qué no me enviaste un mensaje para saber que estás bien?

Me río, ¿por qué habría de preocuparse?

—Ay cielito, solo me distraje. Por cierto aquí está Marcel, mandándote besos, sabes como se pone cuando te menciono.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Seguro querrá que tú se lo des. No me respeta la cara. Y ¿qué tal la reunión?

—Por eso llamo, no podré buscarte. Toma un taxi y ve a casa. Te veré como en una hora cuando mucho.

—Ok, te quiero, bye.

Apenas cuelgo vuelve a repicar.

—¿Aló?

—También te quiero, cariño. Espérame en casa.

Bruno cuelga. Pero entonces vuelve a sonar. Marcel y yo nos miramos divertidos.

—Niña, lo tienes loco.

Suelto una risita pero esta se desvanece cuando comprendo que quien está al otro lado de la línea no es Bruno.

—Oh gracias a Dios, Catalina. No tenía a quien llamar... necesito ayuda... mucha ayuda. Yo...

—¿Gema?

Marcel me hace gestos para que corte la llamada, pero me niego. Escucho desespero en la voz de la ancianita.

—Dime Gema, qué se te ofrece.

—Ven a mi casa. Necesito una amiga. Por favor, no tengo a nadie.

Cierro los ojos y me froto la frente. Su sollozo al otro lado de la línea no me la pone fácil.

—Por favor.

—Bien, bien, iré a tu casa—Santo Dios—. Dame la dirección.

Tomo nota ante la mirada reprobadora de Marcel.

—No pensarás ir con esa vieja engatusadora ¿verdad?

—Mal, no me machaques. Ya tengo suficiente con Gema.

—Eso es lo que digo. Te da una llamadita y le bailas la macarena. Y eso a cuenta de qué.

No le contesto. Y cabreada le doy un portazo a mi casillero y luego un puñetazo.

—Dime.

—Lo hago por Bruno ¿ok? Siento que la guerra que tienen no le deja vivir. Estoy cansada de que no se lleven bien. Creo que puedo ayudarlos... quiero ayudarlos... y ser una bonita familia... lo amo demasiado Mal.

—Ay lo sé pequeña, pero te recuerdo que no es una película de Disney. Y a veces la vida no sale como uno espera.

—Pero si tenemos fe y damos lo mejor puede sorprendernos.

—*Santa Catalina de mis amores* no puedo ir en tu contra cuando me miras así... Ve con cuidado. No termino de tragarme a esa vieja enrolladora. Júrame que *estarás pilas* con ella.

—Por Dios Mal ¿que crees que me hará? ¿Mostrarme su platería?—bromeo.

Pero Marcel no sonrío y levanta el dedo.

—No sé, pero estaré al pendiente.

Gema me mira con ojos bañados de melancolía contorneados por unas ojeras que los hacen más profundos y desgraciados.

—Viniste... creí que no lo harías—arruga un trapo entre sus manos—no sabes lo que significa para mí.

Se le ve bastante desmejorada. Un vestido sucio y arrugado cubierto con un delantal curtido y los mechones de cabello cayéndose de un moño mal hecho.

—Estoy aquí. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Me ayudarías en el jardín? Sabes, me he dedicado al jardín desde la muerte de mi niña... —se toca el cabello de manera nerviosa—He intentado arrancar la mala yerba pero me he lastimado la mano... —tiene un vendaje sucio en la misma—el jardín es lo único que me queda...

Lo dice con tal dramatismo que me asusta.

¿Marcel tendrá razón?

Me sacudo la mala vibra. Gema tiene sus rollos y no soy quien para juzgarla.

Nos dirigimos al jardín donde rápidamente veo el problema. Los abrojos ahogan sus flores. Me arremango y me pongo a ello. La tierra está muy seca, hace falta moverla y algunas flores se han marchitado.

Es curioso... No parece un jardín al que su dueño se haya dedicado durante años.

Lanzo el último abrojo y me dispongo a buscar el pequeño rastrillo que vi.

Cuando el corazón me da un bote.

Detrás de mí Gema mirándome de forma extraña empuña un cuchillo filoso.

—¡Ay Dios!

Durante unos segundos el aire se enrarece y yo estoy a punto de salir corriendo.

—Disculpa, no quise asustarte—guarda el cuchillo en el bolsillo de su delantal—. Pensé que necesitabas un cuchillo para cortar las ramas... pero terminaste rápido.

—Ay mamacita, tremendo susto que me diste, por Dios—digo con la mano en el corazón.

—Vamos a la cocina, he preparado té helado.

—Guau, ¿de verdad? —me limpio el sudor con el brazo—Un té me caería genial.

Me lavo las manos en el lavaplatos y cuando me las seco Gema me ha servido un gran vaso de té helado.

—Gracias—me lo empino y rápido pasa a mejor vida—¿Tú no tomas? —me relamo y noto la arenilla que queda en el fondo—Mmm, este té es un poco amargo.

—Lo he comprado para ti.

—Ay... eres un amor.

Gema no sonríe. Me mira intensamente como el que espera algo. Y me vuelve la sensaci3n de mala espina.

—Bueno...

—Esa pulsera es muy bonita  te la ha dado Bruno?

Miro la pulsera con cariño.

—Sí, fue un regalo de navidad y viene con esta cadena de plata—bajo un poco el cuello de la camisa para mostrársela. La linda cadena con un relicario donde están las fotos de los mellizos—. La verdad es que me sorprendi3 mucho y fue un detalle muy bonito de su parte.

—Est s enamorada de él.

—Sí.

—Y él  te ama?

—Siento que s .

Se vuelve a fijar en mi pulsera y la delinea con el dedo lentamente.

—El amor parece algo inacabable y poderoso... pero no es más que el aleteo de una mariposa. Un suspiro. La vida arrancada antes de tiempo.

Se ha abierto un hoyo negro y se ha chupado el oxígeno de la habitaci3n. Mi instinto me dice que debo salir y esta vez opto por hacerle caso.

—Será mejor que me vaya, est  anocheciendo.

—Por supuesto. No quisiera ponerte en peligro.

Me acompaña hasta la puerta.

—La vida es efímera, Catalina, no lo olvides.

La miro y la abrazo llevada por un impulso.

—La vida es un regalo, Gema. No lo olvides.

Parece de nuevo inofensiva y en un gesto dulce le peino un poco el pelo con la mano.

—Catalina  qu  mierda haces aquí!

Me sobresalto.  Qu  hace Bruno aquí?

—Amor...

Antes de que pueda hablar Gema se aferra a mi brazo.

—Ha venido porque la llamó, lo hecho otras veces. Es una pena que todo termine.

Bruno me mira completamente furioso.

— Has estado vi ndote con Gema a escondidas?

—No es así... yo...

— Me has mentado, Catalina, coño!

—Bueno tampoco te pongas así. Me has dicho que estabas en una reuni3n y

ve donde te encuentro. Tú también me has mentido.

—Oh, no es lo mismo. Créeme.

—Ella no es de fiar—dice Gema de pronto—. Es una jovencita estúpida y caprichosa. No le llega a Patricia ni a la suela de los zapatos. No vale la pena que sigas perdiendo el tiempo con ella.

La miro estupefacta.

¿Qué clase de juego enfermizo se trae?

Me alejo de ella. Y se hace patente su desprecio y altivez.

—No es buena elección como compañera y madre de tus hijos si te oculta las cosas desde el principio. No puedes confiar en ella. No puedes confiarle a tus hijos... no puedes...

—¡Cállate, Gema!

El desconcierto de Bruno y la sonrisa macabra en el rostro de Gema, me hacen saber que a quien creí un ser vulnerable en realidad no lo es.

—Lo siento cielo, no fue mi intención mentirte. Solo deseaba apoyarte, pero me equivoqué ¿me perdonas?

Bruno se serena en un instante.

—Claro que te perdono—se pasa la mano por la pelo y suspira—. Esto es una tontería—me tiende la mano para que se la tome—. Vamos, cariño.

—¡NO!

El horrible grito salido de la boca de Gema nos sobresalta.

Apoya el filo del cuchillo sobre su propia garganta. Y su rostro es de la completa locura.

Parece capaz de cualquier cosa.

—Tranquila—dice Bruno colocándose detrás de él con lentitud. Yo me aferro a su saco con las uñas—Gema, baja el arma.

—Solo te pedí una maldita cosa, que mantuvieras tu palabra, Bruno, ¡fue lo único que te pedí!

Una línea de sangre se marca por su cuello pero parece no importarle en lo más mínimo.

—Te prometo que te llevaré al mejor médico para que te ayude a superar todo esto. Te apoyaré como siempre.

—¿Crees que un doctor puede ayudarme con sus tontas pastillas y curas de sueño? ¡Nadie puede ayudarme!

—Escucha... escucha... Estos años han sido duros. Pero puedes superarlo como yo lo hice. Vamos, suelta el cuchillo y hoy mismo te buscamos ayuda.

Un sollozo desgarrador sale de su boca y eso me parte el corazón en dos.

—No le importo a nadie...

—Oh, Gema, claro que nos importas.

—¡Cállate zorra! Has hecho que rompa su promesa... ¿la Recuerdas Bruno? ¿Recuerdas, Bruno, lo que me prometiste en la tumba de mi hija? Cuando la amabas y la perdiste, cuando no imaginabas la vida sin ella...

Bruno se mantiene en silencio. Eso la hace rabiar.

—¡Díselo!

Bruno se niega.

—¡Díselo!

Finalmente después de un momento de tensión extrema Bruno retira mis dedos tiesos de la manga de su saco y me mira directo a los ojos.

Y es la imagen de la frialdad.

—Prometí que ninguna mujer ocuparía el lugar de Patricia en mi vida ni en mi corazón. Espero lo entiendas.

Bruno se pone al lado de Gema.

¿Qué demonios significa eso?

¿Me ha mentido todo este tiempo? ¿Ha estado jugando conmigo?

—¿Te crees la primera zorrita que se le mete por los ojos?—dice ella muy satisfecha de verlo alejarse de mí— No eres especial porque te acuestes con él. Los hombres no son más que bestias dominadas por sus instintos. Pero para eso estoy acá, para hacer valer los derechos de mi hija ya que ella no puede reclamarlos. Ella es y siempre será lo más importante.

Por Dios, esta vieja está como una cabra ¿cómo no me di cuenta antes?

—Dejémoslo, Cata. Olvídame y sigue con tu vida—dice Bruno en su faceta más cerebral—Eres joven y puedes encontrar el amor. Aún estás a tiempo.

Es una locura. Y me siento perdida. ¿Lo está diciendo en serio? ¿Gema ganará? Aturdida me tambaleo y siento un sabor nauseabundo subirme por la garganta.

Esto es muy enfermo...

—Ya que lo aclaramos, Gema, qué tal si me entregas el cuchillo—añade Bruno en tono calmo—. No es necesario derramar sangre cuando existe una solución razonable.

Gema lo mira con recelo y aprieta el filo contra su cuello provocando una perturbadora línea de sangre.

—Puedo verlo en tus ojos lascivos. Quieres jugar a la casita con la zorra ¡Jamás lo permitiré! Te lo dije. Te lo advertí...¡ y no me hiciste caso! Pero pagarás las consecuencias... Es tu culpa... solo tu culpa...

Un dolor espeluznante me parte en dos.

—¡Ay!—grito llevando mis manos a mi estómago.

—¿Qué pasa, Cata?—pregunta Bruno aturdido. Gema no se ha movido de su lado y el cuchillo sigue intacto en su cuello.—¿Qué tienes?

Vomito con violencia un líquido verde y viscoso. De pronto me siento incapaz de mantenerme en pie y caigo de rodillas.

—¿¿Qué demonios has hecho, Gema?! —grita Bruno perdiendo la cabeza.

Corre hasta ella y la hamaquea sin importarle ser atravesado por el cuchillo.

—Por lo que más quieras, dime qué le has dado ¡¡DÍMELO!!

Ella me mira con palidez fantasmagórica y ojos de espanto. Y susurra como en un terrible sueño:

—Veneno para ratas...

—Dile a Angélica que prepare la habitación de Miguel y le ponga sábanas nuevas. Quiero que Cata esté cómoda. Y que haga un buen caldo de patas de pollo, necesita coger fuerzas. Ah y adviérteles a los pequeños que no deben hacerla hablar cuando la vean, tiene la garganta muy inflamada por el tratamiento. También dile a Miguel que recoja algo de ropa del apartamento de Catalina. Unas cuantas pijamas estará bien.

Rubencito asiente ante las órdenes de Rosario mientras yo continúo hipnotizada con el lento goteo del suero. Han sido un par de horas infernales esas; desde que me desplomé en el piso sobre mi propio vómito y llegue al hospital. Marcel me peina el cabello con los dedos en un gesto que me reconforta. Alex y Minerva solo están allí, sentadas en el sofá, mirándome con pesar.

En respuesta hago una triste mueca y mis párpados se cierran y en mi mente brumosa flota una sola pregunta:

¿Donde está Bruno?

A la mañana siguiente...

—Debe consumir mucho líquido, descansar la garganta y consumir comidas suaves para que haga estómago. Nada condimentado—dice el doctor ojeando mi caso—.Unos cuantos días de reposo le valdrán.

—Entonces está bien doctor ¿puedo llevarme a la niña?

—Sí, afortunadamente el veneno no fue suficiente para matarla; aunque sí para un mal rato.

—Ya lo creo.

No digo nada. Siento como si tuviera una pelota de ping pong atorada en la garganta. Y estoy agotada a pesar de haber caído como un tronco anoche.

El doctor sale y Rosario me ayuda a bajar de la cama. Me ha ayudado a ponerme unos vaqueros, una camiseta limpia y mis zapatillas deportivas.

—Todo estará bien hija, ya verás. Estarás muy cómoda, ya lo he dispuesto todo.

Hago un esfuerzo doloroso para hablar.

—Bruno...

Rosario me aprieta los hombros con sus fuertes manos, mirándome con ojos lúgubres.

—Lo siento, Catalina... Bruno nunca estuvo aquí.

La frase me sacude con tal fuerza que me deja anulada. Rosario pone su brazo sobre mis hombros y salimos del hospital. Yo poso mi cabeza en su pecho generoso sin querer pensar en nada más.

Bruno nunca estuvo...

Capítulo 39

Físicamente me siento recuperada.

Emocionalmente es otro cantar.

Ha pasado una semana desde que llegué a la casa hogar. Los niños pequeños sentados en la mesa del jardín hacen sus deberes bajo la tutela de Miguel. Se ha vuelto un chico ejemplar y ayuda a Rosario todo lo que puede. Me alegra saber que mamita tiene el apoyo que se merece.

Cierro la mochila, me la echo al hombro y llego a la cocina donde Rosario está pelando verduras. Una olla burbujea sobre la estufa y el olor a hierbas impregna el ambiente.

—Estoy preparando una sopa *levanta muerto*... ¿Vas a salir?

—Me voy. Ya es hora.

—¿Te vas?

—Sí, mañana empiezo la escuela culinaria y he de organizarme. Miguel no puede seguir durmiendo en el sofá y yo no puedo quitarte más tiempo.

Rosario me mira largamente.

—No quiero que te vayas. Me asusta pensar que puedan lastimarte.

—Ya soy adulta. Tú tienes suficientes niños a tu cargo para que te distraigas conmigo. No soy un bebé.

—Ese hombre Te ha cambiado... ¿no lo ves? Te robó la ilusión. No eres la niña dulce de siempre.

—Había que crecer ¿no? Bueno, no discutamos por tonterías—le doy un beso rápido en la mejilla y me apresuro a la puerta—. Te llamo en la semana. Estaré bien.

Limpio el apartamento a consciencia.

Llevaba tanto sin venir aquí...

Entonces pienso en él...

Y desecho la estúpida idea.

Me pongo la chaqueta negra y Marcel aplaude. Hace una fanfarria cada vez que me ve con el uniforme de la escuela gastronómica.

—Ay qué bonito te queda, brujita, qué bello, qué hermoso—me abotono la parte superior de la chaqueta— ¡Hasta pareces profesional!

—No hasta dentro de un año—contesto risueña, si alguien me sube el ánimo es Marcel—. Soy una aprendiz que enfrenta la gastronomía como proceso creativo.

—Guau, Hashtag *eresincreíble*.

—Hashtag graciaslosé

Por primera vez en la vida me siento maravillada por aprender y orgullosa de mis logros. Durante este mes me ha quedado claro que puedo forjarme el futuro que merezco y ser respetable.

Y aunque estoy consciente que mi cambio se originó mucho antes de la escuela culinaria. No me permito pensarlo. Solo me concentro en mi plan de vida paso a paso hasta lograr mis metas. Lo demás... no tiene importancia.

Capítulo 40

El chef maestro hace un gesto de placer.

—Textura, sabor, contraste. Excelente trabajo, Catalina.

—¡Gracias chef!

Mis compañeros me felicitan y me piden consejo.

¡Guay!

A la salida de la clase nos quedamos conversando sobre nuestros experimentos en casa.

—Quiero hacer unos volovanes a ver como me salen—le comento a Susana, una chica gordita y simpática que me cae bien.

—Dicen que es difícil preparar el hojaldre, Cata.

—Bueno, solo quiero probar nada más. No tienen que ser perfectos.

Siento una mano en mi espalda. Es otro compañero. Pablo: amante de las imitaciones, los malos chistes y de manos resbalosas.

—Si necesitas ayuda, sé amasar bien.

Retiro su mano de mi cuerpo.

—Sé hacerlo sola, gracias.

—Cuando quieras estoy a la orden, el hojaldre lleva trabajo y podrían faltarte un par de brazos fuertes.

—O podrían sobrarme.

Le ignoro como si fuera de piedra mientras converso con Susana. No más hacer el tonto con los chicos; esta vez aprendí mi lección.

Son las once de la noche y espero a que me recoja Ulric, uno de los choferes de mi amiga Issa. Desde que empecé *la Escuela de Gastronomía* Issa y Sebas me lo envían para mi seguridad.

A veces me pregunto qué hice para merecer los buenos amigos que tengo.

—Y ese es el propósito del *missandplace*—le explico a Susi—. Es el orden lo que potencia la creatividad. Los colores, olores y tantas texturas y sabores con las que jugar... es como crear un arcoíris en la lengua.

—Vaya, Cata, curiosa forma de ver la cocina. Yo creo que tener que picar todo de antemano ha de ser tedioso.

—Bueno me gustan los arcoíris—digo pensativa—. Y te digo algo Susi, ahora que me lo pienso bien. Yo también lo creo.

Susana empieza a reírse.

—¿Te han dicho que eres graciosa?

—Esa es mi cruz... Oh, ya vinieron por mí.

El sedán se acerca. Un lujazo de coche que además está blindado.

¡Por favor! Me siento como Lady Di.

Cierro los ojos y me escurro en el asiento de cuero dispuesta a echarme una cabezadita de lujo. Siento como si me hubiese pasado una aplanadora de lo cansada que estoy. Esto de trabajar, estudiar y no hacer el vago, es verdaderamente rudo.

No me sorprende el silencio de Ulric, creo que es mudo. Y me viene bien esta noche.

El auto se apea y me intriga que el hombre se baje y me abra la puerta.

¿Se habrá espichado un caucho?

Me bajo del vehículo y quedo estupefacta cuando en vez de Ulric veo a Bruno.

El impacto de tenerle en frente me quita el habla.

—Hola cielo—dice mirándome con cautela—¿cómo estás?

Levanto mis manos en una señal clara de que se aleje de mí. Había imaginado este momento tantas veces deseando ser fría y cruel pero solo siento el dolor pulsante de un corazón en carne viva. Y si llegara a acercarse no sé de qué sería capaz.

—No te atrevas...

—Corazón...

—¡No! ¡Aléjate de mí!—grito asfixiada por los sentimientos que brotan de pronto con la furia de un volcán—Aléjate de mí, maldito cretino. Te odio más de lo que puedas imaginar.

—Yo te amo—dice con sencillez encogiéndome los hombros—. Más de lo que puedas imaginar. Estoy dispuesto a demostrártelo.

Debe estar de coña.

—Ya lo has hecho—digo con una mueca.

—No me rendiré hasta que obtenga tu perdón.

—Suerte con eso *Willy*

Me volteo dispuesta a acabar la conversación. Mis manos tiemblan de ira contenida y siento el frío del desprecio brotarme por cada poro del cuerpo.

A la mañana siguiente salgo al trabajo y un ramo de girasoles me espera en la puerta del apartamento. Tomo la nota.

Lo hice mal. Necesito que me escuches. Te quiero.

Bruno.

Arrugo la nota y, junto a las flores, la tiro por el bajante de la basura.

Entre girasoles y notas de disculpa los días se suceden unos a otros. Con el mismo resultado. Hasta que, en vez de flores, recibo una caja envuelta en un

precioso papel verde de gran moño amarillo chillón.

Claro, debía escoger mis colores preferidos, cómo no.

¡Puñetero calculador!

Sin embargo, algo dentro de mí me dice que si me desahogo de la caja lo voy a lamentar. Así que rasgo el envoltorio.

—Oh dios, oh dios...

—¿Qué sucede Catalina? —pregunta mi vecina Omaira, quien saliendo del apartamento me ha visto dando brinquitos.

—¡Estuve apunto de tirar a la basura un juego de Cuchillos del *chef Kai Seki Magoroku! O sea hello*, El mejor cuchillo del mercado.

Acaricio la caja con embeleso. Es una joya. Debió costarle una millonada.

Dicen que el cuchillo del cocinero es tan importante como el bisturí de un cirujano, debe ser liviano y amoldarse a su mano a la perfección. No cabe duda de que este, en tu bonita manito, logrará maravillosas recetas.

Espero te guste más que las flores.

Estoy orgulloso de ti, cariño.

Te quiero.

—Guau se ven increíbles.

Hago un puchero y me abrazo a mi perfecto cuchillo Kai mientras miro a mi vecina.

¡Puñetero sabelotodo!

Dos días después recibo una cesta repleta de boles y cucharitas medidoras de diferentes tamaños.

El amor no tiene medida. Pero la cocina sí, por ello diviértete con esto.

¿Me perdonarás alguna vez, mi cielo?

Dime que sí, porque te extraño sin medida.

Santo cielo...

¿Desde cuando es tan cursi?

—Es un demonio... juro que es un demonio.

El lunes me levanto con el malestar instalado en el cuerpo.

Tengo la regla.

Me echo un baño y me enfundo en mi pijama del pato Lucas. Por suerte libro hoy y me la pienso pasar de vaga en el sofá. Puros realities y películas de acción.

He optado por suspender mi manía por las telenovelas.

Aprieto los botones del mando con pereza hasta que consigo una comedia.
Me interrumpe el timbre.

Arrastro mis pies hasta la puerta.

—¿Catalina Expósito?

—Sí.

El chico de casco en mano me extiende una pequeña bolsita y yo pongo los ojos en blanco.

No hace falta ser adivino para saber quién me lo envía.

Tomo el paquete, entro al apartamento y lo tiro de mala gana sobre la encimera de la cocina.

¿Cuándo parará?

Tomo un vaso de agua y me entran las ganas de algo dulce y achocolatado.
Rebusco en las gabinetes y no consigo nada.

Qué lata.

Rodeo la encimera de la cocina notando lo triste y sola que se ve la bolsita de papel tirada de esa manera.

—Ya que.

Lo abro y al ver el contenido suelto una carcajada.

¡Santo cristo bendito!

Le meto un mordisco al volcán de chocolate y me regodeo en el exquisito sabor.

Sé que hoy lo necesitas porque estás enfermita

Como este tonto necesita tu sonrisita

Soy malísimo con los versos

Pero eso ya lo sabes

Aunque por tus besos ¡quién sabe!

Capítulo 41

Marcel y Rafa han decidido vivir juntos. Y se inventan una pequeña celebración por el acontecimiento. Como niño con juguete nuevo me hacen un tour por su nuevo apartamento.

—Rafa dice que me excedí con el dorado y el púrpura. Pero son los colores de la realeza. Y soy una *Queen*—asegura dignamente. Luego baja la voz y pregunta indeciso—¿crees que fue demasiado, brujita?

—¿Qué...?—miro el salón con aire ausente—Está bien.

Marcel hace un ademán exagerado con ambos brazos.

—¿Ves querido? Mis gustos son excelsos.

Rafa se acerca a nosotros con un par de mimosas.

—Llevo escuchando todo tu cuchicheo y nunca he dicho que no me guste estar rodeado de dorado y púrpura. Solo pregunto ¿tenías que usarlo en todo el apartamento y comprarnos batas a juego?

—¿Crees que exageraré? Escogí dorado por tu precioso color de ojos.

—¿En serio? Oh, amor, nunca me lo dijiste.

—Porque no es mi estilo sacar a relucir lo maravilloso que soy y lo mucho que te amo.

Rafa le estampa un beso apasionado y mi alma pisciana los admira ilusionada. Su amor es fácil y correspondido, sin oscuros secretos ni mentiras enfermizas que los separe.

—Iré a por nuestras batas.

—Cariño, recuerda el otro detallito que tengo guardado.

—Claro.

Marcel se sienta a mi lado en el sofá y me rodea con su brazo.

—A ver, chiquilla. Dime ¿qué tienes?

—¿Yo?

—Estás como una tumba.

—Bruno ha estado mandándome obsequios.

—¿En serio? ¿Desde cuando?

—Desde hace dos semanas.

—No puedo creerlo... ¿Y como te sientes?

—Te mentiría si no te dijera que me importa. Me pone todo lo que me gusta. Mis flores, mis dulces favoritos, cosas que necesito, frases románticas... Cree que puedo olvidar con unos cuantos obsequios comprados con su abultada cartera.

—Es un perro zarrapastroso.

Suspiro tristemente y cierro los ojos dejando caer mi cabeza sobre el respaldo del sofá.

—Quisiera que pare, Mal.

—¿Qué explicación te dio por dejarte tirada como colilla?

—No le dejé hablar. No quiero que me mienta más. Solo quiero olvidarlo.

—Pero lo extrañas...

Incapaz de poner en palabras mi embrollo de sentimientos froto mi cabeza y me escondo en su abrazo.

—Oh cariño...

—¡Taran!

Rafa abre ante mí una bata rosada con un arcoíris estampado.

—Sabíamos lo achicopalada que estabas y decidimos comprarte un detalle que te recordara lo especial que eres para nosotros. Anda pónstela.

—¡Ay Dios, chicos, me encanta, gracias!

Envueltos en nuestras batas levantamos las mimosas y brindamos.

—Por dar comienzo a una nueva etapa de nuestras vidas—dice Rafa mirando a su amor—Y por tu éxito como chef internacional Catalina.

—¡Salud!

Pronto estamos como una cuba. Riéndonos de cada tontería.

—¿Ves? Sí puedo mantenerme de cabeza, Mal, no es *requetedifícil*, nada difícil.

Mi mano se resbala y caigo estrepitosamente sobre Marcel.

—*Pinche pendeja*, me apachurraste la nariz.

Echo un par de carcajadas mientras Rafa intenta levantarme, resbalándose.

—Tú no tienes nariz—dice Rafa muy serio—Se te cayó.

—¿En serio? —pregunta Marcel alarmado.

—Sí amor... pero igual te quiero—contesta Rafa—. Quiero echarte miel y lamerte todo y hacerte el amor salvajemente hasta dejarte sin aliento.

Marcel y yo nos miramos y empezamos a reír enloquecidos hasta terminar derramados en el piso. Cuando la risa remite me quedo mirando el techo que curiosamente flota de forma extraña ante mis ojos.

—Hablando de sexo... ¿les dije que aún conservo la llave de su apartamento?

—Cata..., no te atreverías.

—¿A usarlo de la misma forma que él me usó? Mmm...

Me chupo el labio tentada con la idea.

Mas tarde...

—Mete la llave en la cerradura—insiste Marcel por enésima vez.

—Espérate, es que se mueve. Ya está, ¡¡ Yupiiii!!

—Chito loca, vas a despertar al monstruo...

—Shssssssssss... ahora váyanse no se olviden de venir a buscarme ¿ok? en...—me miro la muñeca que no tiene reloj y suelto una carcajada—¿qué hora es?

—Las diez de la noche—dice Marcel tambaleándose.

—¿En serio? ¿Esa no fue la hora que empezamos a beber?

—Creo que sí... ¡El tiempo se detuvo!

Me parece lógico y Rafa recostado en el umbral afirma con la cabeza aunque lleva los ojos cerrados.

—Ah, bueno, vengan a las diez, pues.

Los despidos y me tambaleo hasta la habitación de Bruno que se encuentra en penumbras. Su cuerpo tendido yace en un sueño profundo. Me desnudo y me recuesto a su lado. Le manoseo un poco sobre el pijama poniéndole tono para la ocasión.

Cuando le siento duro lo deslizo dentro de mí.

—¿Qué...?

De pronto se enciende la lámpara. Un desconcertado Bruno me mira con ojos muy abiertos.

Dios, qué guapo está.

Le tomo de la barbilla y le meto un beso de lengua con todo el descaro y la gracia que solo el alcohol puede brindar.

—He venido por mi dosis de perversión.

Bruno me aparta un poco y me mira fijamente.

—Estás ebria.

—Solo un poquito, guapo—. mezo mi pelvis traviesamente.

Pone las manos en caderas para detenerme.

—Qué sucede, cómo soy quien busca el sexo entonces me lo niegas.

—No digo eso. Apareces aquí en medio de la noche...

Su mirada se detiene en mis pechos desnudos. Yo me los aprieto con descaro y me lamo los labios.

—Por Dios... —me toma la cara con las manos—Hablemos primero, cariño.

Retiro sus manos de un manotazo y con un movimiento convulso le introduzco más en mí.

Quiero que se aloque y se deje de tonterías.

No necesito remilgos, no necesito que me jure nada, solo necesito el momento.

Le esclavizo a mi necesidad, a mi ritmo. Es tanta mi insistencia que a Bruno no le queda otra que ceder a mi locura. Una locura que sabe a sudor e irracionalidad e impulsos candentes que se fraguan bajo la luz de una luna

plateada en mi casa del amor.

El tiempo pasa.

Y de pronto estoy bajo su cuerpo, el ansia le ha devorado y sus manos se entierran en mis muslos, en mi cabello, en mi piel. Mientras su boca y su cuerpo sobre mí, exigen rendición.

Caemos laxos sobre la cama. Sofocados.

Cierro los ojos y me dejo flotar en la inconsciencia hasta que siento la suavidad de una colcha cubrir mi cuerpo tibio y los brazos de Bruno abrazarme para dormir de cucharita.

¡De cucharita!

Me despierto de golpe y—quitándome tanto los brazos de Bruno como la tibia colcha—brinco de la cama, recojo mis bragas del piso y me las pongo.

—Creí que te quedarías.

—¡No! —tomo el sujetador frenética—Marcel me está esperando en el coche.

—Cariño... ha debido irse.

El mundo se me viene abajo.

—¡No! Marcel no me haría eso—corro y me asomo por el ventanal—¡Puto traidor!

Me enfundo en mis vaqueros. Acordándome de la mamá de Marcel y toda su generación.

—Quédate, cielo.

—Ah no amiguito, no vine a acurrucarme contigo. Solo vine por un poco de diversión.

La sonrisa de Bruno se amplía lentamente...

Como me diga que soy graciosa aquí se arma una buena.

Rebusco su llave en los bolsillos y se la arrojo a la cama.

—Esto es tuyo... ¿Ves? te ahorré el viajecito.

Bruno ni se inmuta.

—Tenemos una conversación pendiente, Catalina.

—¡Pendiente y un cuerno! Esa murió de vieja.

—De acuerdo, dejémosla para luego.

—Querrás decir para cuando te venga en gana. Pero te cuento que eso no pasará. Porque resulta que he cerrado el capítulo contigo y no quiero saber más de ti... ¡Ay!

Cierro los ojos y veo estrellitas por el cabezazo que me acabo de dar contra la cómoda al buscar mis sandalias.

Al instante tengo a Bruno revisándome meticulosamente la cabeza.

—Estás bien, solo es un chichón. Buscaré la bolsa.

Sale corriendo a buscar la bolsa de gel que mantiene en la nevera para los

golpes de los niños.

—Ya está, cariño.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Y más allá del dolor es su gesto protector el que destroza mi alma.

¿Por qué he tenido que venir y ponerme en esta situación sabiendo que no me conviene?

Me seco las lágrimas sin querer verlo aunque siento su mirada sobre mí mientras mantiene la bolsa fría sobre mi cabeza.

—Estás lastimada. Agotada. Es tarde para que pidas un taxi—añade en un tono suave y quedo—. Por esas razones me atrevo a pedirte que te quedes. No duermas conmigo si no quieres... solo quédate. Los niños amarán verte por la mañana.

Y de pronto es lo más razonable que se ha dicho en toda la noche.

Un fuerte golpe en el estómago me saca de mi sopor. Los mellizos me han despertado al estilo cavernícola. Con ellos la frase *el amor duele y deja marca* adquiere significado.

Recostados sobre la cama hablamos de boberías con el entusiasmo que conlleva la añoranza. Y me hago consciente de que Bruno no les dijo que lo nuestro terminó. Ellos creen que estaba de viaje. No lo desmiento. No puedo, al ver sus preciosas caritas regordetas mirarme con adoración.

Cuando bajamos a la cocina tomados de las manos el olor a chamuscado nos pega.

—¡No quiero pan negro de papá, quiero arepita de Cata!

—Brayan... Cata solo vino de visita no a cocinar.

—¡Yo tampoco quiero pan negro de papá!

Bruno es un negado para la cocina. Es verdaderamente adorable cuando no sabe qué hacer.

—Yo cocino. Apaga la tostadora antes de que explote.

Preparo arepitas crocantes con un delicioso omelet y una rica limonada con granadina y hierbabuena. Todos se relamen.

—Niños, nuestra Catalina va a ser chef—dice Bruno aparentemente orgulloso—. Has aprendido mucho en la escuela de cocina, cariño, te felicito.

Miro su mano sobre la mía y no sé que sentir al respecto. La retiro con la excusa de tomar el tenedor.

—Gracias.

—Papá ¿ya no quieres a Cata? —pregunta Brayan tirando de la manga de su

padre.

Bruno me mira directamente a los ojos.

—La amo profundamente—dice.

Casi me ahogo.

—¿Y por qué no la besas?

Vaya, hoy Brayan amaneció preguntón. Bruno se acerca y me da un beso cauteloso en la mejilla.

—No papá, tú nos dijiste que los novios se besan en la boca.

—Y besas a Cata en la boca porque es nuestra novia ¿verdad papá? —remata Benji con su vocecita llena de candor.

Bruno y yo nos miramos, no me la ponen fácil mis hombrecitos. Pero sin ganas de romperles el corazón me acerco a Bruno y le doy un pico. Pero él, aprovechando la oportunidad, como demonio taimado que es, me toma por la nuca y convierte el beso en algo más íntimo y lo suficientemente tentador para dejarme picada.

—Lo siento—se lame la sonrisa de los labios.

No lo siente en lo más mínimo.

De pronto quiero arrancarle la sonrisa de un mordisco... pero los niños nos miran.

—Cata vino a verme hacer jonrón ¿verdad papá?

—Hoy los niños tienen un partido importante, Catalina—Bruno se limpia la boca con la servilleta a su manera elegante—. Ojalá pudieses ir... pero supongo que tendrás cosas más importantes que hacer que pasarla con nosotros.

Le miro boquiabierta. Acaba de escurrirme el bulto descaradamente.

—Cata... ¿no vienes?

Dos pares de ojos preciosos plagados pestañas y dulces anhelos están sobre mí.

Ay madre...

Los pequeños deportistas se reúnen con su equipo en el dog out. Mientras yo estoy con Bruno en las gradas.

¿Cómo demonios he acabado en esta situación?

—¿Se te antoja una Coca Cola, cariño?

Le miro con rabia mientras me cruzo de brazos.

—Eres un demonio.

Sonríe con un brillo travieso en la mirada.

—Lo tomaré como un sí.

Ha vuelto a su petulancia habitual, sin duda crecido por lo de anoche.

Ir a tirarte a sus brazos, Catalina... ¡bien pensado!

¿Por qué será que no me las pienso?

Pateo una lata, frustrada.

E intento convencerme de que lo hice porque estaba ebria. Cuando en realidad sé que estoy mintiéndome. Mis fuertes sentimientos por Bruno me debilitan.

—Toma, sé que te gustan las palomitas.

—Bueno, no tiene caso desperdiciarlas—se las quito de mala gana y me atraganto con ellas—¡Quieres dejar de mirarme!

—No puedo—su sonrisa se amplia—. Estoy feliz de que estés aquí.

—¡Hey! Esto no tiene nada que ver contigo.

Me como otro puñado dirigiéndole una mirada de matona. Como me salga con una de las suyas le pongo las palomitas de sombrero.

Después de un rato...

Los bebés vestidos de beisbolistas y comiéndose los mocos me roban una sonrisa.

—Mira aquel, lelo con las palomas—añade Bruno dándome un codazo amigable.

El negrito mofletudo en el jardín central se estira la entrepierna del uniforme.

—Huy, parece angelito.

—Quizá prefiera irse volando.

El comentario de Bruno me provoca un ataque de risa y me sostiene por la cintura para que no me desparrame por el piso. Cuando al fin me calmo de mi ataque hilarante, levanto la mirada. Le tengo tan seductoramente cerca... me voy directa a sus labios.

—Quédate conmigo otra noche, por favor—susurra sin soltarme.

—Sí... no... sí...

Acabamos de besarnos de la forma más dulce y entregada y cada fibra de mi ser me grita que me rinda a él sin importar el mañana.

Cierro los ojos e intento apartarme.

—No.

—Solo hablaremos, Cata. Te lo prometo, no me pasaré contigo. No soporto la idea de perderte.

—No sé... —me llevo la mano a la cabeza levemente mareada y me alejo de él—No me presiones Bruno.

Me estoy doblegando.

Será mejor que me vaya.

Me levanto justo cuando Benji entra al diamante. Nos saluda emocionadito. Prometió regalarme un jonrón y le rompería el alma si me voy ahora. Le respondo el saludo con una sonrisa falsa y vuelvo a sentarme.

—Demonios.

Tengo la espalda más tiesa que una vara. No me queda de otra que soportar este suplicio.

—Gracias—musita Bruno con un deje triste. Sus manos descansan sobre sus rodillas, lejos de mí—, significa mucho para él que estés aquí.

Benji ha mejorado su técnica con el bate. Su forma de afianzar los pies y de abanicarlo, le inyecta emoción al juego.

Y yo le hago la barra.

Bruno me tiende otra gaseosa amablemente.

—Gracias... ¡Dale con todo, tesoro!

—Mañana participo en un torneo de golf. Si te animas, me vendría bien tu entusiasmo, tienes un don especial para eso.

Se ve tímido. Un lado suyo que me resulta peligrosamente cautivador. Tomo un sorbo de mi bebida y no respondo. No puedo confiar en él... y debo recordarlo.

La bola sale disparada fuera del diamante formando una increíble elíptica. Gritos y algarabía van en crescendo a medida que Benji corre y se barre como el mejor.

¡Mi pequeño deportista!

Salto las gradas y corro a abrazarlo. Brayan nos cae encima en una muestra de amor fraternal al estilo cavernícola. Ganamos gracias al espectacular batazo de Benji. Y todos nos abrazamos como una gran familia feliz.

Un momento perfecto en un día perfecto.

—¿Te quedarás, Cata?

Brayan se abraza a uno de mis muslos mientras Benji se abraza al otro.

Acuno las mejillas de mis pequeños, llenas de tierra y candor. Y sé con toda la certeza de mi corazón que no existe otro lugar en el mundo en el que desee estar.

Los abrazo con fuerza, con entrega, con amor.

—Sí... me quedaré con ustedes.

—¡Hot dogs y gaseosas para todos!—Grita Bruno sorprendiéndonos.

Vaya... Los niños corren en bandada hacia el puesto de perros calientes.

—Sin mostaza y doble ración de papitas ¿cierto, cielo?—Y antes de poder detenerlo Bruno me planta un beso—Espera aquí.

Se va trotando, liviano y feliz. Con camiseta, vaqueros y una gorra se ve tan fresco. Como si le quitaran diez años de encima.

Sí... un día perfecto...

Vibra mi móvil.

—Aló.

—Ay diosito Brujita linda mi amor, dime que estás a salvo y lograste escapar de las garras de Lucifer encarnado.

—Mal, hasta que te dignas a aparecer.

—Perdóname la vida, *queen*. Rafa y yo nos acabamos de despertar y de pronto una ráfaga de lucidez me recordó que te dejamos tirada en los brazos de ese lucifer como los peores amigos del mundo... dime que no estás en su casa.

—No estoy en su casa... —me despeino la nuca con la mano y suelto un suspiro largo—pero estoy en un partido de beisbol de la liga infantil.

—¿¿Whats?! ¡No me digas que se atrevió y lo dejaste!

—Sabes cuanto amo a esos bebés, Mal, tenía que verlos. Les prometí que pasaría el día con ellos y están super contentos. Si los vieras...

—Oh sí, seguro que sí... como el criminal de su padre con el final feliz que le diste anoche. Apuesto a que no se negó a poseerte a pesar de verte como una cuba.

Mi pie juguetea con el césped sintiéndome un poco ruborizada.

—Bueno, no le di mucha elección.

—¡Elección, mis polainas! ¿Me vas a decir que un hombre con ese tamaño no pudo evitar que una chaparrita como tú lo aplastara contra las sábanas? ¡Por Dios! Cata, qué necesitas para saber que no le importas ni un pepino. ¡¿Que te lleve a la morgue?! No me hiciste caso cuando su ex suegra sicótica te manipuló... y mira el resultado. Por poco te envía al otro lado. Olvídate del cuento y *pírate* de allí ahora mismo o acabamos nuestra amistad.

Marcel cuelga dejándome temblorosa. Su voz es la consciencia haciéndome ver mi error. Un error constante en mi vida; entregar mi corazón al tipo equivocado.

El corazón es un tesoro valioso que se debe cuidar...

Mis pies se alejan del campo de juego mientras ese tesoro que pretendo cuidar se deshace en pedazos.

Camino por las calles de Caracas en estado *off*. Mi móvil no ha parado de sonar pero no lo cojo. Marcel tiene razón, cuando se trata del corazón soy una lela.

No me doy cuenta de lo que hago hasta que me detengo ante la entrada principal de la casa hogar.

Mi lugar seguro.

—...Y Rubencito sacó la nota máxima después que le ayudé con la maqueta—parlotea Migue muy orondo.

Son las siete de la noche y todos comemos en la larga mesa del comedor principal. Los niños pequeños ya están en sus camas mientras que los adolescentes comen con nosotras.

—Pero yo hice la mayor parte no lo olvides, guay.

—Sí, pero nunca habías sacado la nota máxima antes.

—Por Dios, ¡ahora me lo sacarás en cara tus nuevos talentos nerd!

—Sí.

—Rubén, Miguel, suficiente de cháchara que estamos comiendo... —dice Rosario—Y tú, Catalina, ¿te pasa algo? Apenas has tocado tu sopa.

—No. Estoy bien.

—Tienes mala cara, muchacha, lo he notado cuando llegaste. ¿Tienes algún problema encima? Desembucha y te sentirás mejor.

—No es nada, ma, en serio.

—Nada, nada... y llevas esa cara de muerta. Eso no te lo crees ni tú misma.

—Estoy cansada.

—Tanto trabajo y tanto estudio, muchacha... —Rosario me ve con cara de preocupación— Termínate la sopa para que agarres fuerza y toma la cama de Rubén, es más cómoda.

Rubencito se cruza de brazos.

—¡No es justo! ¿Por qué la mía?

Rosario toma una cucharada y lo mira de soslayo.

—Me agradan los nerds... no te caería mal aprender algo de Miguel.

Es raro ver bromear a Rosario, supongo que como todo está funcionando con los chicos eso le ablanda el humor.

Con un movimiento rápido Migue toma mi bol.

—Ve a dormir, Catita, yo lo lavo.

—Vaya, gracias.

—No te pases, guay—se queja Rubencito.

—Es cierto, deja que lo lave Rubén, hoy le toca fregar los trastes.

—¡No es justo!

—Es justo si te toca. Y te toca.

Ante la ley salida de boca de Rosario, Rubén no halló consuelo.

Yo me voy directa a la ducha. Y en soledad y bajo el chorro de agua tibia dejo salir mis lágrimas con libertad, sabrá Dios por cuanto tiempo. Solo sé que al salir de la ducha me siento realmente agotada y quiero echarme a la cama y olvidarlo todo. Me seco al cabello y me pongo el pijama cuando unas voces llaman mi atención.

Acercándome a la puerta me doy cuenta de que fuera hay una tremenda discusión.

Madre mía, ¿qué mosca le habrá picado a Rosario?

Salgo de la habitación dispuesta a calmar las aguas hasta que veo a Rosario arrojar un florero con todas sus fuerzas.

—¡Lárguese de aquí ahora mismo!

—Dios mío, ma, ¿qué sucede? —pregunto corriendo hacia ella que está pálida y con mirada asesina—pero que... ¡tú!

Un Bruno con gesto obstinado se planta sobre sus pies.

—De aquí no me voy sin hablar contigo, Catalina, así me desollen vivo. He venido a aclarar las cosas de una buena vez. Y esta vez me escucharás.

—Oh sí, de aquí sale, ¡así sea en piezas!—Rosario se arremanga y sé que cumplirá su promesa—. ¡¡Rubén, tráeme el machete!!

—Ay mamacita, ¿¿acaso se le rodó la teja a los dos?! Bruno vete, por Dios...

—¡Al carajo!—Bruno también se arremanga—He dicho que no me voy y no me voy. He intentado no forzarte, darte tu espacio, cariño, entenderte... Pero no puedo más Cata, tu lugar es a mi lado...

Rubencito viene con el machete y me apresuro a arrebátárselo de las manos. Lo tiro lejos antes de que Rosario logre hacerse de él.

—Ahí viene con más mentiras... —vocifera Rosario haciendo aspavientos con los brazos—Parece que los ricachones se creen que las muchachas de barrio no merecen nada más.

—Al contrario siento que Cata merece lo más bonito, lo mas dulce y lo mejor. Y estoy dispuesto a dárselo.

Rosario coge un jarrón y pronto vuela muy cerca de la cabeza de Bruno

—¡Y quién a dicho que ese es su trabajo!

—¡Lo digo yo, señora!

—Grrrrrr... ¡imbécil!

Bruno se agacha lo suficientemente rápido para que un platón decorativo pase volando sobre él.

—¡Basta! Parecen dos fieras violentas royéndose las entrañas—le tomo las manos a Rosario y suavizo la voz—. Ma, por Dios. No puedes seguir peleando mis batallas. Quieras o no, el mundo me lastimará... así que deja de romper tu vajilla. Sabes que tienes los platos contados.

La lógica de Rosario la incita a claudicar.

—De acuerdo.

—Y tú, Bruno. El hecho de que haya pasado la noche contigo no te da cancha a venir aquí y exigir derechos que no tienes sobre mí. Tú me dejaste cuando más te necesitaba y rompiste mi corazón. Sinceramente, no sé si pueda perdonarte.

—¡Cómo que pasaste la noche con él!

—Ma...

Rosario levanta las manos rindiéndose.

—Bien... pero no te dejaré a solas con ese...

—Ma...

—...Señor.

—Tienes razón—dice Bruno—, tal vez no merezca tu perdón por el solo hecho de haber lastimado una criatura tan única y especial como tú. Y ya sentía perder la esperanza de tenerte. Hasta anoche que volviste a mí y me hiciste ver que tus sentimientos por mí no han mermado.

—Taan especial... que me dejaste por un capricho de una loca—replico dolida.

—No fue así. No lo fue—enfatisa con vehemencia—. Yo no cedí al capricho de Gema, yo no renuncié a ti. Pero entendí que te puse en riesgo. Tienes que saber Catalina que Gema había sido tratada por depresión con intentos fallidos de suicidio. Durante años respondió a un tratamiento y estaba en seguimiento, con momentos de recaídas.

»Yo me sentía responsable y lidiaba con ella como podía. Pero desarrolló la fantasía de que controlaba mi vida amorosa. Sabes Catalina, no todos podemos sobrellevar la muerte de un ser amado y levantarnos. Algunos nunca lo logran, sobre todo cuando quedan solos y no cuentan con el apoyo familiar.

»Pero entiendo que al ocultarte la verdad sobre ella propicié lo que pasó. Debí contarte, cariño. Pero no sabía como hacerlo, como salir de aquel círculo vicioso que me cercaba a medida que mis sentimientos por ti crecían. Hablé con Gema de todas las formas posibles y ese día que te encontré estaba dispuesto a llevarla a rastras a tratamiento, pero al verte allí con ella se me vino el mundo abajo. Y descubrir que te envenenó...

»No pude soportarlo... la culpa me mataba. No podía verte a la cara. Dime qué futuro tendríamos con el fantasma de Gema pisándonos los talones.

—Ninguno—contesto sin dudar—. Qué clase de felicidad podría tener sabiendo que ha provocado la pérdida de una vida.

—¿Y cree usted que una persona demente entrará en razón de la noche a la mañana? —añade Rosario con su razonamiento implacable—Por muy buenos sentimientos que tenga usted, señor... lo suyo con Catalina está destinado al fracaso.

—No. Lo creí al principio pero no. Gema está recluida en una institución por su propia seguridad donde sigue el mejor tratamiento clínico. Durante este mes pasado me encargué de contactar a todo pariente vivo que le quedara, no fue fácil ya que están en el extranjero. De allí son sus raíces. Son varios los hermanos que tiene con vida y la quieren de vuelta. Y ella está de acuerdo. No estará sola y estará bien mientras siga el tratamiento. Y eso me permite ser egoísta y pensar en

mí... en mi felicidad y la de mis hijos. Y esa solo es posible si la compartes conmigo.

—¿Y qué le ofrece a la niña? —dice Rosario con un gesto arrogante—¿Otro relajito por un par de meses?

—¡Maaa! —gruño.

Me cruzo de brazos y levanto la barbilla fingiendo que no tengo la baba en el piso desde que aquel hombre cruzó la puerta.

—¿Qué me ofreces, Bruno?

Mete una mano en su bolsillo y saca una pequeña cajita que coloca sobre la mesa. El anillo lanza un flamante destello.

—Te ofrezco todo.

Con el corazón henchido de júbilo corro hasta sus brazos. Él me toma la cara y me la recorre a besos mientras dice:

—Compramos una casa, siembras algunas flores, ampliamos la familia. En cuanto termines la escuela abrimos la fábrica con una niña...

Con la felicidad brincándome en el pecho echo la cabeza hacia atrás. Bruno me toma del cuello para que no me caiga.

—¡Me encanta tu plan!

Y volvemos a besarnos.

De pronto Rosario comienza a hacer aspavientos y a vociferar. Bruno y yo la miramos abrazados. Parece que le dará un ataque.

—Santo Dios. Ahora esto. No es posible ¡Rubén! ¡Rubén!

—Señora le garantizo que amo a Catalina y voy en serio... —Bruno intenta calmarla. Teme que otro plato salga volando sobre su cabeza. Pero Rosario no le escucha, sigue con su locura.

—¡Rubén!

—Ma...

Rubencito se asoma en la puerta como ratoncito asustado.

—Diga señora.

—¡Santo Dios, muchacho! Trae el vino y unas copas... ¡voy a brindar con mi yerno!

Escribe una reseña o valórame:

Me encantaría saber tu opinión. Puedes escribir una reseña o valorarme en Amazon o en Goodreads. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores de novelas románticas a saber qué pueden esperar de mi novela.

Aquí te dejo el link:

Amazon

<https://www.amazon.com/Miranda-Wess/e/B01HUTSHDU/>

Goodreads

https://www.goodreads.com/author/show/15423001.Miranda_Wess

¡Muchísimas gracias!

Y recuerda. En Amazon también encontrarás la ardiente trilogía Yo soy tu candidato.

Miranda Wess

Autora de novelas románticas y provocativas.

Yo soy tu candidato.

Descripción

La romántica, sensual y apasionada historia de amor entre una novel psicóloga y un joven diputado...

Clarissa Spillman es una joven psicóloga que huye de su triste pasado refugiándose en su carrera. Todo parece encajar a la perfección en su vida, con un consultorio a su nombre y una lista de clientes proporcionada por su prestigioso padrino ¿qué podría salir mal? Lo que no se esperaba Clarissa es que conocería al extremadamente sexy y persuasivo diputado Sebasthian Petroni Agresti. Temerosa de caer en sus redes de seducción trata de alejarlo pero solo consigue sucumbir aún más en sus brazos y dejarse llevar por la fuerza de su pasión. ¿Qué la ata a este hombre? ¿Por qué no puede huir de él?

Sebasthian Petroni es un exitoso diputado que tiene fama de ser gigoló. Poseedor de una mente privilegiada ha sido capaz de destacar en la política y ahora con elecciones en puerta está a un paso de lograr sus ambiciones y cumplir su destino de ser el líder que su país necesita. Para muchos es un ser taimado, mujeriego e irreverente pero en la intimidad de su mente y de su alma reconoce el hastío de su soledad. Cuando conoce a Clarissa, la joven psicóloga, algo en él se despierta. Se hace presa de sentimientos y pasiones avasallantes que lo llevan en espiral a sucumbir a sus ruborizados y tímidos coqueteos. ¿Podrá Sebasthian, siendo un hombre poderoso, lograr que esa niñita adorable se entregue a él por completo? ¿O será ella la que lo convertirá en su presa?

Adquiérela a través de este link:

<https://www.amazon.com/Miranda-Wess/e/B01HUTSHDU/>

Acerca de la autora

Miranda Wess ha desempeñado en el campo de la docencia y el arte. De niña solía pasar el día inventando toda clase de historias. Finalmente, reuniendo el coraje necesario, se embarcó en la aventura de escribir y autopublicar su primera novela participando en el concurso Indie Amazon 2016. Ocupando los primeros puestos en ebook erótica durante los primeros meses.

Ebook serie *Yo soy tu candidato* es una serie de novelas de romance erótico.
Yo soy tu candidato. Una romántica y apasionante historia de amor (2016)
Yo soy tu candidato. Amor en contienda(2016)
Yo soy tu candidato. Silla presidencial (2017)
Toda una Lolita(2018)
Novela de romance contemporáneo New Adult.

Léelas y enamórate.

Si quieres comunicarte conmigo y dejarme tus comentarios acerca de mis novelas eres bienvenido de hacerlo a través de la web:

Página de autor Amazon:

<https://www.amazon.com/Miranda-Wess/e/B01HUTSHDU/>

En mi Facebook page:

@mirandawessnovelasromanticasprovocativas

Puedes hacerlo en mi página web:

<https://miranda-wess-novelas-romanticas-provocativas.webnode.com.ve/>

Seguirme en mi blog:

<https://mirandawess.blogspot.com>

En instagram

@miranda_wess

e-mail: joslenava@hotmail.com

Allí publicaré también novedades acerca de mis novelas y proyectos. Besos y

¡feliz lectura!